THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6623
.A64
F8
1929

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lafunestapasinde00arco

LA FUNEST

ASIÓN DE

UZ VALDIVIA.

MARIA MARIN ARCO

La funesta pasión de Luz Valdivia.

tmc

MARIA MARIN ARCOS

PQ6623
.A64
F8
1929

La funesta pasión de Luz Valdivia

Cubierta de M. Gutiérrez Navas

Industrial Gráfica
Reyes, 21 - Madrid
1929

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL

Es propiedad. — Reservados
:-: todos los derechos :-:

11

Cuando mayor era la animación del público que presenciaba aquella noche por vez primera un atractivo hasta entonces desconocido, abrióse la puerta del teatro Alfonso XIII y dió paso a la silueta elegantísima de una dama, envuelta en magnífica y confortable capa de piel y cubriendo su cabeza lindo gorro de terciopelo color gris; salió precipitadamente, y lanzando sus miradas a un lado y otro de la calle de Canalejas, dirigióse rauda hacia la Plaza de España, sin preocuparse de que la noche era crudísima y que una lluvia menuda y punzante había empezado a caer sobre la ciudad de Melilla...

Esto, en vez de enojarla, pareció ser muy de su agrado, pues sus labios se plegaron con-

7
12186 112
62
1-3-75

una sonrisita enigmática y apretó el paso hasta parecer que volaba en vez de andar...

Cruzó la Plaza de España y se internó por la puerta principal del parque Hernández...

Una vez dentro de este magnífico parque, cuyos árboles habían perdido casi todo el encanto, ya que las hojas esparcidas por el viento y la época invernal habíanles dejado en una desnudez cruel que tanto encanto resta a las hermosas plantas ; en ese recinto, a cuya sombra tantos amantes se han extasiado contemplando a su bien amado... y cuántas citas, en las que débiles mujeres dejaron jirones de su honra prendidos en los ramajes de ese parque, al que bien pudiera llamársele antesala del paraíso y caverna infernal a la vez..., pues de todo tiene el precioso lugar cuyas plantas contarían infinidad de historietas, si les fuere dable el don de la palabra...

Gracias a que ni las flores ni los árboles hablan y, por tanto, pueden seguir sin interrupción las citas del amor inocente y los proyectos de perdición y adulterio de las ingenuas damitas y las infernales damas, que con el mayor descaro se timan ante la presencia misma

del desgraciado o condescendiente cónyuge...

La dama que nos ocupa llegó, como dejo dicho, al parque ; y una vez dentro, torció hacia la izquierda, internándose en una de las avenidas más estrechas y algo distantes del paseo central. Llegada al promedio de la avenida, dejóse caer sobre un banco de hierro, y con gran desaliento suspiró, en tanto que pronunciaba unas frases dolorosísimas y lanzaba miradas que pretendían distinguir a alguien que por aquel lugar no existía...

—Válgame Dios...—dijo—. Después de exponerme de modo horrible por Alfredo, no está el muy imbécil aquí, a pesar de indicarme que estaría... ¡Qué fatalidad, Señor!... ¿Qué hacer? La función está a medio empezar..., mis hijos no han de notar mi ausencia, estando como están entusiasmados viendo bailar tantas y tan lindas parejas... Pepe está en el Inglés y no irá en nuestra busca hasta que comprenda que la primer función ha terminado... ¿Qué hacer, Virgen Santa?... Retroceder no es posible... Ese hombre me mata de modo cruel... No puedo dejar de verle y hablarle... ¿Estará tal vez en los brazos

de otra amante que me lo dispute, mientras yo le espero esta noche maldita, fría y lluviosa, con la muerte en el alma?... ¡Oh, si eso fuere así, moriría de rabia!... ¡Alfredo, Alfredo mío... ven, por Dios, o moriré de pesar!...

Combatida por tan negros pensamientos y con la cabeza inclinada sobre el pecho, no vió que silenciosamente se aproximaba un moro corpulento y de hermosas facciones, quien parándose ante ella le dijo:

—Señora, el joven que usted esperar, no poder venir esta noche por estar herido... El mandarme para decirlo a usted..., yo observar que él llorar mucho al decirme..., yo sufrir al verle así y venir en su busca para manifestarla lo que ocurrir al joven bueno que tanto querer...

Alzó la dama su cabeza y a la débil luz del alumbrado del parque, bastante deficiente aquella noche por cierto, pudimos apreciar que era una mujer como de unos veintidós años; alta, muy alta, ni gruesa ni delgada; de tez blanquísima, aunque bastante pálida; ojos azules y grandes, adornados de sedosísi-

mas pestañas largas; boca pequeña y de labios regordetes, que al entreabrirlos dejó ver por ellos unos dientes diminutos, blancos y bien alineados; nariz aguileña, y la cabellera debía ser de un rubio oro viejo, según el color de los cabellos, que rebelándose a la presión del lindo gorrito que los cubría, asomaban por debajo del mismo.

Era, en verdad, una mujer preciosa, y de tan distinguidos modales, que dábanla aspecto de gran señora...

El moro, como ya indico, era corpulento y guapo; vestía con gran limpieza y cubría sus múltiples vestiduras una chilaba azul, cuya capucha resguardábale la cabeza de la lluvia menuda y sorda que continuaba cayendo...

Cubierto así, inspiraba horror, pues parecía un fantasma; más imponente aún, por la gran soledad que reinaba en el parque...

Al levantar la dama la cabeza y ver ante sí aquel morazo que le hablaba con suavidad para comunicarle era inútil aguardase a su Alfredo, por estar herido y no poder en modo alguno asistir a la cita que el día anterior habíale dado por medio de una tarjeta que la

niñera de sus mismos hijos encargóse de llevar a la dama..., ahogó un grito que salió espontáneo de su garganta, y apretándose el corazón que le quería saltar del pecho, miró al moro con ansiedad y sin miedo de ninguna clase, al encontrarse sola con él en noche tan propicia a cualquier atropello o maldad, y le dijo:

—Dime dónde está Alfredo y cómo le han herido; no me ocultes nada... Habla pronto, pues me muero de ansiedad y pena...

—Señora—contestó el moro—. El señor Alfredo estar en el hospital de la Cruz Roja; yo ser muy amigo, enterarme hoy de estar herido y él decirme: «Hamete, yo tener mujera que quererla mucho y ella estar a las siete noche en parque esperando a mí; yo ser tu amigo y querer que tú ir al parque y decir a la bella mujera que esperarme que no poder ir por estar enfermo..., querer verla mucho, pero no poder caminar...; que ella tener paciencia y esperar ponerse bueno mucho pronto...» Eso decirme el mío amigo y yo venir a decirlo a usted para que sepa todo y no esperar.

—Bien, morito—contestó la muy divina—; ya sé hasta dónde llega mi desgracia, pues mi Alfredo está herido y no puedo correr a su lado como mi alma desea, pues impedirían mi entrada a estas horas en el hospital... Dile que me has visto, que le aguardaba y que muero de pena al saber su estado y no poder prodigarle mis cuidados...

No pudo la infeliz proseguir; los sollozos estallaron a torrentes y cogiendo una mano del moro y apretando con fuerza, se despidió con sólo una mirada, pues la emoción le hacía enmudecer...

A grandes pasos salió del parque, cruzó rauda la Plaza de España, llegó a la calle de Canalejas, donde de nuevo se internó en el Alfonso...

Ya en la platea, donde sus tres hijitos la esperaban acompañados de la niñera, ésta, al ver a su ama y una vez que se sentó, le dijo al oído:

—La hermana del coronel se ha fijado en que usted ha salido, y ha estado hablando con la señorita que le acompaña y con su hermano, el cual ha llamado a otro oficial que en la

platea de enfrente estaba, y después de hablar con él unos momentos han salido del teatro y aún no han regresado, como usted puede ver; ellas están solas, y desde que la señora ha entrado no cesan de sonreír y mirar de vez en cuando...

—Está bien, Dolores—contestó la despreocupada—; haga usted por observarlo todo y mañana me dice cuanto vea, pues ahora no conviene hablar para no llamar la atención, y que los niños puedan apercibirse de esto... Ya le contaré después lo que hay...

Terminada la representación, y como la lluvia continuaba, salieron a la calle presurosas.

En la puerta aguardaba el soberbio coche que tenían para su servicio; un «Cadillac» de siete asientos y gran lujo...

El chófer apresuróse a abrir la portezuela y, gorra en mano, saludó a la señora, mientras con presteza fué tomando a los niños para impedir el remojón; metióles en el coche y cerró rápido. Puesto en marcha el mismo, torcieron para la Plaza de España, y cuando el chófer fué a tomar la dirección de la calle Alfonso XIII para ir al café y recoger a su jefe,

ordenó la dama tirase antes por la del General Marina y llegar hasta la de Duquesa de la Victoria, pues tenía capricho de pasar frente al hospital de la Cruz Roja, por ver si la portería estaba tal vez abierta de noche... ; tenía interés por ser encargo que habíale dado una amiga y quería pasar antes de recoger a su esposo, quien no tenía necesidad de enterarse de aquello...

Obedeció el muchacho las órdenes, y una vez frente al hospital, paró ante el mismo y fué a preguntar si se podía visitar de noche a los heridos...

Regresó el joven diciendo no era posible entrar, a no ser con una orden especial del alto mando...

Desalentada, pero sin exteriorizar sus pensamientos, ordenó regresar e ir en busca del marido, que estaría ya impaciente si se daba cuenta de que la función primera del Alfonso había terminado...

Una vez que llegó el «auto» al café, se apeó el chófer y buscó con la mirada entre los concurrentes a su jefe, al que distinguió al fin hablando con unos amigos animadamente...

Indicó llevara la familia a casa, volviendo después por él, que tenía que esperar a un amigo.

Comunicó a la señora lo que habíanle ordenado, y marcharon hacia la calle Carlos de Arellano, donde tenían la vivienda.

Apeáronse los ocupantes ante una casa de lujosa apariencia ; tocó el timbre la niñera y, seguidamente, abrióse la puerta para darles paso.

Dentro del interior pudimos apreciar que los dueños de aquella mansión debían ser gente bastante adinerada, pues el lujo de que se rodeaban era verdaderamente suntuoso...

Todas las habitaciones estaban tapizadas con gran gusto ; alhajadas y amuebladas de lo más exquisito que puede lanzar al mercado el mejor artista en el ramo de ebanistería.

El piso, cubierto de ricas y gruesas alfombras que amortiguaban los pasos y producían agradable calor , mayormente aquella noche de frío intenso y persistente lluvia, que en vez de disminuír arreciaba con ímpetu, y aunque sobre los cristales de las ventanas empezó a repiquetear con loca insistencia, no llamó la

atención de nuestra dama, quien ajena a cuanto a su alrededor ocurría y abstraída sólo en sus sombríos pensamientos, se dirigió con rapidez al comedor, deseando ocultarse de cuanto la rodeaba ; dejóse caer sobre un cómodo sillón estilo Luis XV, y después de haber estado durante unos minutos con el rostro oculto entre las manos y llorando desconsoladamente, serenóse al fin un poco, lanzó un profundo suspiro que alivió su alma, y, puesta en pie nuevamente, miró a un lado y otro de aquella pieza, sacó el pañuelo con el que secó unas lágrimas, y despojándose del magnífico abrigo de piel y del gorrito, mostró toda la plenitud de su admirable belleza...

Aquella mujer divina era capaz de hacer perder la cabeza al hombre más frío...

Vestía elegantísimo traje de terciopelo gris perla, adornado con gran sobriedad, y sus manos, despojadas de los guantes, eran diminutas y lindísimas, de una nacarada blancura, entre las que se destacaban con mayor atractivo tres sortijas de brillantes de gran valor, que realzaban más y más la hermosura de aquellas manecitas de nardos y jazmines...

Sobre la mesa, veíanse multitud de platos exquisitos, capaces de hacer sentir apetito a un muerto...

Sin prestar siquiera atención a la cena que le habían servido, mandó traer una taza de azahar... Fuéle servida con prontitud y la tomó con manifiesta avidez, queriendo así tranquilizar algo su atribulado espíritu; pero por más que aparentaba serenidad, no pudo reprimir profundos suspiros que brotaban de su pecho y subían a los labios que titilaban sin cesar, manifestando la tormenta que ocultaba en su alma... Miróse a un espejo, y al ver su rostro tan demacrado, se horrorizó, temiendo llegase su marido de pronto y pudiera adivinar lo que le ocurría.

En su habitación, y ante el tocador, trató de recomponer algo su fisonomía, pues se lavó y empolvó... arregló su cabellera y fuése en busca de sus hijitos, a los que frenética besó...

Algo más repuesta regresó al comedor, y dejándose caer con indolencia en una «chaisselongue» que había en un extremo, pidió una manta pequeña de terciopelo, y una vez cubiertos los pies y las piernas con ella, entornó

los ojos y vió con la inquieta imaginación el hospital de la Cruz Roja... Penetró en él, y ya en el interior buscó con loco afán la sala de oficiales donde indudablemente tenía que estar su Alfredo... Condujéronla silenciosamente ante un lecho de sin igual blancura, y vió sobre las almohadas el rostro amado cubierto de mortal palidez, que con los ojos extraviados la buscaban sin cesar, mientras sus descoloridos labios pronunciaban su nombre quedo, muy quedo...

Aproximóse más de lo que estaba al lecho y le llamó con los calificativos más dulces que le dictaba el amor tan loco de que se hallaba poseída...

Inclinábase a despertarle con un beso...

Ya posaba sus labios en los labios del herido, cuando embargada en amoroso éxtasis pretendía apretar su boca contra la boca del amado, sintió la voz de su marido que desde la pieza próxima le decía:

—¿Es que te has dormido, Luz? ¿Y los niños, se han dormido ya también o permanecen despiertos? Os traigo unas figuras pre-

ciosas que he comprado en la puerta del café y desearía ver el efecto que les hace...

Despertada bruscamente de su amorosa somnolencia, se incorporó Luz, y arrojando a un lado la manta que le cubría fué en busca del esposo engañado, y con el temblor propio de la persona que no tiene la conciencia limpia, se le aproximó fingiendo interesarse por las figuritas de que hablaba Pepe.

Este quiso antes mimarla, y con gran dulzura la atrajo hacia él pretendiendo besarla en la boca, pero ella esquivó la acción, y vuelta la faz mostró una repulsión tan terrible que espantaba, a pesar de los esfuerzos que hacía para disimular, pero era tal el asco que le inspiraba aquel hombre al que detestaba, a la vez de engañarle vilmente con otro hombre.

Vió las figuras que indicóle al llegar su esposo, y al entregarle una que representaba el Amor, se fijó en que no eran de mármol y sí de escayola y mármol molido o cosa análoga, por lo que exclamó:

—¡Buena cosa has metido en casa! Estos trozos de escayola indican desgracia, y tú, que tan supersticioso eres, parece mentira que te

hayas atrevido a traernos semejantes regalitos. Quédatelos para ti, y buen provecho...

Desconcertado, al ver que se había equivocado en la compra, mandó al criado llevar aquello al despacho; quitóse el abrigo, lo arrojó con rabia sobre una silla, y malhumorado se sentó a la mesa.

Comió sin apetito, y, terminada la cena, indicó sirvieran el café en un gabinete próximo, donde una magnífica estufa de gasolina prodigaba confortable temperatura.

Dió el brazo a su mujer, y ésta, dejándose arrastrar como un autómata, fué con él donde pretendía, sentándose en un sofá, muy juntitos...

Fuéles servido el café en magníficas tazas de plata, con inscrustaciones de oro viejo.

Cuando el criado se retiró, después de haberles servido, rodeó Pepe con un brazo la cintura de Luz, y con extrema amorosidad, la dijo:

—¿Por qué no te atraen mis caricias? ¿Es que no me quieres y te enoja mi presencia?... Daría cuanto tengo por verte tan sólo una vez mimosa conmigo... Pero, por más que hago

por conseguirlo, no es posible... ¡Eres una mujer de hielo, que por nada se impresiona! A pesar de ello, te adoro más cada día, y tu desvío, en vez de molestarme, me causa una pena atroz... Cuando pretendo besarte, procuras no brindarme jamás esa boquita de cielo, que parece fué confeccionada con nieve de los Alpes...

Ella a nada contestaba, pues su imaginación hallábase lejos de allí..., en la sala de un hospital, envidiando a esas santas mujeres que, cubiertas con el hábito de la pureza, se desviven por atender y aliviar a los infelices heridos, entre los que aquella noche desgraciada estaba su amadísimo Alfredo, sufriendo y tal vez llamándola en su delirio febril...

Tan grande era su pena, que, sin querer, retratábase en su rostro, hasta el extremo que, viéndola su esposo tan abstraída y triste, le llamó la atención y quiso indagar la causa de aquella tristeza tan infundada.

Mimándola más y más, le rogaba manifestase el por qué de tan triste actitud, y ella, por más que quiso hacerse fuerte no pudo y prorrumpió en un llanto tan desconsolador,

que su marido, alarmado, trató por la fuerza de conocer el motivo... ya que sus caricias parecían no interesarle nada según con la indiferencia que las acogía...

Levantóse indignado, y empezó a medir a grandes pasos la habitación...

Pasados unos segundos, se paró ante aquella ingrata, y dolorido en extremo, la dijo:

—Tu actitud me gusta cada vez menos... Me ocultas algo y tengo derecho a saberlo: lloras con desconsuelo y tus lágrimas me escaman, pues no veo el motivo para ellas... Yo te adoro... tus hijos lo mismo... Tenemos salud y ningún peligro nos amenaza en la actualidad... ¿A qué ese llanto y esa inquietud que te noto desde que llegué a casa? Contesta, por Dios, o de lo contrario me intrigarás y tomaré la determinación de averiguarlo por otros medios... Preguntaré e indagaré hasta lo más insignificante, y creo me enteraré al fin de lo que tan tontamente me ocultas... No creo haberte dado ningún motivo de queja, te he indicado lo mucho que te idolatro, y para mí no hay otra mujer en el mundo fuera de ti. Lo sabes muy bien y eso

me tranquiliza en extremo... No me duele que gastes y disfrutes como una reina, pues en tenerte como a tal cifro mi orgullo... Dime, al fin, qué es lo que tienes y no pretendas enloquecerme más de lo que estoy... ¿Por qué sufres? ¿Por qué esas lágrimas que queman mi alma como si fuese arrojada a una hoguera...? ¡Contesta, por Dios, pues la inquietud me mata!

En vez de calmar el llanto de Luz, arreció más y más, por lo que, hasta pasados unos minutos, que al marido parecieron eternidades, no pudo contestar:

Mas, repuesta, habló al fin, y dijo:

—Haces mal en alarmarte, Pepe... el café me ha puesto nerviosa y lloro sin darme apenas cuenta... Déjame... no me digas nada y verás cómo me calmo más fácilmente, pues con tu pesadez y ridiculeces, me excitas... ¿sabes...?

Después de un rato de embarazoso silencio, levantóse Luz y se retiró al dormitorio sin pronunciar ni una sola frase más.

Una vez en él, dió media vuelta a la llave de la preciosa lamparita eléctrica que pendía

del techo, y la habitación antes en tinieblas, se inundó de torrentes de luz blanquísima, pudiendo entonces observarse que era una amplia pieza bien ventilada y alhajada con suntuosidad y gusto refinadísimo...

Los cortinajes y tapizado eran color violeta, como la colcha que cubría la magnífica cama cuya madera color guinda tenía preciosas incrustaciones de nácar y oro, lo mismo que los demás muebles que componían el soberbio dormitorio... Muy deprisa, despojóse de los vestidos y, cambiando la camisa de día por un rico camisolín de seda celeste pálido adornado de ricos encajes, se metió entre las ropas del lecho y lloró con mayor desconsuelo aún, pues la imagen del amado no se apartaba de sí ni un solo momento...

A poco, entró Pepe, vióla con el rostro oculto bajo las sábanas, se aproximó y, descubriéndola con ímpetu, le dijo:

—¿Aún siguen en tensión tus nerviecitos, hija? Ya es bastante, y pide a Dios no me dé a mí también por ponerme nervioso y se convierta esta casa en un manicomio...

Tal vez porque eres una mujer de las más

felices que existen, te cansas de serlo, y pretendes buscar quimeras que a nada bueno conducen y han de ser causa de intenso dolor para mí, que en pago del amor que te profeso causarán mortal herida en mi alma.

A poco de haber salido la dama del teatro Alfonso XIII, abrióse nuevamente la puerta del coliseo, dando paso a dos militares, quienes con el impermeable puesto salieron a la calle desafiando los elementos.

Sin volver apenas los rostros, tomaron la dirección de la Plaza de España, cruzaron ésta y, pasando por delante del «Bar Preferido», marcharon con paso presuroso por la Avenida del General Jordana, y una vez mediada ésta, se aproximaron a la verja que da al parque...

Después de mirar insistentemente, dispusiéronse a oír cierto rumor que hasta ellos llegaba, pero sin lograr distinguir las frases.

Uno de los militares, quien por su actitud

y arrogancia en el hablar parecía superior al otro, se separó algo de la verja, y alzando un poco la voz en la que demostraba cierta ira, le dijo a su compañero...

—Ya ves, Eduardo, cómo esa mujer no teme a nada ni a nadie... Me pone loco de celos, y sabiendo a lo que estoy dispuesto, pues se lo he dado a entender en nuestra última entrevista, me desafía y sale del teatro ante mi misma presencia, para acudir a una cita que ese amante maldito le ha dado por medio de una tarjeta, y que yo he hecho imposible...

—¿Cómo, mi coronel...?—contestóle su interlocutor—. Luego la herida que sufre Alfredo... ¿no ha sido casual y sí intencionada...?

—Claro; no ves que esa mujer me enloquece de pasión y estoy dispuesto por tal de conseguirla a perder mi carrera, si preciso fuera...

—Comprendo que esté enamorado de ella, pues es una mujer hermosa, pero no hasta el extremo de que ni viva ni esté tranquilo. Otras

mujeres tendría mi coronel que se considerarían dichosísimas con sólo ser el objeto de vuestras miradas.

—Calla, Eduardo ; todas esas reflexiones me las he hecho yo muchas veces, pero cuanto más recapacito, más me enamoro de esa mujer infernal que, habiéndose interpuesto en mi camino, se ha propuesto matarme con su resistencia. Quizá esa misma resistencia sea la causa de que mi deseo se acreciente, y, créeme, que amo a quien sólo desprecio merece...

—Ya está usted viendo que esa dama no es buena, pues teniendo marido como le tiene, y al que todos consideramos enamoradísimo de ella ; teniendo además hijitos tan lindos como los suyos, se entrega sin recato en los brazos de un teniente de Artillería, quien, por añadidura, la engaña miserablemente, pues se sabe que se pasa la vida en las casas de mal vivir y entre las asquerosas caricias de infelices mujerzuelas...

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Segurísimo, señor ; pues yo mismo le he visto.

—Luego, ¿a ti también te gustan las juerguecitas...?

—¡Cómo no!

—Es que no te consideraba yo así...

—Todos somos hombres...

—Sí, sí, ya veo que todos somos hombres... pero en ti no merece disculpa, pues tienes una mujer bella y hacendosa, y es lástima que le faltes.

—¡Oh, mi coronel! Siempre la misma comida cansa, y aunque el manjar sea exquisito, hay que variarle con frecuencia...

—Bien, bien, mi buen Eduardo; cada cual hace lo que estime más conveniente, ¿sabes?, y no soy por añadidura quién, para intervenir en tu vida privada... ¡Dispensa, chico...!

—De ningún modo; usted puede decirme cuanto le plazca, pues mi afecto le da derecho a ello.

—Por eso me he excedido a recriminar tu acción.

—No es recriminarla; es darme un buen consejo que le agradezco en lo que vale, pues estoy convencido en que hago mal; pero el vicio me domina, y a pesar de que ello me

aniquila, prosigo torpemente encenagándome y buscando torpes quimeras en mi casa, donde las recriminaciones de mi pobre esposa no faltan a todas horas...

—Desgraciados de nosotros cuando por el vicio somos dominados; mira dónde nos encontramos por el maldito vicio... Escuchando como dos golfetes y aguantando la impertinente lluvia y el frío tan intenso que hace esta noche, sólo por ver lo que una mujer, que no es mía ni ningún derecho tengo sobre ella para vigilar sus pasos, hace.

—En usted es diferente, pues es viudo y no engaña a ninguna esposa amante y buena como la que yo tengo la suerte de tener y engañar.

—Eso es verdad; si mi esposa viviera, no estaría yo a estas horas buscando el amor de una ingrata, como un pobre colegial...

—Las mujeres son nuestras tiranas...

—Sí, ¿pero qué es la vida sin ellas...?

—Es verdad... A mí me gustan de tal manera, que por eso no me conformo con la mía solamente; me gustan todas, y quisiera una para cada día.

—Entonces te explicarás el por qué de venir yo en pos de ésta que tan divina es...

—Me lo explico, ¡ya lo creo!; pero me enoja el saber que no es correspondido.

—Te agradezco tu cariñoso interés... pero... ¡es tan guapa...!, que como antes te he dicho, estoy dispuesto a hacer disparates por conseguirlo, y creo lograré tal vez algún día mi propósito... ¿no te parece?

—Nada puedo afirmar, pues la mujer es un enigma...

—Sí, un verdadero enigma, y tan incierto, que no creo haya aún quien las conozca a conciencia...; pero la que no se deja en un año, quizá al año y un día se deje, y logra uno, al fin, lo que con tal ardor ambiciona...

—Lo malo es que pase el año y un día y nada se logre de lo que con tanta ansiedad se espera...

—Esta vez creo que venceré, pues la casualidad ha de venir en mi ayuda...

—Pero eso de la herida del teniente Alfredo... ¿es verdad?

—¡Y tan verdad...!

—Luego, ¿sabe usted quién le ha herido...?

—Sí.

—Combinación, ¿eh...?

—Una combinación que espero ha de salir a pedir de boca...

—Pues le felicito, y hago votos por ver a la ingrata rendida de amor a sus plantas...

—Mira, Eduardo: me conformo con ser yo el que caiga rendido a los pies de esa mujer tan hermosa, que me haría su esclavo si ella se lo propusiera así.

—Pues estad seguro, que tarde o temprano, la tendréis en vuestros brazos.

—Calla. ¿No te parece oír suspirar?

—No; es el ruido que forma la lluvia al caer sobre la arboleda...

—Iremos a la esquina, y cuando ella salga del parque, verémosla al menos cruzar de lejos y admiraremos la gentileza de que está revestido todo el ser de esa mujer adorable...

—Bien, señor; admiremos al verla pasar, una vez más, el andar mago de esa diosa que le tiene electrizado...

—Y más que electrizado, chico...

Dieron la vuelta de nuevo a la verja, y se

situaron junto a la puerta del bar que hace esquina, y a los pocos momentos, vieron a la muy gentil salir del parque y con paso ligero cruzar la Plaza de España e internarse por la calle de Canalejas.

No pareciéndoles bien seguirla ni regresar más al teatro, donde llamaría indudablemente la atención las idas y venidas de ellos y de la dama descrita, se encaminaron por la anchurosa vía de la calle Alfonso XIII, y después de recorrerla varias veces charlando sin cesar y sin preocuparse para nada de la lluvia que sordamente caía sobre la vía pública, se internaron después por la calle de Isabel la Católica y desaparecieron de nuestra vista...

A la mañana siguiente, y en cuanto Pepe húbose retirado a sus quehaceres habituales, vistióse Luz un trajecito negro y bastante sencillo, puso una piel sobre sus hombros, y to-

mando del ropero un sombrero también negro, lo encasquetó sobre su linda cabeza, mientras se miraba sin cesar en el espejo.

Después de hablar en voz baja con la niñera de sus hijos, salió precipitadamente, dirigiéndose con toda la rapidez que permitían sus piernas de mujer joven, a través de las calles que conducían al hospital de la Cruz Roja.

Llegada a la portería, y como el encargado de la misma expusiera ciertos reparos en franquear la puerta de entrada a aquella hora y sin autorización de nadie, abrió el bolso de mano y sacó un billete de cincuenta pesetas, que se apresuró a poner en las manos de aquel hombre.

Con este mágico resorte, no tuvo inconveniente el celoso portero en apresurarse, gorra en mano, a abrir de par en par las puertas para que tan bella y generosa dama pasara al interior de la magnífica portería, a la vez que se apresuró a hablar con un enfermero que por aquella pieza pasaba en aquel momento, llevando un servicio de café para

algún enfermo de los muchos que allí se encuentran siempre.

Después de unos instantes de charla, y viendo una sonrisita de satisfacción en aquellos hombres, sacó nuevamente otro billete y lo entregó al enfermero, quien deshecho en atenciones, dejó el servicio sobre una mesa próxima y se dispuso a servirla con la presteza que merecía una propina mañanera tan espléndida.

Dió Luz el nombre del herido a quien deseaba ver pronto, y al indicarle el sirviente le siguiera, no vaciló, y se internó por diversas piezas del suntuoso edificio que la Cruz Roja tiene establecido en Melilla, y en el que prestan su concurso infinidad de damas de la aristocracia, quienes, llenas de caridad cristiana y revestidas del humanitario amor a los valientes defensores de nuestra amada Patria, no omiten sacrificio alguno, para prodigar el bien a manos llenas, cumpliendo heroicamente el cometido impuesto por ellas mismas.

Llegó, al fin, Luz, a un saloncito de visitas, dejóse caer con desaliento sobre una silla,

mientras el enfermero pasó a ver si la dama podía o no ver al herido.

Momentos después regresó el sirviente, manifestando esperase breves instantes al oficial, que estaba terminando de vestirse, a pesar de la prohibición que del médico tenía para que del lecho no se moviera por temor a una hemorragia que anulase lo que hasta entonces se había conseguido, ya que el estado del herido era bastante delicado; pero quien, al saber el nombre de la que pretendía verle, se arrojó del lecho sin consideración alguna.

Emocionóse Luz al oír de labios de aquel hombre tales manifestaciones, y se dispuso a esperar cuanto fuera preciso por tal de hablar con el hombre amado, al que momentos antes había llegado a temer no lograr ver, a pesar de cuanto había expuesto aquella mañana, como también por estar tan atemorizada con la noticia y creerle de suma gravedad.

Sumida en profundas meditaciones se hallaba, cuando abrióse la puerta y dió paso a un hombre joven y de gallarda arrogancia, cuyo rostro, cubierto de mortal palidez, mostraba unos ojos grandes y azules como el cielo, mirada lánguida y dulcísima, nariz aguileña, boca pequeña y de labios finos, cabellera rubia y ondulada, cutis terso y cuidadosamente afeitado...

Tendría de veinticinco a treinta años, pero manifestaba muchos menos.

Vióle la dama y arrojóse sin recato alguno en sus brazos.

Emocionado, dejóse abrazar, y pasados los primeros trasportes de pasión, la miró angustiadamente, y le dijo:

—¿Qué has hecho, Luz?

—Ya ves—contestó ella—, venir a verte.

—¿Y tu esposo? ¿Y tu reputación?

—Nada me importa con tal de verte.

—Locuela, locuela. ¡Cómo te expones!

—Desde que supe que estabas herido, no he podido sosegar... ¡cuánto ha sufrido mi alma...!

—No has debido venir; esto carece de im-

portancia, pues el médico ha dicho que no es lo que en un principio se temía...

—Y, ¿cómo fué ello, Alfredo?

—No puedo explicármelo aún.

—Pero tendrás al menos sospechas de quién es el traidor que ha pretendido matarte.

—Nada sé, ni nada sospecho.

—Hay que hacer por averiguarlo, pues no así como así se intenta matar a un hombre.

—Ya el juez ha tomado sus medidas, y se está indagando según me dicen.

—¡Ah! Pues hay que activar lo posible y que se castigue al culpable con mano dura.

—Ya se verá todo, está tranquila.

—Sí, pero mientras tanto, tú sufres y yo me estoy muriendo de disgusto y ansiedad.

—Cálmate, que esto no es casi nada; una poca pérdida de sangre y un rasguño.

—No; pues yo no he de dejar que eso quede sin castigo.

—¿Qué puedes tú, pobrecita...?

—Más aún de lo que creas; he de demostrarte que puedo, y que el infame que te ha herido reciba su castigo.

—Bien, mujer; deja ese tema, que no tiene importancia, y hablaremos de otra cosa.

—¿Que no tiene importancia dices?

—No creo la tenga hasta el punto de que te excites así.

—Calla, Alfredo mío; no pretendas desvirtuar la gravedad del caso este.

—Hija, no le doy la importancia que tú, y te ruego pasemos a otra cosa.

—Para hablar de otras cosas no he venido yo; sólo me preocupa el motivo de tu herida y el resultado de ella.

—Bueno, basta ya, o me enojo.

—Todo, menos que te enojes tú.

—¿Cómo has podido salir tan de mañana y lograr la entrada aquí?

—Porque mi amor presta fuerzas para vencer todos los obstáculos que se nos interpongan.

—Ya veo, ya...

—¿No harías tú por mí otro tanto...?

—Claro que lo haría.

—¿Te extraña tal vez que una débil mujer consiga lo que se propone?

—No, chica; en la mujer no me extraña na-

da ya ; es tal vez más arriesgada que el hombre en algunos casos...

—Sí, porque la mujer no recapacita, y mayormente si se trata de algo en que interviene el corazón ; entonces es una leona o una heroína...

—Tienes razón, rica mía ; esta prueba de amor que acabas de darme me afirma más y más en la idea de que me quieres mucho.

—¿Lo has dudado nunca, ingrato...?

—No lo dudé jamás ; pero si alguna duda era posible, queda disipada ante un arriesgo como el de hoy.

—Ya ves que, no sólo me juego la honra, sino el cariño también de mis hijitos ; pero te quiero de tal modo, que tú eres ante todo...

—Gracias, vida de mi vida ; no hallo frases para expresarte toda la admiración que me inspiras, ¡amorcito mío!

Y nuevamente se juntaron sus rostros para besarse, enlazándose a la vez los brazos para estrechar más y más sus cuerpos, hasta que rendidos por la emoción, se dejaron caer en un ancho diván, y con las manos enlazadas

se miraban a los ojos y sonreían llenos de amor...

—Qué imprudencia cometemos, Luz adoradísima—dijo Alfredo.

—Lo sé, pero no puedo estar sin verte.

—¿Y si tu esposo logra enterarse de esto?

—¡Ah! No le nombres; le odio tanto como a ti he llegado a amarte.

—Y sin embargo, él te tiene siempre a su lado y a mí no me está permitido.

—¡¡Sino maldito!! ¡Cuán desgraciada soy, al tener que recibir unas caricias que tanto me molestan siempre...! Le detesto de tal modo, que sería capaz de partir contigo al extranjero y dejarle abandonado para siempre.

—¡Oh!, si eso fuere posible...

—Todo es posible en la vida, Alfredo...

—Sí, pero recapacita que ello traería un escándalo atroz y que nos perseguirían indudablemente hasta darnos alcance.

—Veo que, a pesar del uniforme, tienes miedo al enemigo—recalcó ella, irónica.

—Miedo, no; es que comprendo que es una quimera pensarlo tan sólo, y por eso no

le doy albergue siquiera en la imaginación...

—Bien, Alfredo, bien ; temes perder la carrera y la estimación de tus jefes.

—Nada me importa la carrera ni nadie, Luz.

—Pues, hijo, no lo demuestras.

—Es que miro las cosas bajo el aspecto que deben mirarse, ¿sabes?

—Sí, sí ; comprendo todos tus razonamientos y, ¿sabes lo que digo?

—¿Qué?

—Que no me quieres.

—¡¡Qué tonta eres...!!

—No, no soy tonta ; soy una desgraciada mujer que ha puesto un amor insensato en quien no lo merece.

—¿Qué dices, criatura?

—La verdad, y nada más que la verdad, ¿sabes?

—No seas insensata, y cree lo que digo—exclamó él, besándola con mimo en las manos ; y pasándole después el brazo por el talle, la atrajo más y más a él, apretándola con dulzura sobre su pecho como si fuese una niñita.

Pero ella, llorosa y pensativa, se dejó ha-

cer, mientras le decía en términos de reconvención:

—Ingrato, no debo quererte; no sé qué genio infernal me induce a adorarte con la locura con que te idolatro...

—Tontísima, más que tontísima; no digas disparates, y cree que tu amor es mi vida.

—No te creo, pero yo misma quiero engañarme a pesar de todo, y creer lo que no es creíble, porque tu cariño me es más necesario que el agua, el sol y la brisa a las plantas; el pan al hambriento, y los cuidados maternos al infeliz niñito que acabase de nacer...

—Calla, Luz, y convéncete de que no es cierto lo que hablas; te adoro, y por lo mismo, temo perder por una simpleza todo el tesoro que para mí encierra tu persona divina.

—Bueno, no hablemos más de esto, y dime qué he de hacer para no dejar de verte diariamente, ya que me es tan necesario como acabo de manifestarte.

—Hija, creo es una locura que vengas a esta casa.

—¿Qué hacer, entonces...? Di.

—Esperar a que yo me mejore y celebrar

nuestras entrevistas en la forma que sabes, en la casita que para nido de nuestros amores tenemos alquilada.

—¿Por qué no te han llevado allí para cuidarte yo misma?

—Eso sería una locura...

—Pues todo son locuras para ti.

—¿No comprendes que es imposible?

—No veo la causa.

—Puesta a no querer ver, nada verás.

—Es que yo todo lo abandonaría para atenderte.

—Eso es lo que yo no quiero.

—¿Que te cuide...?

—No; que me cuides no.

—Entonces... ¿qué?

—Que no debes faltar de tu casa y buscar un rompimiento inútil.

—Qué cachaza tienes y qué frialdad...

—No es frialdad; es lo que antes te he dicho, reflexión.

—Sí, sí; tú reflexiona mucho, y deja que me muera de ansiedad al no saber cómo te encuentras, y que el amor verdadero entiendo que no reflexiona nunca.

—Ya ves que estoy fuera de peligro.

—Eso lo dices por consolarme.

—No es por eso, pues no podría simular estar bueno si la fiebre o la hemorragia lo impidiera; eso no es cosa que pueda disimularse.

—Yo no estoy tranquila, y menos viendo esa cara tan pálida y tan demacrada.

Y tomándole con ambas manos la cabeza, le atrajo hacia ella, y dándole infinidad de besos con ansiedad que inspiraba compasión aquel amor tan terrible en dama tan bella y tan apasionada de un hombre cuya frialdad era bien manifesta, para quien le contemplare con calma y desinterés.

Al rato de estar ella besándole y él recibiendo impasible aquella descarga de cálidas caricias, se incorporó un poco, y deslizándose de la blandura de aquellos mórbidos brazos y turgente pecho, intentó ponerse en pie sin lograrlo; pero hubo de decir entonces que era preciso separarse, ya que el médico no podía tardar en llegar y no quería le viera y encontrare tampoco levantado.

En vista de estas manifestaciones que no

admitían apelación, tuvo que resignarse a marchar, después de prodigarle nuevamente sus caricias y rogarle con encarecimiento escribiera a diario y nada le ocultare respecto a su estado; entonces se decidió, no sin grandes esfuerzos, a separarse de él.

Salió con paso mesurado y mirando sin cesar aquel edificio donde quedaba el hombre amado; alejándose poco a poco, y tras unos minutos de marcha, por aquellas calles, se fué, al fin, en dirección de su casa, donde llegó, y sin llamar siquiera, abrió la puerta con el llavín que a prevención llevaba.

Introdújose en la lujosa mansión, subió las escaleras, y como a nadie encontró en los corredores, se internó en su dormitorio, donde se despojó de aquellas ropas que le habían servido para la salida matutina.

Vestida nuevamente con elegante bata de casa, salió de la habitación y, oprimiendo el botón de un timbre al paso, llamó, no tardando en presentarse una criada, a quien preguntó por sus hijos, diciéndole aquélla que habían salido momentos antes al parque con la niñera.

Pasó a la cocina, vió lo relativo a comidas (cosa extraña en ella), y en seguida se retiró al cuarto de costura, pero en vez de tomar una labor del costurero, tomó un libro, y sentándose cómodamente, empezó haciendo como que leía ; pero no leía, su pensamiento estaba en el hospital de la Cruz Roja, donde veía a su Alfredo pálido y más hermoso que nunca, pareciéndole un oficialito de merengue con aquel traje tan blanco.

También pensaba en el medio a que apelaría para verle a diario o, al menos, tener noticias directas del bien amado.

Daba vueltas y más vueltas a su cabeza, hasta que, pasados unos momentos, y después de descartar varios disparatados proyectos, apeló por el más práctico y que menos peligros ofrecía para ella.

El opulento banquero bilbaíno don José Romero, vivía en un suntuoso hotelito de su

propiedad en las afueras de Bilbao, también ocupado por su esposa doña Mercedes León, una santa mujer que, siendo como era joven aún, rica y capaz de llamar la atención por sus muchas virtudes y soberbia belleza, manteníase alejada casi por completo del trato social y dedicada únicamente a su esposo, a quien adoraba locamente y de quien era correspondida, como también a su tierno hijo Pepito, un niño morenito y encantador que era la delicia de sus amantes padres.

Tendría Pepe unos doce años, y ya ocupaba un puesto entre los oficinistas que al servicio de la importante casa de banca de su laborioso padre había.

Sentado en una linda mesita próxima al buró donde su padre pasaba más de diez horas trabajando sin descanso, y sólo se levantaba de allí para almorzar de prisa y corriendo y reanudar inmediatamente el trabajo de hacer cifras y más cifras, hasta muy entrada la noche, en que daban principio a la cena en unión de su dulce compañera, como también del hermoso y dócil hijo, prolongando ésta más de lo regular, a cuya terminación pasaban al

saloncito, decorado con sumo gusto y riqueza, en el que se destacaba un magnífico piano, ante el que se sentaba Pepito o su mamá, y tocando y cantando pasábanse más de dos horas, mientras el señor Romero, hundido en cómoda butaca, se extasiaba oyendo a los seres amados y lanzando sendas bocanadas de humo del rico veguero que entre sus labios ardía casi sin cesar.

Para don José no había en el mundo distracción semejante a la que disfrutaba entre sus bien amados seres.

Urgente y provechoso tenía que ser el asunto que de su casa le hiciera salir breve tiempo.

El objetivo de su vida consistía en no separarse jamás de los suyos y en trabajar sin descanso para que disfrutaran sin medida y dejar a su muerte algunos millones de pesetas al hijo, acumulados por constante trabajo y laboriosa honradez.

Los años se deslizaban para esta reducida familia con una rapidez vertiginosa, sin que la más leve sombra de disgusto nublase jamás los hermosos rostros, sobre los que se trasparentaba cual fiel espejo la nobleza y gran-

diosidad de sus almas sencillas y caritativas...

No había necesitado que a sus puertas llamara, que no se despidiere bendiciendo a los moradores del hotel y pidiendo al Cielo prodigase, como venía haciéndolo, las dichas a raudales.

Quince años tenía ya Pepito, cuando el cruel destino le arrebató a su santa madre, que murió como lo que era y sonriendo hasta exhalar el postrer suspiro, con las manos de su esposo y su hijo entre las suyas, mirándoles sin cesar y dándoles con la mirada alientos para sufrir tan dolorosa pérdida...

El señor Romero, quedó alelado con tal desgracia; no hacía nada más que llorar y suspirar, escondiéndose de su hijo y de todos para que nadie presenciara la magnitud de su dolor.

No hubo alma nacida que pudiera hacerle volver al despacho, ni menos interesarse por

los libros ni por nada con el negocio relacionado, inspirándole horror oír hablar ni a sus más íntimos.

Encerrábase en su dormitorio, y arrodillándose ante un retrato de su desventurada mujer, dejaba correr las lágrimas a torrentes de sus tristes ojos, mientras decía: Mercedes... ¡bien mío!, ¿cómo podré vivir sin tu dulcísima compañía...? Ven por mí, Mercedes mía... la vida es tan enojosa que no puedo soportarla... Quiero morir para reunirme a ti, fiel compañera de mi alma... nada fuera de ti me alegra... ¡Ni tu hijo me distrae esta pena que mina mi existencia! Tú y nada más que a ti, mi alma necesita...!

Estas escenas se sucedían a diario, y había momentos en que el pobre señor se dislocaba.

Para don José la vida se tornó en una pesada carga, y tal fué ello, que, a los cuatro meses de perder a su amante esposa, enfermó tan gravemente, que a los seis días de estar en cama y después de agotar los remedios que los médicos más eminentes de España y del extranjero que fueron llamados y acu-

dieron a la cabecera de su lecho de muerte, fueran capaces a prolongar tan sólo unos días más aquella vida que se escapaba con asombrosa rapidez y sin dolencia física de ninguna clase, pues sólo la herida mortal de su corazón amantísimo le llevó a la tumba tan desconsoladamente.

Expiró con una dulzura inefable retratada en su simpático rostro, mientras le rodeaban su hijo, varios íntimos amigos y los viejos servidores de la casa, quienes anegados en llanto y con los ojos clavados en el agonizante, pedían a Dios recibiérale en su santa gloria y junto al bien amado que perdió.

Quedó el pobrecito niño huérfano y sólo, en poder de su tutor, un honrado amigo de su padre que le sirvió de tal, sin malgastarle la más leve suma de su cuantiosa fortuna, pues más bien hubo de acrecentarla, llevando en pie la casa de banca e inculcando al

joven más y más en sus sanos principios y haciendo que progresara en su laboriosidad y buenas costumbres, pareciéndose en todo a su buen padre, y teniendo el dulce carácter de su virtuosísima madre.

Cumplida la mayoría de edad, le puso su tutor en las manos una cuantiosa fortuna, y en vez de entregarse como otros jóvenes de su edad al vicio, ya que su posición era una tentación para ello, se dedicó a la vida de los negocios, y por su seriedad y honradez, era considerado en Bilbao como uno de los mejores financieros.

Para descansar de su cotidiana labor, marchaba todos los años, un par de meses, a veranear a una playa aristócrata, donde, gracias a su posición, alternaba con las más linajudas familias de la nobleza española y francesa.

En una de estas ocasiones, y encontrándo-

se en San Sebastián, asistió a un baile aristocrático en el Gran Casino, y entre la multitud de bellas mujeres que cual torbellino inmenso cubría el magnífico salón, vió a Luz Valdivia, joven de deslumbradora hermosura y perteneciente a una ilustre familia española.

Verla y enamorarse de ella como un loco, todo fué uno.

Le rogó fuese su pareja aquella noche en el baile, y ella no se negó, con gran satisfacción de Pepe que, a medida que avanzaba la noche, se enredaba más y más en los hechizos de aquella deidad.

El también era un real mozo, hermoso y elegante, por el que más de cuatro damas suspiraban desde hacía tiempo.

Así que no fué extraño que, al declararle a Luz, dos días después de aquella entrevista, el gran amor que había sabido inspirarle, le contestase aquélla afirmativamente a la pretensión de convertirse en la novia oficial de aquel rico bilbaíno, que la miraba con una dulzura infinita.

Luz también era huérfana, pues perdió a

su madre al venir al mundo, y también hacía tres años que había perdido a su padre y quedado en poder de madrastra, quien habiéndola criado y no teniendo hijo alguno, la profesaba un cariño casi maternal.

Entrevistóse Pepe con la madrastra de Luz, una señora muy buena y de ilustre cuna, que desde el primer momento se declaró partidaria de aquellos amores, y la boda se fijó para de allí a cuatro meses.

El tiempo pasaba para Pepe con una lentitud desoladora y sólo se consolaba porque la mayor parte del día y de la noche la pasaba junto a su amada, a la que cada vez adoraba más, habiendo fijado su residencia en Madrid y teniendo por completo abandonados sus negocios de Bilbao ; pero aquella pasión le trastornó y no tuvo inconveniente en seguir a Luz desde San Sebastián a Madrid y para nada ir a Bilbao, arreglándose sólo con cartas que escribía a su apoderado, para que sólo él se ocupase de sus asuntos.

Llegó al fin el día de la boda, y ésta se celebró con todo el esplendor que la hermosura de ella y el capital de él merecía.

Cumpliendo con los preceptos de la moda, fuéronse desde la iglesia en un magnífico «auto» a recorrer las principales capitales de Europa, de donde regresaron a los tres meses, él más enamorado que nunca y ella hastiada ya del marido, pero sin demostrárselo.

Instaláronse en un hotelito que para tal efecto habían comprado y mandado alhajar con suntuosidad y gusto, pues ella le indicó su propósito de vivir en la Corte, donde se había criado y tenía sus amistades, y él, dispuesto a no contradecir en nada a su mujercita, consintió gustoso, y así se hizo, dedicándose a gozar de toda clase de distracciones, y pasaron los meses sin darse apenas cuenta de nada.

Al año de casados viéronse favorecidos con la presencia de una encantadora niñita, fruto de su amor, que fué recibida con la natural alegría. Pusiéronla por nombre Lucita.

El padre no se cansaba de acariciar a la

hijita que tanto se parecía a la esposa idolatrada, y no era extraño verle de vez en cuando quedarse en la casa con la servidumbre y el ama de leche de la nena, para que su mujer fuera a divertirse con sus amistades hasta altas horas de la madrugada, que regresaba a casa y que muchas veces ni se detenía a ver a la pequeña siquiera, pues no se distinguía por su amor materno, cosa que desagradaba bastante a Pepe, quien no sólo tenía que permanecer un rato con la pequeña antes de acostarse, sino que durante la noche se levantaba varias veces, y envuelto en un batín y calzado con unas zapatillas silenciosas, pasaba a la habitación inmediata donde mandó colocar la cama de la nodriza y la cunita de su ángel, convenciéndose de si estaba arropadita y bien atendida.

Un año tendría la nena, cuando su madre vióse favorecida con la presencia de una segunda hija, a quien pusieron por nombre Esperanza.

Recibió el padre al nuevo ser con el mismo entusiasmo y amor que a la primera; no así Luz, quien no hizo por disimular su enojo,

no dignándose acariciar tan sólo a la pequeña ; la maternidad, en vez de entusiasmarle, sacábale de tino y renegaba sin cesar, no queriendo tolerar que los hijos entorpecieran durante unos días sus múltiples diversiones que con poder magnético le atraían.

Este segundo parto púsola aún más bella que nunca, sólo que el talle empezóle a enreciar ; pero esclava como era de la línea, buscó remedios para no engruesar, y lo consiguió.

Llamaba la atención su rara hermosura en cuantas reuniones aparecía ataviada con lujo sin igual.

Sin respeto a las conveniencias sociales ni al marido, dejábase requerir de amores por infinidad de jóvenes que no la dejaban ni a sol ni a sombra...

El marido, ajeno a todo y no viendo, o no

queriendo ver, nada más que por los ojos de ella que le tiranizaba cada vez más, dejándola hacer y gastar sin poner freno a nada.

Pero llegó un día en que su administrador le escribió desde Bilbao manifestándole que hecho el balance de fin de año, se encontraba con un déficit de quinientas mil pesetas, las que había que hacer efectivas no muy tarde, pues los acreedores no querían esperar; que, agotado el crédito, había que hipotecar o vender las fincas que poseía, pues, de lo contrario, no podía solucionar en modo alguno aquellas deudas.

Despierto, al fin, el pobre Pepe de su letargo amoroso, y pensando en sus hijitas, a las que cada día adoraba más, y en el nuevo hijo que poco tardaría en nacerles, formó el propósito de ir a Bilbao, y allí, sobre el terreno, dar la solución adecuada a aquello que era su ruina inminente.

Expuso a Luz lo que había, y ésta, en vez de amedrentarse, le dejó ir, y en cuanto traspuso de Madrid, se dedicó con más ahinco a las diversiones, habiendo noches en que ni siquiera regresaba al hotel, con gran escán-

dalo de la servidumbre, que compadecían al pobre esposo y desgraciadas niñas.

La madrastra de Luz, que sentía por ésta una gran pasión y que, al enterarse por las amigas de los excesos cometidos por su hijastra, que tan mal hablaban de su educación y sanos principios, trató de hablarla para hacerla desistir del mal camino emprendido, y dispuesta a ello la buena señora, la mandó llamar por conducto de un sirviente suyo.

Acudió Luz algo tarde al llamamiento de la que había sido para ella una segunda madre, y después de disculparse torpemente por su retraso en atender al llamamiento, se suscitó entre ellas fuerte disputa, cuyo resultado final fué un síncope prolongadísimo de la anciana señora, que hubo que trasladar al lecho y llamar con urgencia al médico, quien después de reconocerla con minuciosidad diagnosticó el inminente peligro de muerte de la dama

por una angina de pecho cuyo desenlace fatal no se haría esperar.

En vez de amedrentarse Luz por los malos resultados de su conducta para tan bondadosísima señora, se mostró desde un principio indiferente a todo, sin exteriorizar el más leve indicio de pesar.

Marchóse a su casa y para nada volvió al hogar donde se había criado y recibido caricias sin fin de aquella noble dama que moría a consecuencia de su desmedido celo por una ingrata que no lo había merecido y a quien ni siquiera quedaría el remordimiento de su mala acción...

Supo por un criado la noticia de la muerte de su madrastra, y lo único que hizo fué enviarle una corona, para demostrar a las amistades su pesar y hacer al mismo tiempo demostración de orgullo y ostentación.

Un mes tardó en regresar Pepe a su casa, y durante este espacio de tiempo conoció Luz a un joven oficial de Artillería, que, descansando de la campaña de Marruecos, se encontraba en Madrid, donde residía su familia.

Conocerse y amarse, fué cosa de momento.

Ella sintió lo que jamás en su vida había sentido por nadie: un amor dulcísimo y profundo.

Aquel militar llegó a inspirarle tal anhelo desde el primer momento, que indudablemente le arrastraría cual torbellino impetuoso a una perdición próxima.

Cuando conoció a Pepe, amó solo su fortuna, y no le desagradó que aquel arrogante joven la requiriese de amores, pues su orgullo de mujer quedaba satisfecho con ello y había bastante.

Como el amor no tomó parte alguna en aquella unión, nada tuvo de particular que a su regreso del viaje de novios estuviese hastiada de su esposo, por lo que no es de es-

trañar que tanto le gustasen las diversiones, único medio de aturdir su imaginación y su espíritu.

Lo que no admite disculpa alguna era que aquella mujer se mostrase insensible ante los seres a quienes había dado vida, pues la maternidad ennoblece a la mujer y le hace más sensible, más tierna.

Trató el militar de ser presentado a Luz y bien pronto logró su objeto por ser gran amigo de las amistades de ella, que también ardía en deseos de trabar conocimiento con aquel hombre que se le aparecía rodeado de una aureola de divinidad...

Al darse las manos por vez primera, la sangre de él se rebeló en locos deseos de poseer aquella belleza tan exuberante y apretó más de lo debido la mano, que se le abandonó por completo mientras los ojos de ella le mira-

ban con tal fuego que ni el sol africano, en el mes de agosto, quemaba tanto...

Repuesto al fin de la muda admiración y comprendiendo que el largo saludo llamaría la atención a los de la reunión, separáronse tomando asiento no muy lejos el uno del otro. Pero lo que no podía decir la lengua, se encargaron de decirlo los ojos de ambos, quienes se comían a señas y demostraban llevar largo tiempo de conocerse.

Aquella noche no pudo dormir Luz ; la imagen del oficial la perseguía insistentemente y deseaba amaneciese el día para ver si lograba verle de nuevo y satisfacer el anhelo de su alma, que habíase enamorado en forma para ella desconocida, no dejándola vivir...

No pensaba para nada en sus tiernas hijitas, que allí, a pocos pasos de ella estaban, sin preocuparse de si dormían o no y si podrían estar enfermas.

Llegó de la calle, y sin preguntar siquiera si había o no noticias del esposo ausente, se acostó, pero no durmió, como ya dejo dicho.

Formó miles planes para ver el medio de dar satisfacción a aquel amor que por momentos se adueñaba de su corazón y que tan preciso le era para poder vivir...

Con los ojos entornados y sumida en dulce languidez, pensaba en la arrogante figura de aquel hombre que se había interpuesto de pronto en su camino...

¡Qué ojos tan azules y tan soñadores...!

¡Cuán dulce sería el saberse amada por tan gentil galán...!

¡Qué expresión tan dulce la de sus palabras...!

De pronto, una cruel sospecha vino a herir su corazón y casi en voz alta se preguntaba insistentemente... «¿Tendrá novia ese joven? Debe tenerla, pues no habrá mujer que se resista a la influencia que de todo su ser emana... Y que según se desprendía al observarle, debía ser algo enamoradizo el tal oficial, pues en ella se fijó con gran insisten-

cia, a pesar de saber, como sabía, que era casada, que tenía dueño.»

Pero un dueño al que odiaba con toda su alma y cuyo yugo le era insoportable...

«Cuando le vea—se decía—le indicaré que mi marido me es indiferente, que no le quiero; que nunca le he querido... que mi corazón está virgen de amores, que él le ha despertado de su letargo y que me es preciso quererle para ser dichosa... Sí, todo eso le diré y mucho más.

Le diré que soy suya desde el mismo instante en que me lo presentaron...

¿Por qué no le habré conocido antes? ¿Por qué, Dios mío, no le interpusiste entre Pepe y yo hace unos años...? ¡Oh! qué infamia es no haberle conocido a tiempo de no hacerme una desgraciada mujer... ¡Hoy tengo marido e hijas a quienes he de traicionar al quererle...! Pero mi pasión sobrepuja a todo y tendré que anteponerlo a ellos si no quiero morir...

Después de una noche desastrosa, sin haber podido cerrar los ojos, se levantó Luz, y al mirarse en un espejo quedó espantada al ver su rostro pálido y desencajado.

Parecía haber envejecido diez años.

Trató de recomponerle, pues temió que si él la veía pudiera quedar desilusionado, y una vez arreglada llamó al timbre y ordenó a la criada que acudió le fuese servido el desayuno en su tocador, ya que no quería tomarlo en el comedor.

Desapareció la doméstica volviendo a poco con lo que había pedido, y entonces se dió Luz cuenta de que tenía hijas en el mundo y preguntó por las pequeñas a la vez que indicó las trajeran para verlas.

Lleváronle las niñas, a quienes besó con frialdad aquellos rostros tan tiernos y tan bellos a la vez, indicando las sacasen de paseo y dieran de comer en el campo, pues ella también quería ir con unas amigas a una finca algo retirada de la Corte.

Una vez que Luz se arregló con todo esmero y pasó revista a cuantos sombreros tenía para ver cuál le caía con más gracia sobre el rostro, miróse al espejo, y quedando satisfecha de la inspección al verse terriblemente seductora, dió la última ojeada a su toilette y llamó a la criada para ordenarle traer un coche de la parada más próxima.

Salió de su habitación, y en el vestíbulo aguardó el regreso de aquélla, que no se hizo esperar, pues llegó a tiempo e indicó que el coche esperaba en la puerta.

Dentro ya del vehículo indicó la dama al cochero le llevara despacio a pasear por el Retiro... Ya en él, y mientras el coche se deslizaba tranquilamente por aquel paraje, miraba con insistencia a cuantos transeúntes veía, deteniendo también su vista en los coches que había paseando en aquella hermosa mañana del mes de marzo, pues el sol habíase dejado ver a los muchos días de insistente neblina y lloviznas, y los madrileños

amantes del esparcimiento aprovechaban aquellas horas matinales para expansionar el ánimo y gozar de las delicias que proporciona al cuerpo un paseo bajo los árboles, que parece como que reviven también al calor de los rayos solares. Nada sacó Luz de lo que su vista inspeccionaba, quedando por ello bastante triste.

Después de varias vueltas, y cuando cansada ya, pensaba ordenar al cochero otra dirección, fijó de pronto su atención en un jinete, que, montando magnífico potro de raza inglesa, venía al paso y en dirección contraria a la suya.

Era un oficial de Artillería muy guapo y bastante arrogante, el cual, al llegar cerca del coche, miró con indiferencia, pero quien al conocer a la hermosa mujer que le ocupaba se llevó con presteza la mano a la gorra y saludó con una inclinación tan grande que casi llegó a dar con la cabeza en el cuello del caballo que montaba, mientras una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios y les hizo fruncirse, pudiéndose entonces ver una dentadura blanca y bien alineada.

El cochero, ajeno a los deseos que la dama pudiera tener, continuó el camino, y ella, nerviosa, volvió la cabeza para corresponder al galán, a quien no había conocido hasta el tiempo de cruzarse, sin poder apenas corresponderle con otra sonrisa.

Al volver la cabeza notó con cierta satisfacción que el jinete también volvía la suya, y al encontrarse las miradas de ambos, saludó él mientras tiraba de las riendas del animal y le hizo dar la vuelta con brusquedad para ponerle en seguimiento del carruaje.

Llegó al lado de la portezuela del mismo, y abandonando las riendas del corcel, se llevó la mano a la gorra mientras tendía la otra a la bella, que se apresuró a tomarla y estrecharla con anhelo mientras le decía:

—Parece que la hermosa mañana que hace le ha invitado a pasear un rato...

—Sí, y bendigo a Dios porque me ha proporcionado la dicha de ver a usted en cuanto he llegado a este paseo en el que parece nos hemos dado cita para encontrarnos—contestó él.

—Verdaderamente que ha sido una casualidad grande, ¿eh?

—Realmente... ¿Pero le agrada este encuentro?

—¡Cómo no!

—¿Mucho...?—recalcó él.

—Mucho más de lo que imaginar pueda —arguyó ella.

—¡Oh! Me considero el más feliz de los mortales y desde hoy pienso venir a diario a este lugar, donde he hallado la mujer más hermosa del mundo.

—Muy galante me parece...

—Nunca lo que merece dama de méritos tales cual atesora usted, amiga adorable.

—Eso dirá a todas las mujeres que se le interponen al paso.

—No, eso no puedo decirlo nada más que a la mujer que desde hace días roba la quietud de mi alma...

—Por Dios, que me parece mucho cuanto dice a esta insignificante mujercita.

—¿Insignificante mujercita, quien por su porte causaría la envidia de muchas reinas de la belleza...?

—Déjese de adulaciones y hablemos de otra cosa si le parece.

—Cuanto la digo, lejos de ser adulaciones, son frases nacidas de un corazón adicto al suyo.

—Es que sólo hace horas que nos conocemos y no creo haberle inspirado una simpatía como la que demuestra.

—Usted, encantadora mujer, la simpatía tiene que inspirarla instantáneamente; prueba de ello, el que quedé hechizado tan sólo al verla.

—Repito que es usted demasiado galante.

—Y yo, que usted es la más bella que existe...

—Bien, echémoslo a broma y bueno está, ya que se empeña.

—No, nada de bromas; es de veras, muy de veras...

—¿Y dónde pensaba dirigirse al llegar aquí...?

—Sólo pasear un rato por estos lugares y después pasar ante la casa de usted, para admirar el templo donde se encierra el tesoro de su hermosura.

—Algo romántico se me antoja también.

—Nada de romanticismos... ¿Le parece bien que demos un paseo a pie por entre los árboles?

—No tengo en ello inconveniente, y acepto...

Indicaron al cochero que parase; se apeó el jinete, y dando la mano a ella, le ayudó a bajar del carruaje.

Ya en tierra, encargaron al auriga cuidara del caballo aguardando a la vez hasta que regresaran.

Tomó el buen hombre las riendas del bruto, las ató al hierro del pescante y, sentándose en el interior, se dispuso a dormir, pues por el diálogo anterior dedujo que se trataba de... cosas de la sangre moza... y supuso que habría espera para rato...

No se engañó en sus suposiciones, pues no bien se alejaron de allí, el militar, que se comprendía era hombre de mundo y conocedor de las debilidades que con frecuencia sufren algunas mujeres, vió claramente el efecto que había causado en el corazón de aquella señora, y se propuso sacar el mayor partido po-

sible, pues aunque no era partidario de trabar estrecha amistad con mujeres casadas... ¡ era aquélla tan seductora ! ; ¡ había en ella tal entusiasmo por su arrogante figura, según quedó demostrado en su primera entrevista, que se decidió a avanzar cuanto pudiera, ya que la suerte le era propicia y le había llevado allí sin ninguna intención...

Ofreció galantemente su brazo a la dama, y ésta se apoyó en él con gran negligencia.

Una vez distanciados algo de quienes paseaban tranquilamente, se entabló entre ellos la siguiente conversación, después de un ligero silencio algo embarazoso para los dos, que deseaban y temían, a la vez, llegar a lo que sin remisión habrían de llegar, por tratarse de dos personas jóvenes y apasionadas a cual más.

—Amiga mía—dijo él—. Espero permitirá que hablemos con la franqueza que debe reinar entre dos amigos, que, aun cuando sólo hace horas que se tratan, por la simpatía que se inspiran puede o debe de contarse las horas por años... ¿no le parece...?

—Opino como usted—contestó ella—. Y

para afirmar lo que digo, voy a darle las pruebas que desee.

—La prueba más palpable que puede ofrecerme, es llamarme por mi nombre y apear ese usted que tanto empalaga a quienes anima el cariño, no ya la simpatía únicamente; pues yo, aunque sea condenado por usted al expresarme con tal descaro, le digo sinceramente, que la quiero con delirio.

—Por Dios, Alfredo; no diga cosas imposibles de creer—contestó ella, visiblemente emocionada y sin pensar que él la observaba con una risita diabólica...

—¿Imposible creer lo que la digo, Luz? ¿No es usted lo suficientemente encantadora y mujer capaz de hacer perder la cabeza al hombre más sensato...?

—Amigo mío, no debo escucharle frases de tal naturaleza, pero la fatalidad o lo que quiera llamarle, me hace que no pueda molestarme por cuanto me dice y que ninguna mujer casada debe escuchar con honradez; lo comprendo, pero un misterioso influjo me guía hacia usted y me deja sin fuerzas para sustraerme a tal influjo, que ha de causar mi perdi-

ción ; no sea malo y no me haga creer en cosas imposibles, tenga compasión de mí y considere que soy una infeliz mujer sin voluntad propia...

Animado por estas frases, y dejando a un lado respetos ni conveniencias, rodeóla la cintura con un brazo, le atrajo contra su pecho y en un santiamén le dió un beso en la boca que la dejó trastornada y sin ánimos para repeler tal acción, mientras se apresuró a decirle con mimo:

—Perdón, Luz mía ; no he sabido contenerme y me he portado con usted como un gañán imbécil ; pero sus encantos me han cegado, me han hecho perder el respeto que nos debemos, y me avergüenzo de esta acción que deploro con toda mi alma y que no sé qué hacer para repararla. El amor cegó mis sentidos...

—Alfredo : veo que usted no me quiere, y me duele el no poder ni afearle su mala acción por haber dado pie a ella con mi conducta. Una mujer que hace lo que yo, no merece respeto de ninguna clase ; soy indigna de

que nadie me considere; por ello no le recrimino y nos separaremos.

—¡Cómo!—dijo él—Separarme de ti en estas condiciones... ¡jamás! He sido un bruto, lo comprendo, pues cegado por mi pasión y sin saber refrenarme, he besado esa boca adorable, pero sabré hacerme digno de tu cariño y disculpar mi abominable acción; escúchame, por favor...

—No debo escucharle, Alfredo, no debo, no; pero le escucharé aunque no deba, ya que también, sin deber estar a su lado y con mi conducta, he dado motivo a lo que se llama una ligereza y que yo quisiera creerlo así para no perder la ilusión que he forjado torpemente.

—No, Luz; no la has forjado torpemente; yo te demostraré que no haces mal en estar a mi lado.

Guardaron silencio un rato, mostrándose los dos tristes y pensativos, pero repuesto algo él, volvióle a brindar el brazo, que ella se apresuró a tomar de nuevo y como si nada hubiera ocurrido, pues cegada por aquella pasión maldita, no recapacitaba en el mal que

hacía al consentir tales excesos, disculpándolos en su interior y creyendo eran hijos del amor que habría sabido inspirar en aquel hombre.

De pronto, dejándose arrastrar por un ridículo sentimentalismo de histérica, díjole con cierto mimo:

—Alfredo, júreme si su cariño es verdadero, y no me haga creer en cosas imposibles. que serían mi muerte al darme cuenta exacta de su engaño.

—Ruégote, Luz adorable, que creas en esta pasión que embarga por completo mis sentidos; te amo con locura; prueba de ello, la ligereza en comunicarte mis impresiones, sin miramientos a nuestra situación y sin paliativo alguno; cosa no corriente en personas educadas y de sanos principios como nosotros, que sabemos en la forma en que deben ser tratadas las bellas damas de nuestra buena sociedad; pero el amor violento que me guía, no razona ni entiende de sutilezas, marcha directo al grano, como único medio de llegar al fin propuesto en el más breve tiempo, ¿entiendes, amada mía...?

—¡ Demasiado creo entender... !

—Por eso debes disculparme...

—Te disculpo a pesar de todo, pues quiero ofenderme y no puedo ; quiero impedir que prosigas y un genio maléfico me lo impide...

—No es genio maléfico lo que tú erróneamente crees, es que también me quieres y el amor te grita que no debes ofenderte con el hombre que te adora ; sería corresponder mal, y tu corazón es incapaz de ello.

—Debemos separarnos ya.

—No, de ningún modo podría separarme ahora de tí ; me quedaría con la duda de si estás o no ofendida, y esa duda me mataría cruelmente.

—No estoy ofendida, aunque debiera estarlo ; no temas, y confía en que, a pesar de no deber, te quiero ; vergüenza me da hacerte esta confesión, pero no puedo sustraerme a tu influjo como ya antes he dicho.

—En vez de avergonzarte, debe enorgullecerte... pues correspondes como debes y el cumplir bien nunca avergonzarnos debe.

—¿ Olvidas acaso que soy casada... ?

—¿Y qué tiene que ver que lo seas para que me ames a mí...?

—Mi esposo tiene derechos indiscutibles que la ley le ha dado.

—Una ley mal impuesta, ¿sabes...?

—Sí; pero es ley, y a ella debemos atenernos.

—Bien, bien; él tiene el derecho sobre tu persona, pero no sobre tu corazón, que no reconoce más ley que la de Dios.

—Nos estamos condenando, Alfredo...

—No lo creas, mi alma... Dios no puede condenar un amor tan puro como el nuestro.

—¿Por qué te conocí tan tarde...?

—Nunca es tarde, si al fin logramos encontrar lo que el Cielo nos destina.

—Sí... tú debiste ser destinado por Dios para que mi alma te quisiera, pero te has cruzado en mi camino cuando ya no podemos ser el uno del otro...

—¿Quién lo impedirá acaso?

—El pudor que debe tener toda mujer que ya no se pertenece.

—Tú no quieres a tu marido...

—Aunque no lo quiera como no le quiero, no creo tenga derecho por ello a entregar mi corazón a otro hombre...

—Es que aunque no quieras o no debas, ya me lo has entregado antes de iniciar esta conversación, como tú misma has declarado... Nada de escrúpulos inútiles y mira tan sólo a tu conveniencia; vivir sin amar, debe ser muy triste...

—Sí; más triste de lo que suponer puedas; lo he comprendido hace unas horas, y me asusta la idea de tener que renunciar por decoro a un amor que es el todo para mi triste vida.

—No tienes por qué renunciar a él, ¡amor de mi alma! Nada puede impedir que en tu corazón se oculte una pasión que te es necesaria; mi orgullo es atroz al saberla inspirada por mí, y mi alegría no reconoce límites, como debes suponer.

—Alfredo, a tu caballerosidad me acojo, y creo no tendré que arrepentirme; en ello estriba el honor de toda una familia, y sabrás respetar mi debilidad.

—Confía en mí, mujer divina; tu Alfredo sabrá corresponder como merece la mujer que es su todo sobre la tierra... te lo juro.

—Basta, creo en ti, y ahora debemos separarnos.

—Bueno, separémonos, aunque en contra de mi gusto, confiando en que, antes de irte, me prometas una entrevista reservada, donde hemos de tratar todo lo necesario a nuestro porvenir y asegurar el afianzamiento de nuestro eterno amor.

—Por mí está seguro; nada ni nadie me impedirá quererte siempre.

—Sí; pero es preciso podérnoslo decir de vez en cuando y sin más testigo que Dios.

—Eso no debemos pensarlo, Alfredo; nos veremos alguna que otra vez en las visitas y en los paseos, que ya es bastante.

—No; de ningún modo puede eso satisfacernos; a ti misma te aburriría y ansiarías también la ocasión de hablar conmigo a solas.

—Tienes tal modo de convencerme, que terminarás consiguiendo cuanto deseas.

—¿Dónde y cuándo nos veremos...?

—Ahora no puedo precisarlo.

—No hay más remedio que señalar lo que tan preciso es.

—Señala tú entonces, y si puedo, aceptaré.

—No tienes más remedio que aceptar; tu esposo está ausente, puede regresar de un momento a otro y, antes de eso, debemos tener decidido un plan para llevar a feliz término nuestro propósito.

—Me convences, Alfredo; me convences, y tendré que hacer cuanto me indiques ahora mismo.

—Bendita seas, Luz; eres, a más de encantadora, la mujer más buena del mundo; ¡eres un ángel... !

—Sí, un ángel que ya te encargarás tú de convertir en un demonio.

—Déjate de tontunas; mañana a estas horas, si te parece, te esperaré en la esquina de tu casa en el interior de un coche cerrado; estaré espiando tu salida y asomaré un pañuelo blanco por la portezuela; esa será la señal para que te aproximes sin temor y, tomando asiento a mi lado, seguirme a donde te llevaré, que será muy del agrado tuyo.

—Acepto y separémonos ya...

Regresaron, cogidos del brazo, adonde les aguardaba el coche, y una vez allí, tomó él su caballo de las bridas, ayudóla a subir al coche, y con un apretón de manos y una sonrisa, despidiéronse, al fin.

Dió al cochero la dirección de una amiga, y Alfredo, después de montar su potro, fuése por opuesto camino, con la cabeza llena de complicados pensamientos.

Luz pasó el resto de la mañana visitando amigas de las más íntimas, y después se retiró a su casa.

Comió sola, y ni preguntó por sus hijas.

No parecía sino que aquella mujer se hubiera olvidado de que era madre y tenía sagrados deberes que cumplir.

Para ella no había otra cosa en el mundo fuera de aquel malvado amor, que había ido a perturbar más de lo que de antes estaba aquella cabeza que desde hacía años no pensaba nada más que en dar satisfacción a sus sentidos, causando con ello el natural quebranto en los intereses y, sobre todo, en aquel hogar que en mal hora se fundó.

Después de comer, se internó en sus habi-

taciones y para nada salió de ellas en todo el resto del día.

Entráronla la correspondencia que se recibió, entre la que había una carta de su marido, la que no se dignó abrir.

Entregada como estaba a pensar sólo en el amor del militar, no quería la distrajesen de aquellos pensamientos que la deleitaban atrozmente.

La carta del marido, y que dejó sin abrir, era para comunicarle que llegaría al día siguiente, sin telegrafiar; pero la insensata no quiso molestarse en leerla.

Pasó la noche algo más tranquila que la anterior, durmiendo bastante y deseando vivamente amaneciese el nuevo día, llegar la hora de verse al lado de su Alfredo, cuya imagen no la dejaba a sol ni a sombra.

Como en el mes de marzo la temperatura cambia de modo considerable, a pesar de ha-

ber sido un día de sol magnífico el anterior, éste en que esperaba asistir a la cita de Alfredo, amaneció frío y lluvioso, acompañado también de un vientecillo molesto.

Luz se contrarió bastante, pero la muy imbécil no reparaba en que parecía hasta que los elementos querían oponerse al paso que se había propuesto dar y que tan malas consecuencias llevaría envueltas.

Esta mujer no recapacitaba y llegaría hasta el fin en aquel maldito amor de que se hallaba poseída.

Esperó impaciente la hora de la cita prestando atención a cuantos ruidos de coches se percibían y miraba de vez en cuando a la calle por si en alguna esquina lograba distinguir aquel en el que, sin vacilar, caminaría a la deshonra.

Cuando comprendió llegado el momento y advirtió ciertos visajes en la esquina de enfrente, dióse el último toque ante el espejo, se encasquetó un pequeño sombrero que redondeaba aún más el marco de su hechicero rostro y presurosamente se dirigió a la calle.

Cruzó ésta y, llegando ante la esquina en

que estaría su amado, vió el coche que aguardaba y en la ventanilla un pañuelo blanco que la decidió a aproximarse, donde una mano enguantada le abrió la portezuela y le ayudó a subir.

Ya en el interior, se encontró con Alfredo, que cerró con rapidez, mientras tocaba en el cristal delantero, indicando al chófer tirase hasta donde le tenía advertido de antemano.

Una vez el coche en marcha, y habiendo bajado las cortinillas para no exponerse a las imprudentes miradas de los transeúntes, tomó él las manos de Luz y depositó sobre ellas infinidad de besos.

Dejóse hacer sin oponer el menor reparo y, trascurridos unos minutos de emocionante silencio, se apresuró a preguntar:

—¿Dónde piensa llevarme?

—Iremos a pasear un poco a la Cuesta de las Perdices; de allí nos acercaremos a un restaurant próximo donde sirven una comida que me gusta mucho, y quiero que juzgues si tengo o no buen gusto para seleccionar los manjares; después de ese nuestro primer almuerzo, nos iremos donde te parezca mejor.

—Muy bien pensado ; pero, ¿y si algún conocido nos ve y puede dar torcida interpretación a nuestros actos?

—No temas... ya he tomado mis medidas, y verás qué solitos y qué bien hemos de estar.

—Confío en ti, pues creo no habrás de consentir en que mi condescendencia pueda perjudicar mi reputación.

—¿Estás tonta?

—Bueno, pero recapacita que el temor mío es fundado...

—Sí, pero no hay motivo para tanto.

—Perdona si mis advertencias te ofenden.

—No, bien mío, no es que me ofendan, es que quiero que al estar conmigo estés completamente satisfecha de que nada malo puede ocurrirte.

—Nada temo estando a tu lado ; lo que temo es que una mala lengua pueda meter una guerra innecesaria en mi hogar.

—Procura estar tranquila, que nada pasará.

Y para dar mayor seguridad a sus palabras, rodeóla el talle, y apretándola contra sí como

si hubiera de defenderla de algún peligro, juntó su cabeza contra la de ella y, mimoso, la besó en la boca.

Esta vez no se enojó ni opuso resistencia alguna, pues, inconsciente, se dejó besar, correspondiendo a la vez, aunque débilmente...

Llegados a la Cuesta de las Perdices, y cerca de un hotel, se paró el coche esperando nuevas órdenes.

Saltó Alfredo del mismo y se introdujo en el edificio, donde permaneció unos minutos, volviendo a salir a poco.

Habló con Luz, y, entonces, saltó ésta del vehículo, cogiéronse del brazo y, dando un rodeo, se perdieron por aquellos alrededores, encaminándose a un lugar bastante pintoresco, y en él pasearon largo rato, sentándose después sobre un ribazo y charlando a más y mejor sobre cosas muy distintas, como dos novios que se ven por vez primera alejados de la vista de los demás.

Cuando sintieron hambre, se dirigieron a la casa indicada, y guiados por un mozo, introdujéronse en un comedorcito reservado, donde sólo había una mesa cubierta por blan-

quísimo mantel, sobre el que había distribuídos infinidad de estimulantes aperitivos y unas seis u ocho botellas de rico vino y buen champagne ante dos cubiertos solamente.

Sentados a la mesa, apresuróse el mozo a servirles un suculento almuerzo, que comieron con extraordinario apetito, regándolo constantemente con vino, pues Alfredo no dejaba que la copa de ella descansara un momento sobre la mesa, y siempre llena, le hacía apurarla frecuentemente.

Aunque ella quería resistirse, no podía, pues haciendo derroche de galantería y mimos, no la dejaba descansar y había que rendirse a la fuerza.

A los postres, y cuando el champagne empezó, teníale la cabeza reclinada sobre el hombro y movía los labios torpemente, sintiendo irresistibles deseos de dormir.

Viéndola en aquella forma, pues había procurado conservar toda su lucidez, la tomó cariñosamente en brazos y la depositó sobre un sofá bastante cómodo que había en la habitación, cerrando la puerta con llave para que

ni el mozo ni nadie estorbase aquel dulce sueño.

Anochecido ya, llegó Luz a su casa y quedó horriblemente contrariada al ver allí a su esposo, quien, habiendo llegado hacía media hora y preguntado a la servidumbre por su mujer, tuvieron que decirle que desde las nueve de la mañana faltaba de casa.

Fuése a la habitación después de haber besado con gran efusión a sus hijitas, y encontró sobre una mesita la correspondencia de Luz, entre la que descubrió la suya sin abrir, comprendiendo no había sido leída, e ignorando por tanto que llegaría aquella tarde.

En la carta que Luz no quiso abrir, ya sabemos que le manifestaba su llegada al día siguiente a Madrid, y que no telegrafiaría por llegar la carta con tiempo suficiente para que le esperase en la estación acompañada de las niñas.

Miles juicios formó el pobre hombre desde que llegó a la estación y no vió a nadie aguardando su llegada; pero, creído en que alguna estaría tal vez enferma, salió presuroso de la estación, tomó el primer coche que se le ofreció y, dando la dirección de su casa, rogó fuera de prisa. Llegado a su domicilio preguntó la causa de no haber ido a esperarle, más los criados quedaron sorprendidos al verle, por no tener noticia alguna respecto a su regreso.

Al saber que la señora nada les había hablado de su próximo arribo, supuso su carta no llegada a tiempo.

Viendo que no estaba su mujer en casa, preguntó por las niñas, a quienes fué a besar ansiosamente al dormitorio de las muy amadas, donde la menor habíase quedado dormidita y la otra estaba en los brazos de su ama de leche, que la entretenía contándole cuentos.

Las besó con locos trasportes de amor paterno, y la que estaba despierta se colgó al cuello empezando a besarle con enloquece-

dores mimos y a decirle con su media lengüecita que mamá no estaba y que hacía mucho tiempo que no las besaba.

Pena atroz causaban las palabras de la nenita a Pepe, pues ellas le afirmaban más y más en que Luz no quería a sus hijas ni se preocupaba siquiera.

Después de estar un rato contemplando y acariciando aquellos pedazos de su alma que tanto adoraba, se dirigió, como antes digo, a las habitaciones de su esposa y quedó horriblemente contrariado al ver la correspondencia, en la que su carta permanecía sin abrir.

Rompióla con rabia y tiró los trozos al suelo. Sentóse en una silla, y con el rostro oculto entre las manos pensó cosas horribles que le desgarraban el alma.

En esta actitud permanecía, cuando llegó Luz, a la que duraban aún los vapores del alcohol y la alegría de haber estado durante tantas horas al lado del escogido de su corazón.

Ver a su marido y quedar anonadada, todo fué cuestión de un momento, pues los criados

nada le habían dicho de su llegada, por haber ella entrado cautelosamente para que no fuese advertido su regreso y poder decir después que había estado toda la tarde en sus habitaciones.

Por ello su sorpresa fué atroz y un pánico horrible se apoderó de su ser, como sucede a toda persona cuya conciencia no está tranquila.

Lanzó un pequeño grito, quedando enclavada en medio de la habitación.

Al oír el grito, alzó él la cabeza, y dijo:

—Parece que mi llegada en vez de alegrarte te entristece o causa miedo, que es peor.

—Nada de eso—contestó ella algo más repuesta y decidida a fingir—; es que, como no te esperaba, me ha sorprendido tu presencia.

—Si hubieses leído mi carta, no te llamaría tanto la atención mi regreso.

—¿Qué carta es esa que aludes...?

—La que sobre esta mesa tenías y que acabo de romper, como puedes comprobar por

los trozos que hay esparcidos por el suelo.

—Pues cree, en verdad, que nada había visto...

—Basta, mujer... basta—exclamó él con bastante amargura—. No tendrías interés en saber de mí, cuando dejas la correspondencia sin abrir siquiera.

—Es la primera vez que me pasa, y quizás sería porque las niñas me distrajeron.

—No nombres a tus hijas en esto... No mientas de modo tan descarado...

—¿Cómo... dudas tal vez de lo que digo?

—¡No he de dudar si hace días que ni has visto a tus hijas ni te preocupas siquiera de ellas!

—¿Quién te ha dicho semejante infamia...?

—Yo que de ello estoy seguro, pues te conozco.

Vióse obligada Luz a bajar la cabeza y a no seguir protestando, ya que, efectivamente, era cierto cuanto le decían.

—Y... ¿podrías decirme, tal vez, dónde

has pasado el día de hoy...?—insistió Pepe a su esposa.

—Haciendo algunas visitas que tenía atrasadas—ratificó ella.

—Bien ; haré como que te creo y no discutamos más...

—¿Continúas dudando de lo que digo...?

—No quisiera dudar, ¡Dios lo sabe!, pero tu conducta me obliga a ello.

—¿Qué motivos tienes sobre mi conducta?

—¡Te parece poco el que ni me quieras, ni quieras a tus hijas?

—Eso son tontunas tuyas... nada más que tontunas ; os quiero mucho, sólo que no soy ninguna hipócrita sentimental y no lo demuestro.

—¡Sentimental hipócrita una madre cuando de veras ama a los seres a quienes dió vida! Una madre, como digo, no puede necesitar sentimentalismos e hipocresías... su corazón se desborda en ternezas y mimos ante sus tiernos retoños... Y tú, no sólo no te enterneces como madre, sino que ni aún como extraña te preocupas de ellas... De mí nada digo, con la prueba de la carta queda

demostrado el amor que me tienes y lo que sufres ante la falta de noticias mías.

—Basta, Pepe, basta; te has propuesto amargarme la existencia con tus recriminaciones y me la terminarás de amargar.

Romero optó por callar y marchó nuevamente en busca de sus hijas, a quienes llevó al comedor para cenar en su grata compañía, único bálsamo posible al amante corazón de aquel infeliz caballero que tan dolorido estaba justamente.

En vez de ir Luz al encuentro de su marido y acompañarle a cenar, se hizo la resentida y para nada salió de sus habitaciones.

Despojóse de los vestidos de calle y se envolvió en magnífica bata de casa, cuyo color claro daba mayor realce a su singular hermosura.

Miróse al espejo, se arregló los cabellos y quedando satisfecha de sí misma, dejóse caer la muy gentil en estudiada postura sobre un diván, y recostada en unos cojines morunos, esperó a que su marido, arrepentido tal vez de haberla tratado con alguna dureza, regresa-

ra, y viéndola tan seductora, depondría su actitud, mostrándose al mismo tiempo tan enamorado y más y más rendido como siempre.

No se equivocó Luz en sus suposiciones, pues no bien terminó Romero de hacer como que comía, salió del comedor y, después de dejar las niñas al cuidado de la nodriza y de la niñera, se dirigió en busca de la ingrata esposa con el fin de darle satisfacciones y que comprendiera que había faltado y estaba faltando; pero que, a pesar de todo, la quería y no pretendía sostener más disputas que le amargaban la vida haciéndole mayormente desgraciado.

El infeliz era dominado por el amor que sentía hacia su mujer, y, a pesar de ser ofendido, pretendía aún desagraviarla.

Al traspasar la puerta de la habitación, su corazón empezó a latir con inusitada fuerza,

al ver la gentilísima y bella mujer en aquel abandono seductor sobre el diván, dejando al descubierto ciertos encantos que acabaron por trastornarle, decidiendo arrodillarse ante el sofá y, tomando las manos entre las suyas, rogar perdonase si había estado algo duro con ella al llegar de su viaje.

Rompió la hipócrita en sollozos estudiados de antemano, y al verla en aquel estado, se levantó y dejándose caer sobre ella empezó a besarla con loco anhelo de enamorado, mientras le insistía con mayor ímpetu el perdón que anhelada oír de tan divina criatura, a quien adoraba igual que siempre.

Al día siguiente de llegado, habló Pepe extensamente a Luz de sus asuntos, poniéndola de manifiesto toda la realidad del caso.

Estaba arruinado, completamente arruinado, pues sólo le restaban unos cuantos mi-

les de pesetas y la casa de Madrid, por lo que había decidido marchar a Melilla, donde un amigo hebreo le había escrito a Bilbao proponiéndole varios asuntos que podrían realizar en sociedad, haciendo acaparamiento de víveres que venderían al comercio en general y lograría en poco tiempo rehacer su fortuna.

Aprobó Luz los proyectos de su esposo, que, a más de ser beneficiosos para la casa, dejábanla en amplia libertad para seguir disfrutando del amor de su Alfredo, al que no podía olvidar un solo momento y que no veía el medio de verle aquel día, pues Pepe la retuvo junto a él toda la mañana y presentía que tampoco saldría durante la tarde tal vez, siendo imposible sin un motivo justificado que alegar marchar a parte alguna ; de lo contrario daría lugar a dudas que en esta ocasión podrían serle funestas , porque, si bien Romero la quería con toda su alma, no era hombre de los que suelen resignarse a saberse engañado miserablemente por la compañera de su vida a quien adoraba y en quien tenía absoluta confianza ; aunque la veía po-

co amante y algo frívola creyó siempre fuera por temperamento, nunca porque no le hubiera amado, como efectivamente era.

Pero los maridos burlados suelen ser los últimos en darse cuenta de lo que les ocurre, y esto sucedía al desgraciado Romero, como nuestros lectores saben.

Animó Luz a Pepe para que cuanto antes marchase a Melilla, donde encontraría la fuente de riqueza que tanta falta hacía para seguir disfrutando sin que ni los más íntimos amigos se dieran cuenta de su actual ruina.

Con el corazón destrozado por la pena se desprendió Romero de los brazos de su esposa y de sus hijas, marchando a Málaga, donde tomó el barco que le había de conducir a Melilla, donde llegó con loco anhelo de trabajar para cuanto antes conseguir estar

junto a los seres que amaba y que tan necesarios le eran para vivir feliz.

Mientras tanto, su mujer se dirigía en busca del amante a las señas que de antemano le había dado de una casita que para celebrar sus citas amorosas había alquilado y amueblado con cierta coquetería y de la que ambos tenían su correspondiente llave, con el fin de no exponerse a esperas enojosas y ser descubiertos por algún conocido y divulgado a los cuatro vientos.

Diariamente acudía Luz y diariamente se pasaba muchas horas del día y algunas veces noches enteras en aquella casa, acompañada del militar que tanto demostraba quererla y a quien ella adoraba más cada día.

Las cartas que frecuentemente recibía de su esposo, eran prueba constante de su amor y locas ansias de estar junto a ella, pero que se resignaba por tal de conseguir lo que falta hacía.

También le advertía que los negocios que con el hebreo amigo había emprendido, le prometían buenos beneficios y estaba muy

satisfecho con haber decidido marchar a Melilla, de donde tanto esperaba conseguir.

Una tarde, como de costumbre, se dirigió Luz a la casita nido de sus adúlteros amores, encontrándose con Alfredo, que paseábase nervioso por el recibidor, esperándola con ansiedad y el rostro cubierto por mortal palidez. Animada y sin apenas besarlo, le preguntó inquieta la causa de aquella alteración que advertía en el rostro amado, a lo que él contestó:

—Tengo una mala noticia que darte, Luz, y espero te revistas de valor.

—¿Qué hay, Alfredo?—exclamó—. Dilo y no me tengas en esta incertidumbre que me mata...

—Dentro de unas horas tengo que incorporarme a mi regimiento y me marcho a Me-

lilla, donde piden gran número de hombres por haberse alterado algunas cábilas de los malditos moros ; no puedo negarme a ir, porque ello causaría la pérdida de mi carrera y algo que vale más que ella... ¡ la del honor !

—¿ Y he de resignarme a esta separación que sería mi muerte... ?

—Lo siento, hijita, pero es preciso separarnos.

Arrojóse llorando con desesperación sobre una silla, y él trató de consolarla, pero fué imposible.

Retorcíase las manos, mesábase los cabellos, hasta que una idea luminosa vino a su mente, y, como por encanto, la tranquilizó, a la vez que llena de gozo dijo :

—No te apures, Alfredo ; te juro que no tendremos necesidad de separarnos.

—¿ Cómo ?—prorrumpió él emocionado en extremo.

—Ya sabes que Pepe está en Melilla, que por no contrariarme nos deja continuar viviendo en Madrid ; pues bien, nos marchamos allí a vivir, y mi marido, lleno de gozo, me recibirá con los brazos abiertos y se en-

tusiasmará más de lo que ya está conmigo... ¿qué te parece?

—Que tienes una imaginación sublime y eres capaz de hallar soluciones adecuadas a los casos más serios y complicados... Te admiro al par que te adoro más cada día.

—¿Qué no haré yo por ti, Alfredo...?

—Veo que me quieres de verdad, y te prometo hacer cuanto ordenes.

—¿Sería posible vivir sin verte un solo día?

—Calla, chiquita... calla y no me enloquezcas más de lo que ya estoy...

Y los dos amantes, confundidos en un abrazo, estuvieron unos minutos, hasta que al desprenderse y consultar el reloj, dijo él con amargura:

—Precisa separarnos... ha llegado el momento... tengo que estar dentro de media hora en el cuartel, y me quedan varias cosas que arreglar.

—Bueno, bien mío; antes de tres días nos reuniremos de nuevo para no separarnos más, ¿sabes?

—Sí; diariamente enviaré a preguntar a la

Trasmediterránea, por si entre el pasaje logro descubrir tu nombre divino.

Confundiéronse en otro prolongado abrazo y, embargados por terrible emoción, se separaron de pronto, cerrando él con rapidez la puerta y saliendo disparado a la calle.

Prorrumpió Luz en un torrente de sollozos que escaparon de su pecho, y yendo hacia el lecho que en el fondo de la habitación inmediata se erguía majestuoso, arrojóse con rabia sobre él y allí pasó el resto de la tarde dejando correr las lágrimas que empapaban las ropas y formando a la vez miles juicios y soluciones que pudieran encaminarla lo más feliz posible a la realización de lo que apetecía, que la obsesionaba más y más.

Bastante anochecido ya, abandonó el nido de sus amores, después de dejarlo todo bien cerrado, y guardando la llave en el bolso, se encaminó a su casa.

No cenó, pretextando se hallaba indispuesta, y se acostó sin preocuparse, como siempre hacía, de que tenía hijas con las que

cumplir sagrados deberes, a quienes no había visto desde hacía muchas horas.

En dos días arregló Luz su extenso equipaje, cerró su casa después de despedir a toda la servidumbre, de la que sólo se quedó con la nodriza, por ser necesaria a la pequeña.

Lo facturó todo para Málaga, y sacando los billetes del ferrocarril acomodáronse en un reservado de primera clase y salieron para la mencionada capital, en la que al día siguiente embarcarían para Melilla.

Ya en Málaga, y alojadas en un buen hotel, puso un telegrama a su marido concebido en los términos siguientes:

«No pudiendo estar más tiempo sin verte, y deseando darte una sorpresa, embarco mañana con las niñas para esa plaza. Te abraza, *Luz*.»

Imagínese el lector lo que por Pepe pasaría al recibir aquel cable y comprender que solo horas faltaban para tener allí a su familia.

Miles ideas se forjó el infeliz, pues si bien era verdad que le entró una loca alegría con tal nueva, al ver que pronto estrecharía entre sus brazos a sus seres adorados, también tomó disgusto, ya que ni tenía casa donde alojarlas ni nada preparado. Tendrían que ir a la fonda, no había otro medio; pero la vida de hotel no le agradaba, y menos aún porque sus hijitas no podrían disfrutar de la expansión a que estaban acostumbradas en su magnífica y suntuosa casa de la Corte.

En aquel mismo momento puso en juego a cuantos corredores se dedican en Melilla a proporcionar casas a quienes pagan por ello soberbias primas, y al día siguiente ya tenía dos o tres proposiciones.

Vió las que le indicaron y a pesar de que no reunían las condiciones por él apetecidas, se decidió por la mejor, después de abonar algunos miles de pesetas, quedando conve-

nidos que de allí a una semana se le haría entrega de la llave.

Tuvo que resignarse a aquella obligada espera, pues no había otro medio de conseguir lo que quería.

Habló en uno de los mejores hoteles y le reservaron dos buenas habitaciones que se comunicaban entre sí.

Al despertar el día siguiente ya estaba el bueno de Romero en El Morro, mirando con avidez el inmenso mar por si lograba distinguir el barco donde venía todo lo que para él tenía de bueno la vida.

Después de unas horas de anhelosa espera logró descubrir una columnita de humo que debía proceder de la chimenea de algún barco, y cada vez que aquella columna de humo se agrandaba, dejando distinguir la leve mancha del casco del barco, el corazón de Pepe latíale con una fuerza inusitada, como si fuera a romperle las paredes del pecho.

Con ansia mal contenida vió pasar cerca de El Morro la majestuosa presencia del correo de Málaga, que traería el tesoro mayor que sobre la tierra existía para él.

Esforzábase en querer descubrir entre el pasaje la silueta elegante de su mujer, pero no lograba verla en ningún lado.

La impaciencia de unos y otros por querer saltar a tiera era grande, pero ni Luz ni las niñas hacían acto de presencia, haciéndole dudar si habríanse llegado a quedar en Málaga por cualquier circunstancia o enfermedad de aquellos seres a quienes tanto idolatraba el buen señor.

Una vez que pusieron las escalas y la gente empezó a saltar a tierra, pidió autorización para entrar al barco, y al serle concedida subió a preguntar si en la lista de pasajeros se encontraba el nombre de su esposa.

Enterado por un camarero de que su familia estaba a bordo, bajó precipitadamente al comedor, donde le indicaron el número del camarote ocupado por los suyos.

Llamó con los nudillos a la puerta, y al reconocerle Luz, indicó entrase por estar aún acostada y no poder salir.

Ya dentro del camarote se abrazaron con locos trasportes de alegría los dos esposos,

y tomando después a las niñitas en sus brazos las besó con ternura mientras se recreaba en la hermosura divina que Dios les había dado.

Las nenas, al ver a su papaíto bueno, no se cansaban tampoco de besarlo y acariciarle el rostro con las manitas, mientras la mayor le decía con su media lengua infinidad de ternezas que trasportaban al cariñoso padre a las regiones del paraíso, dando por bien empleados cuantos sacrificios y trabajos hacía por ellas.

Vestidas Luz y sus hijas, salieron del barco, y en un «auto» que les aguardaba marcharon al hotel, dejando antes encargado a un dependiente del mismo para que arreglase lo relativo a equipajes y demás.

Ya en el hotel e instaladas con verdadero lujo dedicóse Pepe a activar lo relativo a su vivienda, encargando a los tapiceros mejores el decorado de las paredes y muebles dedicados a alhajar la confortable casita que tenía buscada y de la que obtendría la llave muy en breve.

El primer cuidado de Luz al llegar a Melilla, fué averiguar si su Alfredo estaba allí, como también si sabiendo la llegada le esperaba. Aguardaba con ansiedad poder entrevistarse con él diariamente.

Indicó a su esposo lo mucho que le agradaría ir a un café de los más concurridos de Melilla, para tomar el desayuno mejor que en la fonda, y él, desoso de complacerla en todo, aceptó de buen grado.

Dejaron las niñas al cuidado del ama de leche, y vistiendo Luz uno de sus trajes mañaneros y que más coquetón le caía, marcharon a la calle de Alfonso XIII, donde después de recorrerla un par de veces de arriba abajo para que Luz se recreara en los distintos escaparates que los establecimientos exponen, donde tantas preciosidades exhiben los expertos comerciantes atrayendo así la atención de las mujeres a quienes seducen y hacen porque se afanen hasta ver de conseguir la propiedad de alguno de aquellos enloque-

cedores objetos que contribuyen a hermosear a las damas y a hacer más confortables y lindas las viviendas.

Entraron en el Inglés y les fué servido café.

Al llegar Luz fué objeto de las miradas de todos los concurrentes, en quienes causó extraordinaria admiración su singular hermosusura.

Ella, ajena a todo y pensando tan sólo en Alfredo, no quitaba la vista de la calle por si lograba descubrir lo que anhelaba su alma.

Sentada ante una de las ventanas desde donde veía el café «La Peña», fijó de pronto su atención en un grupo de oficiales que, tomando el desayuno y charlando animadamente, había ante la puerta del referido centro de distracción.

Reprimió un grito de alegría, más reparando en su marido que casualmente estaba hablando con un amigo desde una mesa muy próxima, se repuso y ello le valió que Pepe no se apercibiera de aquel ligero grito, ni notara la estupefacción de su rostro; serenóse cuanto le fué posible, más no lo suficiente

para que el marido dejase de notar su palidez e indagara si se sentía enferma tal vez.

Disculpóse torpemente y él no insistió.

Cuando terminaron de tomar lo que pedido habían, marcháronse a dar un paseo por indicación de la muy gentilísima, que alegó tener trastornada la cabeza por la mala noche del barco.

Salieron a la calle y el primer cuidado de la desaprensiva fué pasar ante la «Peña», e inmediatamente fué vista por Alfredo, quien se inmutó también al contemplarla; mayormente al oír decir a sus compañeros «mirase aquella estupenda mujer, cuyo marido era digno de envidia».

Cruzáronse sus miradas y en ellas se dijeron más de lo que con los labios pudieran comunicarse.

Poco trabajo costó a Alfredo saber donde se hospedaba Luz, pues cuando ésta se fué con el marido al hotel, les siguió de lejos el amante y vió dónde se internaron.

A la hora del almuerzo fué al mismo hotel a comer, procurando colocarse en una mesa próxima a la que el matrimonio ocupaba con la niña mayorcita; dedicóse a comer a señas a su amada, indicando que haría lo posible por hablar cuanto antes con ella.

El marido, que vuelto de espaldas al oficial no veía las señas que entre ambos se cruzaban por hallarse también entretenido en cuidar de que la pequeña comiera.

No pudo por tanto observar la distracción de ánimo de su mujer ni las miradas tan incendiarias que al militar lanzaba.

En la tarde y en ocasión en que Romero había marchado a sus quehaceres, bajó Luz al saloncito de tertulia del hotel y quedó estupefacta al ver que ya se encontraba Alfredo allí, sentado en un diván y con un pe-

riódico en las manos simulando que leía, pero lo que en realidad hacía era inspeccionar a quienes entraban o salían de aquella pieza.

Al entrar Luz, procuró disimular bastante, porque había varias personas reunidas allí.

Llegó ante una mesa, empezando a revolver cuantas revistas había, para dar a entender que no encontraba lo que apetecía.

Viéndola Alfredo llegó hasta ella y la dijo:

—Señora, ¿es tal vez este periódico el que busca?

—Ciertamente que ese es el que busco—manifestó.

—Tómelo, pues ya le tengo leído.

—De ningún modo puedo permitir que se abstenga de seguir leyendo—contestó ella con una encantadora sonrisa de coquetería.

—Tomaré otro y me es igual.

—Entonces... bien... lo acepto...

Tomó Luz el periódico, y mientras le tomaba puso Alfredo en sus manos una carta que se apresuró a ocultar entre las hojas del mismo, para que nadie se apercibiera de aquella comedia.

Pasado un rato, y por si Pepe llegaba, se re-

tiró Luz a sus habitaciones después de lanzar algunas miradas de anhelo a su amado, capaces de encender un polvorín a cien kilómetros de distancia...

Después que hubo cerrado la puerta de la habitación, leyó con avidez aquella carta en la que esperaba descubrir la clave para continuar sus insaciables deseos de esparcimiento en unión de aquel hombre que la enloquecía a tal extremo, que fuera de él no había nada en la vida que le causare atracción.

Al rasgar nerviosa el sobre y recorrer con la vista el contenido, se apretó el pecho con ambas manos porque los latidos del corazón parecía que la querían ahogar.

En aquella misiva comunicaba Alfredo la agradable sorpresa que había llevado aquella mañana, porque aun cuando le había ofrecido venir a Melilla, nunca creyó fuese tan pronto, «que tenía alquilado un pisito como el de Madrid donde poder efectuar las entrevistas sin ningún temor y del que cada uno tendría la correspondiente llave para evitar esperas y sorpresas peligrosas en casos tales ; que aquella noche, después de cenar y al

salir del comedor, dejare caer cualquier objeto al pasar junto a él, quien entonces lo tomaría del suelo y al devolverle entregaría adjunta la llave del piso; que estaba situado el nidito de amor en la Avenida de la Duquesa de la Victoria, próximo a un establecimiento, que detallaba, para que no hubiera entorpecimiento; que podía ir cuando lo creyera prudente».

Después extendíase en una serie de detalles manifestándola que su amor era cada día mayor y más inquebrantable...

Rompió la carta, después de leerla varias veces, besó los pedazos y los arrojó por el balcón con religioso respeto, lleno de lástima por cierto y muy poco a poco, como si cada trozo de papel llevase envuelto un jirón de su alma.

Al terminar aquella noche de cenar, y cuando Pepe hubo salido del comedor dando la mano a la nenita, que tenía sueño por haber retardado mamá aquella noche cuanto pudo la cena, al pasar Luz junto a la mesa de su amado, dejó caer el echarpe que había de rodearse al cuello, y al ir a inclinarse a recogerlo del suelo, se apresuró Alfredo a tomarlo y ofrecerle pleno de galantería a la muy gentil, quien se mostró agradecida al tomarlo y le envolvió en el brillante fuego de sus pupilas.

Salió del comedor y entonces introdujo en el bolso con suma presteza la llave que en aquel juego tomó de manos del obsequioso oficial, mientras que en breves frases le indicó que al día siguiente y a las tres de la tarde iría al sitio designado en la carta.

Aquella noche fué con su marido al café Inglés, y después de permanecer allí un buen rato y dar unos cuantos paseos por la calle de Alfonso XIII, se retiraron a descansar.

No necesito decir que aquellas horas fueron interminables para la histérica enamorada, que no logró en toda la noche ser vencida por el sueño ni un solo instante.

Serían las tres de la tarde, próximamente, cuando salió Luz de la fonda y se encaminó a través de varias calles, preguntando de vez en cuando a algunos de los transeúntes la dirección en que se hallaba la Avenida de la Duquesa de la Victoria, pues no habiendo estado nunca en Melilla, como no había estado jamás, desconocía las calles y tenía que orientarse preguntando a unos y otros.

Verdaderamente que las calles de la moderna ciudad de Melilla desconciertan a quienes no tienen mucha costumbre de pasearlas, por diferenciarse muy poco entre sí, y los mismos vecinos de ésta sufrimos ciertas equivocaciones con bastante frecuencia.

Pues bien ; como dejo dicho, preguntando alguna que otra vez, llegó al fin nuestra muy gentil madrileña donde anhelaba, y recorriéndola con detenimiento, logró pararse ante la casita que en su carta indicaba Alfredo ; introdújose en ella mirando antes a derecha e izquierda de la vía pública, por si su marido acertaba a pasar casualmente por allí.

Subió a un segundo piso, y viendo dos puertas iguales, recurrió a su imaginación y ésta le recordó que las señas indicadas correspondían a la puerta de la derecha.

Introdujo la llave en la cerradura, dió media vuelta y vió con gran satisfacción que aquella se abrió.

Empujó la madera, y ya en el interior, sintió pasos apresurados que se dirigían adonde estaba, no tardando en tener ante sí al militar, quien, abriendo los brazos, la estrechó con locos trasportes de pasión mal contenida.

Aquel abrazo fué sucedido por cientos más y acompañados por sordos besos en la boca, que les trastornó más de lo que estaban.

Pasados los primeros trasportes de efusivas caricias, dijo él con entusiasmo :

—Estás soberbiamente encantadora, Luz de mi vida.

—¿De veras, rico mío?

—Sí, chiquilla; tú no sabes el entusiasmo que has despertado en todos mis compañeros.

—¿Les has comunicado algo, tal vez...?

—¡Estás tonta...! ¿Me crees tan niño que no sepa disimular y tan canalla, que ponga de manifiesto lo que entre nosotros ocurre...?

—Dispensa, chico, y disculpa mis temores.

—Es que, como eres tan bella y tan elegante, has tenido un éxito al pisar esta tierra africana.

—Nunca será tanto, adulador de mi vida... Tú sí que me tienes cada día más enamorada al verte tan bueno.

—Ahora me toca a mí decirte aduladora... ¿eh?; esas cosas no rezan conmigo... ¿sabes, fea...?

—Contigo reza todo lo que me dé gana de decirte... ¿entiendes? Si me enterase de algo que no estuviere bien, no sé entonces lo que haría; ya has visto por tu cariño lo que hago y lo que sería capaz de hacer.

—Sí, rica ; estoy cada día más contento de ti y agradezco en lo que vale cuanto por mi amor haces... Pero estamos aquí charlando como dos necios chavales, y no hemos entrado a la sala.

Y dándole el brazo, pasaron a una habitación decorada con suma coquetería y elegancia, que hacía las veces de saloncito, y dejándose caer en sendas butacas, ante las que había preparado una mesita conteniendo infinidad de dulces y chucherías de todas clases para excitar su apetito de mujer golosa, junto a un servicio de café para dos personas.

Visto esto por Luz y reparando en todo, preguntó el por qué había preparado aquello, a lo que él contestó «que para tomar el café juntitos todos los días, y que sería el encargado de hacerlo a la misma hora, ya que después del almuerzo era lo más indicado».

—Pero ¿habitas tú esta casita?—preguntó ella.

—Sí... ; aquí llevo unos días habitando, pues como te esperaba, me pareció esto más conveniente que la fonda, donde tu presen-

cia sería más notada y habría de comentarse mal.

—Pero, ¿quién te arregla entonces?

—La portera se encarga de limpiar por la mañana y hacer la cama, y mi asistente me trae la comida de una fonda próxima, cuando no tengo ganas de ir al hotel; pero esto es raras veces.

—¡Ah! Me gusta mucho el sistema que has adoptado; como yo tengo la llave del piso, vendré siempre que pueda y pondré en orden tus papeles, limpiando la mesa y demás, ya que esas cosas no quiero que nadie las haga.

—¿Crees tú que yo puedo permitir que esas manos, que parecen confeccionadas con nardos y jazmines, se dediquen a limpiar el polvo de estos muebles?

—¿Por qué no, tontaina... si es cosa que me es gratísima?

—Porque no me gusta; lo único que sí te permitiré es que hagas el café de estas horas, porque debes hacerlo más rico que yo.

—Entendidos.

—No me dices si el borrico de tu marido está contento al verte aquí, y si tiene la pretensión de creer que por él has venido...

—¡Hombre... no debes de insultarle, ya que le estamos faltando encima de todo...

—¿Le defiendes acaso...?

—No es defenderle...; pero debes comprender que no está bien le llames borrico después de quitarle su mujer y ponerle en ridículo si cabe.

—Parece que estás arrepentida de quererme y que te ha gustado ahora él más de lo que te gustaba antes...

—No... ni me gusta ni le quiero...

—¿Entonces?

—Es que le compadezco.

—Luego... ¿estás arrepentida de engañarle...?

—No, porque es contigo...

—Luego con otro... ¿no le engañarías?

—No.

—Chica... pues, entonces, el causante de la desgracia de ese pobre hombre, soy yo...

—¿Qué creías tal vez?

—Nada.

—Veo que el juicio que de mí tienes formado no me favorece gran cosa.

—¿Por qué?

—Porque das a entender que, si no contigo, con otro hombre hubiera caído tal vez.

—No, reina, perdona; he querido probar si tu cariño es sólo mío o si a otro hombre le hubiere sido fácil conquistarte también.

—Te engañas, hijo... Yo no soy mujer fácil de conquistar... ; tuve la desgracia de conocerte después de casada y... ¡eso es todo!

—Luego, si me conoces antes y te casas conmigo, ¿no me hubieras suplantado con otro?

—Jamás, jamás... Hubiera sido la mujer más honrada y feliz de la tierra.

—Te creo, y de nuevo te pido perdón.

—Estás perdonado, muñeco incrédulo; no debía de quererte por malo que eres...

—Al contrario, nenita; me debes de querer más, al ver que procuro indagar por los rinconcitos de tu alma para convenir en que eres lo que yo presumo...

—Malo, más que malo ; todos los hombres sois unos infames y no debíamos las mujeres ser tan tontas y quereros como no merecéis.

—Bueno, hijita ; se terminó, y no hablemos más de ello ; ¿me quieres mucho?

—Mucho, muchísimo más que mucho, bribón...

Y abrazándose nuevamente, dejaron de hablar para servirse el café, que estuvieron paladeando más de dos o tres horas.

Trascurridas éstas, regresó Luz al hotel, y una vez en el interior del mismo, se topó de manos a boca con un señor como de unos cincuenta años, alto, bastante grueso y no mal parecido, que vestía uniforme de militar y ostentaba las insignias de coronel.

Cuando vió a Luz, quedó deslumbrado a la vista de mujer tan bella.

Inclinóse cortésmente, y mantúvose mirándola, hasta que hubo desaparecido por la escalera.

Dirigióse el militar a un camarero, procurando indagar, por mediación de aquél, qué clase de señora era aquella, cuándo había venido al hotel y si era o no casada.

Púsole el sirviente en antecedentes de cuanto sabía y, por tal motivo, vino en conocimiento de que era mujer de un gran amigo suyo, pues Pepe Romero y el militar tenían buenas relaciones desde hacía un mes, en que le fué presentado por íntimo amigo, habiendo simpatizado desde el primer momento, por ser Romero un joven sencillo y bueno, al par que inteligente e instruído.

Envidiando la suerte de su jovial amigo, que tan hermosísima mujer tenía, se retiró el coronel a su habitación, sin lograr apartar de sí ni un momento aquel rostro hechicero que le había de tal modo trastornado...

Deseaba vivamente llegara la hora de cenar para encontrarse de nuevo en presencia de aquella deidad, a la que tenía empeño en ser presentado.

Como todo llega en este mundo, también llegó la hora de cenar en el hotel.

De los primeros en llegar al comedor fué el militar que tan prendado quedó de los encantos de Luz.

Quiso el camarero servirle, y ordenó que esperase un rato, pues no tenía mucho apetito y quería ver si, llegando los demás comensales, le excitaban las ganas de comer.

Cuando Luz, acompañada de su esposo, entró en aquella pieza y se hubieron sentado a la mesa en unión de la tierna hijita, se acercó el coronel, quien devorando a Luz con la mirada puso una mano en el hombro de Pepe, mientras le decía entusiasmado y en voz alta:

—Chico... te felicito por tener la mujer más hechicera del mundo.

—Gracias mi coronel—repuso Pepe—. Son excesivos sus elogios.

—No, hijo, no son elogios, son verdades como templos... puedes parangonarte de que eres el hombre más envidiable de la creación.

Luz le miró sonriente pero sin pronunciar ni una sola frase.

Después de este corto diálogo, se retiró el militar a su mesa disponiéndose a comer, pero no sin antes notar que Romero, comunicativo de ordinario, no tuvo gana de conversación aquella noche, y sólo le contestó con breves frases, como por puro compromiso, sin tener la delicadeza de presentarlo siquiera a su esposa.

De ello dedujo que su amigo era un hombre celoso en extremo, y le disculpó después de todo, por parecerle natural los celos en quien poseía un tesoro de bellezas tan grande.

A pesar de que sus tentativas de amistad con aquella divina mujer no habían tenido el resulatdo favorable que esperaba, dado a sus relaciones con el marido, no por eso dejó de mirarla a más y mejor, llegando en un atrevimiento casi infantil a guiñarle los ojos, exponiéndose al ridículo ante ella que le miraba de vez en cuando despectivamente.

Una semana después de estos acontecimientos que descritos dejo, se le presentó al enamoradizo coronel ocasión de entablar con Luz la conversación que tanto deseaba, con más motivo que nunca, por haber observado que ésta, no sólo no quería a su esposo, sino que sorprendiendo ciertas miradas de inteligencia con un joven oficial, se propuso saber lo que entre él y ella había, y para lograrlo, se situó al día siguiente en una esquina frente al hotel, espiando a Luz si ésta salía a la calle y seguirle los pasos.

La fortuna vino en su ayuda, pues una hora después de estar aguardando, vió a la mujer de Romero salir a la calle y que, después de mirar con disimulo a todos lados, salió con presteza, sin descubrir el espionaje de que era objeto, pues él tuvo especial cuidado de no dejarse ver, metiéndose con presteza en el portal de una casa próxima y mirando desde el fondo.

Al ver salir la mujer de sus ansias, dispú-

sose a seguirla fuese donde fuese, sin que ella le descubriere.

Tras de recorrer unas cuantas calles se internó en la Avenida de la Duquesa de la Victoria y, parándose ante una casa de modesta apariencia, se introdujo sin vacilación alguna en el portal.

Esperó unos minutos, y al no salir ella, decidióse a entrar también, pero no sacó nada en claro, por no estar la portera a quien preguntar, la que, indudablemente, hubiérale puesto al corriente de todo, ya que éstas, por lo general, son habladoras y amigas de llevar la vida del vecino.

Descorazonado, viendo infructuosas sus pesquisas, salió a la calle, situándose en la acera de enfrente, que había un bar; entró en él, y mientras le servían lo pedido, dedicóse a mirar hacia la casita en que se ocultaba la mujer de sus locos sueños de amor...

Con la cortina de la puerta del establecimiento en la mano, púsose a mirar, viendo entonces llegar ante la casa donde Luz estaba, al mismo oficial con quien había sorpren-

dido los señajos de la desaprensiva, que entraba en la misma y sin vacilación ni mirar a parte alguna y con bastante presteza, como para asistir a una cita de amor.

Nervioso y excitadísimo, miró a las ventanas de aquella casa y, a poco, descubrió tras una de ellas a los dos amantes, quienes, estrechamente abrazados estaban ante ella, sonriendo con manifiesta amorosidad, mientras a la claridad del día se recreaban el uno en el rostro del otro.

Desconcertado, les miró con loco afán, envidiando la suerte del maldito militar.

Dispuesto a vengarse de ellos manifestando al esposo ultrajado lo que había descubierto, pagó lo que había pedido y que ni siquiera probó, saliendo disparado en dirección al hotel.

Llegado al mismo, se encerró en su habitación, recorriéndola a grandes pasos de una parte a otra y más nervioso cada vez, mientras se retorcía con rabia las guías del bigote, como si él fuese el esposo burlado en sus sagrados deberes.

—Esa mujer debe ser mía a la fuerza—de-

cíase— ; haré porque lo sea, supuesto que en mis manos tengo la perdición de la infame ; no debo manifestar nada al marido, y ya que la suerte me ha deparado este descubrimiento, debo aprovecharme y me aprovecharé... ¡ vaya si me aprovecharé... ! ¡ pues no faltaba más... ! ¡ Yo estudiaré con detenimiento un plan, que me dará el resultado que apetezco...

Más calmado el militar, se sentó en una silla junto a una mesita y sobre un papel empezó a trazar signos y más signos hasta la hora del almuerzo.

Llegada la hora de ir al comedor, vió el coronel a Luz sentada con tranquilidad al lado de su esposo y de su hija.

Saludóles al entrar y, entonces, Romero le dijo :

—Mi coronel, esta es la última comida que hacemos de hotel.

—¿Cómo...?—repuso el militar.

—Porque esta tarde nos trasladamos definitivamente a la casa que tomé, y cuya instalación está terminada.

—¿Podremos los amigos visitarles de vez en cuando...?

—¡Cómo no...!

—Entonces me apresuro a comunicarles que mi enojosa presencia no ha de faltarles...

—Muy agradecido le quedaré siempre.

—El agradecido seré yo... ¡lo aseguro!

Romero cortó el diálogo, que no parecía ser muy de su agrado, y continuó comiendo y atendiendo a su hijita con manifiesto cariño.

Buscó ocasión el coronel de entablar conversación a solas con Luz y la suerte llegó en

su ayuda, porque habiendo salido el marido a la calle y estando ella esperándole en el escritorio del hotel, sentada en cómodo diván y sin testigos presenciales que pudieran evitar lo que se proponía, llegó ante ella, y con la mayor dulzura y galantería le dijo:

—Señora, ¿tendría la bondad de concederme unos minutos de atención para hablarle de parte de Alfredo sobre un asunto urgentísimo...?

—¡Cómo!—exclamó ella desconcertada—¿Quién es ese Alfredo y para qué desea hablarme de él?

—No finja, señora; no disimule, pues de todo estoy al corriente, y se lo demostraré si me concede la gracia de oírme tan sólo unos momentos. Nerviosa y más desconcertada aún, Luz no sabía si decidirse a oírle o tratar de desmentir lo que creía una celada tendida por el imprudente viejo, a quien su perspicacia de mujer inteligente creíale enamorado como un loco de ella, según se desprendía de las miradas y estúpidos suspiros que lanzaba cada vez que la veía.

Fué cuestión de un momento su decisión,

porque esperando como estaba ver entrar a su esposo, no podía dilatar aquella peligrosa conversación, temiendo a la vez enojar al maldito viejo aquel, si es que algo sabía realmente, quien entonces trataría de vengarse ante el esposo, próximo a llegar, y había que decidir de momento y con calma...

Trató de sonreír con sonrisa forzada, y con la voz bastante alterada aún, contestó al militar:

—No sé, en verdad, caballero, de quién pretende hablarme, y temo esté tal vez confundido al dirigirse a mí en nombre de un Alfredo a quien no tengo el honor de conocer, ya que en los pocos días que llevo en esta ciudad no he tenido tiempo ni ocasión de tratar con nadie.

—No habrá tenido tiempo de tratar a nadie, no lo dudo, por ser poco el que aquí lleva; pero, no obstante, puedo asegurarla que al oficial de Artillería llamado Alfredo Ruiz, sí le conoce perfectísimamente, toda vez que sólo hace horas que les he visto dulcemente abrazados ante la ventana de una casa de la Avenida de la Duquesa de la Victoria... Per-

done la rudeza con que la expongo lo que sé y disculpe a este militar, quien aclimatado a tratar siempre en campaña con soldados, no sepa expresarse con la galantería que merece dama de tan deslumbradora belleza ; pero no estoy acostumbrado a verme desmentido por nadie, y como la hipocresía tiene en mí un mortal enemigo, no he podido contenerme, y arrepentido de lo que ya remedio no tiene, la ruego humildemente perdón.

Visiblemente descompuesta, y temblando de miedo ante aquella terrible verdad lanzada en pleno rostro por aquel odioso señor a quien detestaba, se decidió Luz a atajar las consecuencias que podían traer revelaciones tan verídicas, y dijo:

—No sé qué fin le mueve a suscitar esta conversación, y le agradecería infinito hable con claridad cuanto desee, y pronto, pues tengo prisa en terminar por estar esperando a mi esposo para trasladarnos a la nueva vivienda ; de modo que no tengo tiempo para perderlo en inútiles conversaciones.

—Para usted deben ser inútiles mis frases, pero creo que a su esposo no le desagrada-

ría del todo poderlas oír ; sólo que, como no soy un delator vulgar, quiero antes exponerlas a usted, y si no son de su agrado, entonces, y con su permiso, las diré a Pepe.

—Hable, por Dios, y no haga que su presencia me sea odiosa y le deteste.

—Supuesto que desea claridad, voy a serle claro ; sé cuanto entre usted y Ruiz ocurre, y como estoy a la vez enamorado de sus encantos, quiero que sea consecuente al par que agradecida, correspondiendo al amor que la profeso y que es mi vida ; en pago de ello, la prometo el mayor secreto, e incluso proteger sus amores impuros con mi afortunado rival.

—Ya le he dicho que no tengo tiempo para poder tratar con la calma que tan delicada cuestión merece, dejemos esto aplazado para cuando esté en casa y busquemos una ocasión favorable en la que expondré a usted las condiciones...

—Bien, hermosa ; comprendo el grave aprieto que la pongo al querer convenir ahora en una alianza necesaria, y estando por llegar de un momento a otro su esposo, quien siendo tan celoso como he tenido ocasión de

apreciar, se pondría nervioso al vernos a solas y hablando con cierto acaloramiento.

—Márchese, y después continuaremos esta cuestión, como ya he dicho.

—Adiós, rica; perdona si te he ofendido demasiado; pero los enamorados no razonan, y sin querer ofender ofenden al ser a quien idolatran.

Y tomando una mano de Luz, que ésta quiso ocultar y no pudo, depositó sobre ella un apasionado beso, y salió presuroso y congestionado del escritorio, en tanto que ella se retorcía las manos de rabia y sin poder contener su extremada nerviosidad.

Aquella misma tarde trasladóse Romero con su familia a la casa que en la calle de Carlos de Arellano había alquilado y mandado alhajar con suntuosidad, como si sus moradores fuesen príncipes o cosa análoga...

Complacida quedó su esposa al ver su vanidad de mujer orgullosa satisfecha, con el lujo observado en derredor.

Fríamente expuso a Pepe su complacencia, y éste quedó satisfecho como si con más ardor hubiera sido expuesto por la muy divina...

Salieron los dos y, dirigiéndose a un garaje, compraron, después de probar por la carretera que conduce al Gurugú, un buen coche de la casa Fiat; pagáronlo, y tomando un muchachito listo y presentable para chófer, diéronse un paseo por el campo, con el fin de que Luz conociera los alrededores de Melilla.

Al pasar por el jardín valenciano, compróle Pepe un buen ramo de olorosas flores, que el jardinero confeccionó con delicado esmero.

Marchando por delante del cuartel de Artillería, fueron a pasar cerca de la Granja Agrícola, tomaron por la carretera del Gurugú, llegando a las alturas, desde donde presenciaron el magnífico panorama que desde allí se descubre, extrañando bastante a Luz la variadísima distribución de la ciudad melillense en tanto barrio, mientras no se cansaba de

admirar la inmensidad del tranquilo mar Mediterráneo que baña mientras besa los muros y la playa de la moderna y hospitalaria Melilla.

Siguiendo el itinerario trazado por Pepe, continuaron el descenso del Gurugú por la parte contraria que conduce al poblado de Nador, y una vez allí lo recorrieron todo, llegando, ante la tristemente célebre al par que trágica fábrica de harinas, destruída por los implacables enemigos de España, los feos moritos, parándose ante el monumento erigido a los valientes mártires inmolados miserablemente en aquellos lugares regados con la sangre de nuestros hermanos ; posó Luz su vista sobre la narración de nombres y dedicatorias esculpidas sobre las piedras que circundan el monumento, y a pesar de ser mujer y española, no se alteró ni un sólo músculo de su rostro, ni indudablemente se conmovería su corazón, recordando aquellos hechos inhumanos que permanecen frescos aún en la imaginación de todos ; pero aquel corazón, en el que no se albergaba ni el amor maternal que tanto ennoblece a la mujer, mal podía emocio-

narse al recordar los martirios soportados por los infelices patriotas hermanos nuestros en aquella tierra africana que han ennoblecido con su sangre...

Satisfecha su curiosidad mujeril que despectivamente contempló en Nador los destruídos edificios, los impactos que las balas y granadas del cañón enemigo dejaron grabados en la fachada del bonito templo consagrado a la ferviente religión cristiana y que hubo de servir de refugio a tantos infelices que allí se alojaron por creerse al abrigo del encarnizado enemigo, que ante nada se detenía para llevar a cabo la destrucción de los cristianos españoles, cuya misión civilizadora no querían aceptar sus fanáticas y disparatadas creencias.

Todo lo vió Luz y en todo se fijó con detenimiento, pero sin que el sentimiento de la compasión hiciesen acto de presencia, exteriorizándose en su bello rostro...

Después mostró deseos de conocer también el poblado de Monte Arruit, ver su célebre alcazaba y curiosear el cementerio, bajo cuyas profundas y extensas fosas tantos miles

de infelices, víctimas de esa guerra demoledora e infame, duermen el sueño de los justos, habiendo encontrado la muerte en los mejores años de la juventud, sepultando tantas ilusiones floridas y tantas inteligencias fecundas que hubieran dado más gloria y mayor realce a nuestra amada Patria, cuna de héroes y nobleza.

Como los deseos de Luz eran órdenes terminantes para Pepe, marcharon al sitio designado, deteniéndose al paso en el aeródromo de Tauima, en cuyo feliz instante aterrizaba un aparato pilotado por un aviador español, quien, galantemente, invitó a los esposos a visitar todas las dependencias de aquel campo de aviación y después les obsequió con unas copas de rico champagne, que agradeció Luz con manifiestas señales de coqueta satisfecha...

Al salir de uno de los departamentos dedicados a la oficialidad, tropezó con un grupo de militares que, habiendo descendido de un «auto», entraban en aquel momento adonde Romero y su mujer se dirigían, acompañados por el aviador, quien sin conocerlos siquiera,

se había brindado a satisfacer la curiosidad de una dama de tan ejemplar belleza...

A la vista de aquellos oficiales, jóvenes todos, al par que distinguidos, paráronse el matrimonio y el aviador, quien siendo amigo de todos ellos, se apresuró a hacer la natural presentación.

Entre ellos estaba nuestro conocido Alfredo, que también fué presentado a Pepe y su esposa, excusando decir las miradas de inteligencia y agrado que se cruzarían por aquel afortunado encuentro.

Instaron al joven matrimonio a permanecer entre ellos un rato más, haciéndoles desistir de continuar aquella tarde el paseo hasta Monte Arruit, y al mirar Pepe a Luz para conocer su aprobación, ésta dijo que se dejaría para otro día, y que debían aceptar lo propuesto por los nuevos amigos.

Aunque no muy satisfecho del todo, por no serle agradable la asistencia de Luz entre tanto joven, transigió Romero y pasaron la tarde reunidos, aceptando una improvisada merienda, y que fué regada insistentemente por finísimas bebidas.

Ya oscurecido, marcharon todos a Melilla, obstinándose los oficiales en que les acompañaran a cenar en el hotel Reina Victoria, para después terminar la noche en el teatro Alfonso XIII, que había una Compañía regular, y quieras que no, así se hizo, con gran contento de Luz, que se consideró feliz al pasar aquellas horas junto al hombre a quien tanto amaba.

Veinticuatro horas hacía que Luz habitaba su nueva casa, cuando aprovechando el coronel la ausencia de Romero, llamó a la mansión del amigo, apretando con mano nerviosa el botón del timbre de la puerta, que instantes después fué abierta, y al aparecer la criada, entregó la correspondiente tarjeta de visita, para si la señora se dignaba concederle una ligera entrevista.

Tomó asiento en una butaquita del recibidor, y no atreviéndose a encender un ciga-

rro por no aparecer ante ella fumando, se dedicó a mirar y remirar cuanto le rodeaba, admirando el gusto exquisito de sus moradores en cuantos detalles observaba con detenimiento.

Nuevamente apareció la criada, anunciándole tuviese la bondad de seguirle, y lo introdujo en un lindo gabinete coquetonamente amueblado, rogándole esperase unos momentos más.

Aceptó tembloroso aquella nueva espera, para lograr ver a la hermosa ingrata, y sentándose otra vez, cruzó una pierna sobre otra, en tanto que, con inquieto movimiento, jugaban sus manos con la cadena del reloj, por no poder estar todo lo tranquilo que deseaba y que convenía mayormente, dado al paso que se había propuesto.

Cuando más abstraído estaba, levantóse una pesada cortina de terciopelo y dió paso a la elegante figura de la hermosísima Luz Valdivia.

Verla el coronel y ponerse inmediatamente de pie, como impulsado por una corriente eléctrica, todo fué uno.

Apresuróse a darle la mano, y haciendo una profunda reverencia, quedó plantado en medio de la habitación contemplando embelesado el rostro hechicero y la gentil figura de la que le traía de cabeza.

Ella dejóse caer con desaliento en una butaca, y haciéndole seña con la mano, le indicó se sentase a su lado.

Obedeció él sumiso, y se hizo un largo y embarazoso silencio entre ambos durante unos minutos ; pero viendo ella que no hacía el coronel por exponer la causa de aquella visita, y temerosa de que se prolongase más de lo regular, dijo :

—¿A qué tengo el honor de verle en casa?

—Tan sólo por verla a solas y poderla expresar lo que le amo—repuso el coronel algo más repuesto, y decidido a cumplir sus deseos.

Terriblemente pálida Luz, y temblando por lo que en aquella entrevista se pudiera decidir, contestó con timidez y tristeza :

—Noto que tiene usted un carácter en extremo galante y amigo de bromas...

—Nada de bromas ni galantería ; ello es impropio de mí, pues en contra de lo que us-

ted erróneamente supone, mi carácter es bastante brusco y poco sutil, cosa que me desagrada mucho, pero de la que no puedo enmendarme, mal que me pese; mayormente al tener que hablar con una dama de tan singular hermosura y a la que, por añadidura, idolatro desde el momento que la conocí y sus encantos me esclavizaron de modo horrible y que deploro, aunque usted no lo crea, pues yo vivía feliz y dichoso hasta que la casualidad hizo que nos cruzáramos en el camino.

—¿Y no será ofuscación lo que conceptúa amor?

—No; es amor... amor terrible... pasión avasalladora más bien...

—¡Cuánto siento haber motivado inconscientemente lo que explica y qué poco puedo hacer por aliviarle...!

—¿Quién le impide poder concederme un rinconcito en su alma...?

—Yo misma, que no soy dueña de poder mandar a mi corazón que ame al primer hombre que se interponga al paso...

—¡Tiene razón... yo soy bastante más viejo que Alfredo y menos arrogante que él!

—¿Pero insiste en lo de ese Alfredo imaginario? ¿No se le ha pasado aún la idea de aquel sueño que me contó...?

—Qué sueño ni qué niño muerto; yo he visto a usted, despierto y bien despierto, en los brazos de ese maldito oficial que, por su juventud y belleza varonil, le atrae hasta el extremo de hacerle olvidar sus deberes de madre y esposa.

—Supuesto que insiste en su sueño, sea, y dejemos ese asunto que me enoja bastante.

—No es mi intención enojarla ni mucho menos, solo que siento achaque a sueño lo que es una realidad y que el pudor la impide confesar ingenuamente; lo comprendo y no insistiré más en ello.

—Le agradezco infinito su delicadeza, y ya que no puedo aceptar sus proposiciones de amor, seremos bastante amigos y tendré verdadera satisfacción en charlar de vez en cuando un rato con usted...

—No puedo conformarme sólo con su amistad; me hace falta, al menos, que si bien no puede quererme ahora, procure fingirlo y

le juro que tarde o temprano, y al darse cuenta de lo que le adoro, terminará por quererme aunque sólo sea un poquitín.

—Bueno, tal vez ocurra lo que indica, pero, al menos ahora, confórmese sólo con mi amistad, pues no podría, aunque me lo propusiera, fingir una cosa que disto mucho de sentir.

—Entonces, mi amor se trocará en odio, y voy a ser un mortal enemigo para usted...

—¿Cómo...?

—Hablando claro con su esposo y poniéndole en antecedentes de cuanto entre usted y el oficialete ocurre.

—Usted no hará eso...

—¿Por qué...?

—Porque yo le ordeno que no lo haga...

—¿Con qué derecho...?

—Con el que me da ese cariño tan grande que asegura sentir por mí.

—¿Y si ese cariño a que alude se troca en odio al saber que jamás se verá correspondido...?

—Eso de jamás... no debe decirlo.

—¡¡Cómo!! ¿Me hace entrever una espe-

ranza para ponerse a cubierto de mi venganza...?

—No es mi intención esa, no.

—¿Entonces...?

—No pretendo engañarle, pero si bien no puedo corresponder hoy a su amor, tal vez mañana, viéndole tan abnegado y tan bueno, la indiferencia se tueque...

—¿En qué...?—atajó el coronel, anhelante.

—En agradecimiento y simpatía...

—Eso sólo, no me basta...

—¿Por qué?

—Porque mi amor es de los que necesitan algo más que paliativos...

—No sea malo, coronel... no sea malo...

—No sea ingrata, hermosa Luz... no sea ingrata—recalcó él.

—Bien, bien ; creo que si no hace tonterías, nos hemos de entender fácilmente.

—¿A qué llama tonterías...?

—A guerras inútiles que ningún fin práctico le había de reportar a usted y siempre sería un ser odioso al intentar introducir la discordia en el seno de una familia.

—Bueno, tendré paciencia y esperaré un poco más; pero procura no dilatar demasiado la espera y que tenga que perder la calma y olvidar lo que hoy no pretendo olvidar... ¿entiende...?

—Entendido, señor; entendido...

—No quiero continuar molestándola con mi presencia, y a pesar de que su sola vista me hace feliz, me despido por ahora hasta otro día en que su ingratitud se decida a no amargarme más esta existencia, que ha empezado a serme enojosa sin su amor, que es la vida misma.

Y tomando una mano de Luz, que ella le abandonó con mal reprimida repulsión, la besó frenético, y apretándola nerviosamente sin preocuparle el daño que con ello le hacía, se puso de pie rápidamente y salió con presteza para ocultar una lágrima delatora de la tempestad que en su alma se ocultaba...

Ya en el portal de la casa, se pasó una mano por el rostro, atusóse el bigote, tosió fuerte, y con paso indeciso se dirigió a su alojamiento, temeroso de presentarse a sus ami-

gos con el ánimo tan agitado como se le había puesto con la presencia y charla de aquella mujer que le trastornaba de tal manera.

Han trascurrido varias semanas desde la entrevista del coronel con Luz, y ésta nada ha hecho por aproximarse a él, como es de suponer, dado la profunda antipatía que aquél la inspiraba.

La niñera de sus hijos fué puesta en antecedentes de todo por la misma Luz, quien hubo de necesitar su cooperación y ayuda por haber tenido que estar dos semanas sin ver a Alfredo a causa de unas fiebres malarias que la tuvieron postrada en el lecho.

Dicha sirvienta fué la encargada de traer y llevar razones y escritos de los enamorados, quienes tuvieron que hacerla su confidente indispensable.

El coronel, que no cesaba de espiar a Luz

diariamente sin que ella le observase, tuvo ocasión de ver a la niñera entrar y salir en la casa de Alfredo y se propuso por todos los medios humanos ganar su confianza y hacerla después su aliada.

Con dádivas y hasta con caricias, consiguió que la sirvienta le pusiera en antecedentes de todo, por lo que cuantos mensajes y escritos se enviaron por su mediación, eran conocidos por el coronel, quien prometía a la muchacha el mayor silencio, y que cumplía fielmente por convenir también a los planos que abrigaba en su imaginación.

Día por día tenía conocimiento de cuanto pasaba en las casas de Luz y Alfredo, y día por día sabía las alternativas sufridas en la enfermedad de Luz y que le interesaban más que todo en la vida.

El cariño de aquella mujer, en vez de decrecer, aumentaba más a cada instante, tal vez motivado al despecho de no ser correspondido y con probabilidades de jamás ver satisfechas sus ansias...

El pobre hombre era en verdad digno de lástima, pues el amor que se manifiesta des-

pués de cumplidos los cincuenta años debe ser atrozmente sentido, porque estando más que mediada a esa edad la existencia, debe haber mayor ansia de vida, y cuando ésta se cifra en el amor de un imposible, es mayormente doloroso, por tener menos medios de lograrlo.

Si un joven de veinte años se desespera al no verse correspondido de la mujer que adora y a quien el tiempo puede encargarse de vencer tarde o temprano... ¿qué no sucederá a un hombre de cincuenta, que ya no cuenta con el atractivo de la juventud y a quien el tiempo se encarga de aproximarle más y más a la tumba...?

El coronel veía esto, y su desaliento era más horrible ; tenía que vencer a Alfredo, que más joven y más guapo que él, seducía a Luz enormemente y le distanciaba cada vez más de ella.

La desaparición del oficial del mundo de los vivos podía ser la causa únicamente de que Luz le prodigase alguna pequeña limosna de amor.

Desaparecido el rival maldito, ella iría a

consolarse de tal pérdida a sus amantes brazos, que la estrecharían anhelantes de dicha; esta idea le obsesionaba de tal modo, que no le dejaba vivir tranquilo... La muerte de aquel hombre le traería a él la vida llena de atractivos y belleza que ya empezaba a vislumbrar en lontananza...

Cuantos regalos y atenciones prodigaba a la niñera de Luz, parecíanle poco para recompensar los buenos servicios que le dispensaba, como también por la dicha que sentía al tener cerca de sí a una persona tan allegada a la gentilísima mujer de su amigo Romero.

Deshacíase en preguntas, y si por casualidad llevaba en los brazos a la niña menor del joven matrimonio, la besaba con deleite, haciéndose la ilusión de que la linda carita era igual a la de la ingrata que de tal modo le trastornaba...

El coronel don Manuel Pérez se paseaba nervioso y agitado de un extremo a otro de la oficina del Cuerpo a que pertenecía, y de la que era jefe superior, cuando, de pronto, se paró ante la mesa de su secretario, y en tono casi de súplica, le dijo:

—Ramón, tengo un asunto gravísimo que confiarte, y espero de tu reconocida seriedad el mayor secreto y la más fiel ayuda.

El ayudante, que no estaba acostumbrado a oír hablar a su superior con tal mesura, por ser hombre de carácter duro y nervioso, aunque de gran corazón e incapaz de sabiendo una desgracia no socorrerla al instante por mediación de la persona más próxima, y siempre ocultando su nombre para no recibir las demostraciones de agradecimiento y sincero afecto.

Conociéndole, pues, como dejo dicho, el oficinista, se propuso ayudarle con toda su alma por estarle a la vez muy obligado y haber recibido del coronel una serie grande de

beneficios en bien de él y de los parientes más próximos, por ello, pues, le dijo con firmeza:

—Mi coronel sabe que puede disponer de mí incondicionalmente, y estoy dispuesto a ejecutar cuanto me ordene.

—Gracias, Ramón; porque te conozco bien y sé el aprecio que me tienes, es por lo que me dirijo a hablarte y pedirte a la vez un enorme favor.

—Hable sin vacilación y mande cuanto guste.

—Escucha...

—Soy todo oídos...

—Mira, siento una loca pasión por una mujer casada y, desde hace algún tiempo, ni vivo ni sosiego; la ingrata, en vez de corresponderme, se entrega con descaro en los brazos de un estúpido oficialete al que odio con toda mi alma.

Tratándose de una mujer digna, que sólo cumpliese los deberes sagrados para con su esposo, toleraría mi desgracia y tendría paciencia; pero siendo una adúltera desvergonzada que engaña infamemente al compañero que Dios le dió, no puedo sufrir su desvío,

mayormente por haberme dado la muy descarada hace días unas esperanzas grandes, y veo después, con rabia, que ha sido un juego inicuo para alejar la nube que sobre su cabeza se cernía con mis amenazas, que entonces hubiera cumplido indudablemente, por ser el despecho un enemigo tentador que me hubiera empujado aun en contra de mi conciencia, que sabes es incapaz de hacer daño a nadie; la muy estúpida, en vez de silenciar mis pretensiones, las ha comunicado a su amante y excuso decirte las güasas que les he llegado a inspirar, hasta el punto de poner mi nombre en los escritos que se envían con la criada y en los que me designan «viejo asqueroso y pretensioso».

—Nadie como yo—repuso Ramón—, conoce sus nobles sentimientos...

—Pues, bien; ahora deseo vengarme, y para ello, recurro a tu ayuda y consejo.

—Me extraña oír en sus labios la palabra venganza; yo me permitiría aconsejarle el mayor desprecio, como si esa vil mujer no existiese en el mundo.

—Bien se conoce, Ramón, que has tenido

la gran suerte de no enamorarte de nadie en la forma en que yo desgraciadamente estoy ; si conocieras el infierno que ello implica en la vida de un hombre que casi se halla en el ocaso de su existencia y con mayor empeño siente el ansia de unas tiernas caricias que le hagan a uno entrever el cielo de la dicha mayor...

—Verdaderamente que jamás he sentido el amor en la forma a que usted alude ; quizás, tal vez, motivado a que mi temperamento pacífico es poco dado a los arrebatos o tal vez, también, porque en la mujer que cifré mis ilusiones de hombre me correspondió desde el primer instante en que nuestros corazones se conocieron y amaron...

—Y que el hombre que se siente dichoso, es incapaz de comprender la desgracia ajena...

—Aunque la desconozca, porque verdaderamente la desconozco, estoy dispuesto a secundar sus órdenes sin reparo alguno ; disculpe el que al permitirme darle un consejo, haya involuntariamente enojado a usted, a quien quiero como a un verdadero padre.

—No me has enojado, créelo ; comprendo

el buen fin que te guía y te estoy altamente agradecido.

—Mande sin reparo y sin más dilación...

—Deseo inutilizar las entrevistas de esa mujer, suprimiendo al amante del número de los vivos, y para ello es para lo que te necesito...

—¿Matarle...?

—Tú no tendrás necesidad de convertirte en asesino de un hombre que ningún mal te ha hecho...

—¿Entonces...?

—Lo único que tendrás que ser es testigo presencial de lo que yo mismo haga, encargándote de vigilar los alrededores de lo que muy pronto será teatro sangriento, para evitar que alguien pudiera descubrirme y quedar ante la sociedad como un vulgar asesino... ¿entiendes?

—Entiendo demasiado y siento que esa desmedida pasión le lleve al extremo de ensangrentar sus manos generosas...

—Es preciso y no puedo detenerme en lo que he decidido con calma.

—¿Por qué no puede ser, si ello le ha de

pesar cuando comprenda la magnitud de lo que pretende...?

—No puede pesarme jamás, toda vez que tengo decidido poner fin a mis días si no he de conseguir la satisfacción de lo que anhelo... Las ideas más descabelladas han pasado en tropel por mi cerebro; me hubiera matado hace días, pero no quiero dejarles a ellos gozando mientras tanto con tranquilidad... Deseo su exterminio vivamente y de recrearme en ello, aunque pierda la carrera y hasta la vida, que casi me es enojosa en esta ocasión...

—Sea lo que disponga, y conste que mi anhelo sería poderle hacer desistir de tal idea.

—Muy agradecido te quedo, pero ya no puedo retroceder en el camino trazado, por lo que aprovechando que mañana tiene que hacer un servicio el teniente Ruiz y ha de pasar por la carretera que conduce al zoco Reina Regente después de oscurecido, pues le habrán de entretener unos amigos que celebran una pequeña fiesta y en la que habrá abundancia de bebidas alcohólicas, que son tan del agrado del oficialete odioso, yo me situaré en

un derribo que hay junto a la carretera y que tiene puertas que salen al campo, por el que hemos de desaparecer antes de que se den cuenta del suceso ; tú te encargarás únicamente de espiar los alrededores de una y otra parte del derribo, y cuando yo le vea venir y cumpla el objeto que me propongo, tiramos cada uno por camino distinto y hasta el siguiente día no nos veremos, para evitar toda clase de sospechas.

—Convenido, mi coronel ; sea como indica, ya que su deseo es irrevocable...

Y estrechándose aquellos dos hombres la mano en señal de alianza, se despidieron, marchándose el coronel a la calle y reanudando el secretario su trabajo ante la mesa de escritorio...

A la hora convenida llegaron el coronel y su secretario al lugar señalado al efecto en su

última entrevista, y convenientemente ocultos en el derribo, esperaron impacientes y emocionados el momento decisivo en que había de quitarse la vida a un hombre joven e indefenso, que tal vez pasaría haciendo proyectos de felicidad y conceptuándose dichoso, ajeno a lo que el destino cruel le reservaba...

La espera no fué demasiado larga, pues Alfredo tardó menos de lo que el coronel suponía, ansioso de asistir a una cita convenida el día antes para verse con Luz en el parque Hernández, amparados por la soledad de la noche y la crudeza de la temperatura que hacía, pues el día apareció amenazando lluvia, que empezó a caer durante toda la tarde y que arreció bastante a aquella hora, por cuyo motivo espoleaba de vez en cuando el caballo por tal de tener tiempo de llegar a casa y arreglarse antes de acudir a la cita.

El coronel, que había tenido conocimiento de esto por haber leído una tarjeta de Alfredo que la niñera se encargó de llevar a Luz, púsose en el acecho con la pistola montada, previendo que por la lluvia y la prisa pudiera pasar el oficial al galope de la cabalgadu-

ra y perder la ocasión de quitarlo del mundo.

El silencio era imponente; en aquel momento nadie pasaba por allí, a pesar de ser bastante temprano; pero la lluvia y el frío tenía a los moradores de aquellos lugares recluídos en los sitios predilectos y sin deseos de exponerse a las caricias del tiempo.

Nuestros dos personajes, ocultando el rostro en los embozos de las respectivas capas, no se preocupaban de que se estaban empapando enormemente ni sentían frío alguno, pues la fiebre de la emoción les abstraía de cuanto les rodeaba.

Al sentir las fuertes pisadas de un caballo prestaron su atención y, rápido como un relámpago, disparó el coronel la pistola sobre el jinete que, raudo, pasó ante sus ojos, y cuyo animal, en vez de pararse, apretó más el paso hasta que al sentir las riendas flojas y el golpe seco del cuerpo del jinete al caer de la montura al suelo, le hizo al noble bruto pararse rápido y buscar a su amo aproximándose con cuidado al inanimado cuerpo.

Como el amo no hacía por levantarse del

suelo, su instinto fino le advirtió de que algún peligro les amenazaba, y por no separarse del dueño empezó a relinchar de raro modo, como para atraer la atención de alguien.

Trascurridos varios minutos y extrañados los concurrentes de un bar algo próximo al lugar del suceso de los relinchos tan raros y prolongados que se percibían siempre en el mismo sentido, se dispusieron algunos a satisfacer su curiosidad aun a trueque de pillar una pulmonía. A pesar de ser aún temprano, la oscuridad era tan profunda que no se veían los dedos de la mano.

Los curiosos tuvieron que guiarse por los relinchos para llegar al sitio en que Alfredo y su caballo se encontraban.

Una vez allí, y ayudados por la luz de unas cerillas, descubrieron al lado del animal el cuerpo de un hombre, de cuya cabeza manaba la sangre en abundancia.

La sorpresa de los curiosos fué terrible; el espanto les paralizó por completo, hasta que uno de ellos, cuyo aspecto demostraba energía y vigor, dijo:

—Este hombre herido, o muerto tal vez, se está sangrando y no debemos dejarle así; dos de vosotros ir al bar y telefonear rápidamente a la Casa de Socorro y a la Policía, en tanto que nosotros quedaremos aquí al cuidado; no olvidéis también de mandar un farol o linterna para alumbrarnos, porque permanecer en esta oscuridad es imposible.

Mientras los unos fueron a cumplir lo indicado, otros se aproximaron al herido, quien no daba señales de vida, y, aplicando un pañuelo a la herida, procuraron ver el medio de impedir la salida de más sangre.

Más de un cuarto de hora trascurrió sin que nadie apareciese por allí, y la lluvia menuda y punzante les empapaba a todos sin que ellos se preocuparan de tal cosa y sí tan solo de prodigar sus humanitarios servicios a aquel desconocido que había tumbado en tierra sin sentido y que comprendieron vivía por los débiles latidos del corazón, que uno de ellos trató de percibir poniendo una mano sobre el pecho del oficial.

No intentaron moverlo de allí y llevarlo úl-

timamente al bar por temor de que tal acción les originase serios perjuicios.

Al fin llegó un «auto» a toda velocidad al citado lugar, y parado ante el grupo aquel, se apeó una pareja de policías, el juez, su secretario y un médico.

Reconocido por el último el herido, certificó que vivía, y tomándolo entre varios con sumo cuidado, por orden del juez y del médico, lo introdujeron en el coche, tendiéndole en el interior y apoyando la cabeza en el asiento, que el médico se cuidó de coger sentándose a su lado.

Marchó el coche con el médico y el herido en dirección a la Casa de Socorro, en tanto que el juez tomaba nota de los nombres de los reunidos allí después de oírles el relato de lo ocurrido.

Llegado el «auto» a la Casa de Socorro, y

una vez sobre la mesa de operaciones el herido, reconociéronle con detenimiento, atajaron la hemorragia y trataron de volver el conocimiento al enfermo.

Conseguido al fin esto y efectuada la cura de urgencia, lo trasladaron al hospital de la Cruz Roja en una camilla.

Una vez allí, se personó el juez, después de las diligencias anteriores, y viendo al herido vuelto en sí, procedió a tomarle declaración.

Alfredo, que había sido herido levemente, pero a quien la pérdida de sangre y el golpe desde la cabalgadura había tenido tanto tiempo sin sentido, recobró toda su lucidez y dijo:

—Sólo puedo decirle al señor juez que, viniendo del campo a todo galope de mi caballo, sentí de pronto en la cabeza como una pedrada, de la que quedé tan atontinado que ni reparé a mirar a parte alguna, ni sé lo que después ocurrió, porque perdí el sentido y cuando lo he recuperado me vi en la mesa de operaciones de la Casa de Socorro y dos médicos que me rodeaban, los que debían de haber terminado de ponerme una inyección, pues aún tenían la jeringuilla en la mano,

mientras me aseguraban que no tenía sino las consecuencia de un síncope algo prolongado; esto es todo y nada puedo añadir.

Enterado el juez y no queriendo insistir más aquella noche por temor a cansar al herido, le hizo firmar la declaración, cosa que efectuó Alfredo con tembloroso y vacilante pulso.

Dejaron los médicos la dolorosa operación de extraer la bala para otro día, y aconsejaron al herido bastante quietud.

Pero éste, que suponía tendría Luz que acudir a la cita y la mala interpretación que daría a su falta de cumplimiento, se puso nervioso y desasosegado sin saber qué hacer.

De pronto acudió a su imaginación el nombre de un moro, gran amigo suyo, que hacía varios días estaba en aquel hospital curándose de una herida algo leve que tenía en el brazo derecho y de la que aún no habían extraído la bala.

Cuando el médico se alejó de la sala de oficiales, llamó Alfredo a un enfermero que por su lado pasaba, y le dijo:

—¿Tiene la bondad de decirme si se en-

cuentra aún en esta casa el prestigioso moro Hamete-Mohamet...?

—Señor, tengo entendido que sí; pero, no obstante, me informaré al momento y si desea le pase razón haré cuanto ordene.

—Deseo le diga que venga si le es posible, por tener que hablarle urgentemente... ¿entiende?

—Perfectamente, señor.

Salió el enfermero con presteza, y a los pocos momentos regresó diciendo que Hamete estaba y que al instante vendría.

No tardó mucho en aparecer el moro, quien aproximándose al lecho con acelero, dijo mientras le tendía las manos sonriendo y extrañado.

—¿Qué tener mi amigo...?

—Estar herido únicamente, Hamete; pero no es grave, al parecer, lo que me ocurre.

—¿Y quién ser el criminal que atentar vida suya...?

—Nada sé y sólo deseo hablarte ahora de otra cosa.

—Decirme qué desear que yo hacer...

—Ver si es posible que salgas ahora unos momentos del hospital, y si estás en condiciones de hacerme un gran servicio que te agradeceré más de lo que suponer puedas.

—Yo estar en condiciones y dispuesto a servirle pronto ; también con dar propina, lograr creo que portero abrir puerta para yo salir calle, rato que necesitar ; eso yo conseguir pronto creo ; diga lo que hacer tengo.

—Ir al parque Hernández que sabes está próximo a esta calle, y cerca del pabellón del bar «Preferido» encontrarás una señora sola que estará sentada en un banco esperándome ; es joven y muy hermosa, ella me quiere mucho y desea verme esta noche sin falta. Yo no puedo ir por estar herido como ves ; tú dila que estoy malo y por ello no puedo asistir a la cita que le di, que tenga calma y que espere mis noticias, que serán pronto ; que la quiero mucho...

—Mi amigo quedará mucho contento con lo bien que yo cumplir encargo suyo.

—Alá guíe tus pasos y permita tu salida del hospital...

—Alá quede contigo y permitir hará mi

salida; tranquilo mucho estar, que yo venir pronto.

Y estrechándose nuevamente las manos el oficial y el moro se despidieron sonrientes.

Cuando el último desapareció, llevóse una mano Alfredo a la herida que tenía en la cabeza y dejó escapar de sus labios un pequeño grito de dolor.

Entornó los ojos y con la imaginación vió al moro llegar al parque y hablar con su Luz, que le estaría esperando desde hacía rato seguramente.

Ya hemos visto al principio de la obra lo bien que el moro cumplió su encargo y la impresión que en Luz causó la noticia, como también la entrevista que los dos enamorados tuvieron en el hospital.

Ahora iremos en busca del coronel y su secretario, quienes después de disparar a Alfre-

do, y sin detenerse a ver el resultado, se encaminaron a campo traviesa, y cada uno en opuesta dirección, a sus respectivos domicilios.

El coronel llegó a la casita que habitaba en unión de una hermana soltera que tenía y que hacía poco había traído de España e instalado modestamente en un piso del centro de Melilla, quien no teniendo en el mundo otro ser a quien brindar el amor de su corazón, se dedicó a prestar cuantas ternezas podía a aquel hermano tan bueno que Dios le dió.

Abrió la puerta con el llavín que tenía para su servicio, y sin hacer ruido se introdujo en su habitación, cerrando la puerta con llave, y arrojándose de bruces sobre la cama, lloró de rabia y lloró de pena, horrorizándose del crimen que acababa de cometer.

Mas repuesto al fin, levantóse bruscamente y, puesto en pie, fijó sus ojos en un cuadro de la Virgen de los Dolores, e instintivamente, postrándose de rodillas, inclinó la vista al suelo mientras temeroso dijo muy quedo:

—Madre, perdona mi crimen... He dejado que la pasión se sobreponga a mí e impulsa-

do por ella cometido una infamia de la que me avergüenzo... ¡Soy un canalla... soy un réprobo... ! Perdona, Virgencita mía, y haced porque la impura mujer causa de todos mis males venga a mis brazos aunque al abrazarla se me parta el pecho en pedazos... Quisiera, Madre mía, no ser tan infame, mas no puedo dominarme esta maldita naturaleza... ¡Piedad, Madre; pide piedad para mí a tu Santísimo Hijo Jesús, y que perdone la iniquidad que acabo de cometer... !

Buen rato permaneció el coronel arrodillado y sumido en profundas meditaciones, hasta que, considerándose dueño absoluto de sus facultades y convencido de que nadie notaría lo que acababa de suceder, salió de su habitación, pasando al comedor, donde su hermana le esperaba.

Besóla con ternura, y extrañada ella de no haberle oído llegar, se disculpó él lo mejor que pudo, mientras le decía que al terminar de cenar marcharían al teatro para ver una bonita función que había anunciada...

—¿Es por la función por lo que iremos al teatro—preguntó su hermana—, o por ver a

esa maldita mujer que te tiene loco y sin vida?

—Ya sabes, María, que no me gusta hables en tales términos de Luz—repuso el coronel.

—Es que cada vez que pienso que tu tranquilidad se halla completamente perdida por esa mujer, me pongo nerviosa y la maldigo con toda mi alma.

—No te permito que la maldigas; ninguna culpa tiene de cuanto me ocurre, ya que pie nunca dió para que este amor insensato se apoderara de mí; tampoco debí haberte dicho nada y ahora no sufrirías ni maldecirías a ella; pero mi corazón necesitaba un desahogo y busqué el tuyo, por ser la única persona buena de quien me sé querido...

—Dispensa, Manuel, que me ponga así cuando de esa persona hablamos; pero te quiero de tal modo y me siento tan orgullosa de ti, que no conceptúo a nadie con derecho a despreciar tu amor.

—Hijita, agradezco tu amoroso interés, pero si quieres tenerme gustoso no has de hablar mal de la que tanto amo.

—Sea como quieras y comeremos ayudados de Dios para después ir al teatro, ya que es tu deseo.

Fuéles servida la cena, y cuando terminaron, pidieron por teléfono un «auto», en el que marcharon al teatro.

Cuando llegaron, estaba en una de las plateas la hermosa Luz Valdivia, acompañada de la niñera y de los niños.

Al verla, el coronel, quedó pendiente únicamente de su contemplación.

Cuando la función estaba más de mediada, se levantó Luz de su asiento, y después de hablar breves momentos con la criada, dejó a ésta en la platea con los niños y salió presurosa en dirección a la puerta de entrada del coliseo, por la que desapareció después de mirar a todos lados.

A los pocos momentos se levantó el coronel; hizo seña a un amigo que en la platea de enfrente estaba acompañado de su familia, quien presuroso acudió al llamamiento; tomaron ambos los abrigos y, rápidos, fuéronse a la calle en dirección al parque Hernández, donde suponía el coronel que estaría Luz.

Pasaron ante la puerta del bar «Preferido», y ya hemos visto al principio de la obra, el fin que les guió y la conversación que sorprendimos.

Una semana después del atentado que puso en peligro la vida de Alfredo, y que no pudo ser descubierto por éste ni por el juez, a pesar de estar puesta en juego la Policía, quiso el coronel con mayor interés perder al maldito oficialete, como le designaba, y para ello estudió con detenimiento varios medios, para llevar a cabo la realización de su deseo con más probabilidades de éxito que el obtenido en la primera parte.

Como la herida de Alfredo fué tan leve, pronto se repuso de la pérdida de sangre y pudo abandonar el hospital con gran contento de Luz, que al fin logró verle en la casita que el militar habitaba y que hacía las veces de nidito de amor...

El coronel se propuso seguir constantemente los pasos de Alfredo para con seguridad saber la clase de vida que hacía y convencerse de si lo que había dicho su amigo Eduardo respecto a las visitas que solía hacer a las casas de mal vivir era cierto, para obrar en consecuencia, según se había propuesto.

Una tarde, y media hora después de haber salido Luz de casa de Alfredo, vió don Manuel salir a éste con presteza y dirigirse en sentido contrario al que Luz tomó.

Siguióle a distancia, y tras de recorrer diversas calles se internó en una casa enclavada en lo más feo del Mantelete, de la que tardó en salir más de dos horas.

Revistióse el coronel de paciencia y esperó en un portal cercano, ocultándose bastante.

Cuando a más de las dos horas salió el teniente, encaminóse a la calle Alfonso XIII, y tomando asiento ante una mesa del café «La Peña», aguardó la llegada de unos amigos que llamó y con quienes estaba citado en aquel sitio.

Al verle el coronel tranquilamente sentado, volvió a la casa donde tanto tiempo había per-

manecido Alfredo, y, entrando sin vacilación, preguntó quiénes eran los moradores de ella.

La mujer que salió a abrir, y a quien fué dirigida la pregunta de don Manuel, le respondió algo confusa: «Que quienes habitaban allí eran unas cuantas señoritas muy distinguidas que sólo se desvivían por complacer a los señores que las honraban con su amistad».

Comprendiendo el coronel la clase de señoritas a quienes quería aludir la mujer aquella, entró sin vacilar al interior y, sin preocuparse de dar explicaciones de ninguna especie, se encaminó en busca de alguna vendedora de caricias al por mayor, por quien podría adquirir ciertos datos.

No tardó en encontrarse ante media docena de mujeres que en torno a una mesa había, acompañadas de dos jóvenes decentemente vestidos, quienes se esforzaban en apurar unas botellas que en la mesa tenían en unión de distintos manjares, de los que comían con gran apetito.

Al ver al militar pusiéronse en pie dos de aquellas mujeres.

Los jóvenes intentaron incorporarse también

en señal de respeto, pero la borrachera tan soberbia que tenían lo impidió.

—Quieto todo el mundo—díjoles don Manuel—, quietos y prosiga la alegría, en la que he de tomar parte activa también ; mayormente por haberme indicado algo Alfredo al salir de aquí y asegurarme lo bien que se pasa con vosotras y lo mucho que os quiere él.

—A quien quiere ese oficial de dulce es a mí—repuso una morena de ojos grandes y mirada profunda, que fué una de las que en pie se pusieron al llegar el coronel para tratar de atraparlo y sacarle el dinero.

—Creí que no tenía predilección por ninguna de vosotras—contestó el viejo.

—Se equivoca—insistió la morena—. Alfredito hace tiempo que me quiere con toda su alma, y si ya no me ha puesto casa, es porque está esperando la herencia de un tío que morirá bien pronto, y en cuanto eso ocurra me lleva con él para que rabien de envidia todas estas que me lo quieren quitar ; pero a quien únicamente quiere es a mí.

—Poco te querrá cuando no viene a verte con frecuencia—dijo el coronel.

—Eso no es cierto ; el pobrecito no falta un solo día sin que pase más de dos horas conmigo, contándome miles cosas y jurándome un cariño loco.

—Pues ahora sé que hace tiempo no ha venido por aquí.

—Sólo ha faltado seis días por haber estado enfermo en el hospital ; pero, en cuanto se repuso, vino y ya no falta por nada ni por nadie.

—Te doy mi enhorabuena al verte tan enamorada y que te corresponde como tú mereces, pues en verdad eres muy bonita.

Sentáronse junto a la mesa y una de ellas llenó una copa que ofreció al coronel, mientras la otra le ponía en la boca una rodajita de salchichón.

Más de una hora permaneció el enamorado viejo en aquella casa, donde adquirió cuantos datos necesitaba para buscar el conflicto que se había decidido crear entre el oficial y Luz.

Media hora hacía que el escribiente de don Manuel Pérez estaba ocupado en el trabajo que se acumulaba diariamente en la mesa de escritorio de la oficina que a la dirección del cuerpo pertenecía, cuando apareció su jefe y le dijo bastante quedo:

—Ramón, vengo a molestarte con otro gran favor que de tí espero.

—¿Qué es ello...?—repuso alarmado el muchacho.

—No te alarmes—atajó el coronel al comprender que el joven temía verse comprometido en otro caso análogo al anterior.

—No es alarma, mi querido jefe, es que temo pueda usted intentar otra nueva locura, y si de aquella salió bien, puede no repetirse la suerte y tener que lamentar una desgracia.

—El favor que de ti pretendo en esta ocasión, no puede tener nunca malas consecuencias para ninguno.

—Mande usted y obedeceré como siempre.

—Lo de hoy es, sencillamente, dos anónimos que deseo escribir a máquina, y como soy tan nervioso, quiero encargarte a ti de ello y

que sean escritos de forma que no pueda inspirar sospechas nunca de su procedencia.

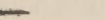
—Dícteme lo que desee y antes de media hora tendrá los escritos disponibles.

—No es preciso dictarlos, traigo dos papeluchos manuscritos para que no tengas nada más que copiarlos.

—Bien, démelos y espere un momentito.

—Yo me marcho y después pasaré a recogerlos.

Entregó don Manuel unos papeles doblados cuidadosamente y salió de la oficina para ir en busca de unos sellos de correo que necesitaba para enviar las dos cartas a su destino en la misma mañana aquella.



Serían próximamente las doce del día, cuando llamó el cartero a la casa de Pepe Romero y entregó la correspondencia que una criada tomó y puso después en la mesa de despacho de su amo.

Al dejar la muchacha las cartas, vió una dirigida a su señora, y tomándola, se apresuró a llevarla a su habitación.

Peinándose estaba Luz cuando la doméstica llamó dando unos discretos golpecitos sobre la puerta, y al contestar la señora que entrase, obedeció la orden y pasó a entregar la carta que habíase recibido.

Tomóla Luz, quien después de darle varias vueltas para saber de dónde procedía, se fijó era del interior y rasgó el sobre en cuanto la sirvienta hubo desaparecido.

Mortal palidez cubrió el rostro de la muy gentil, al posar su vista y leer lo que sigue:

«Señora, temo voy a proporcionarla inconscientemente un mal rato, pero la conciencia me induce a revelarle lo que ocurre para que no continúen engañándola como hasta aquí.

»Ayer tuve ocasión de enterarme, por un descuido de usted, que se halla enamorada grandemente del teniente Alfredo Ruiz, y éste, fingiéndola corresponder, la engaña miserablemente, pues cada vez que usted sale de su casa, después de permanecer al lado del hombre amado un buen rato, él acude anhelante a

la casa núm... situada en el Mantelete, donde permanece más de dos horas recibiendo las asquerosas caricias de una mujerzuela.

»Soy mujer y por ello mayormente comprendo el inicuo proceder del hombre a quien adora, permitiéndome darla un consejo dictado por el desengaño, para si tiene a bien aceptarlo en la creencia de que es una amiga quien le escribe, cuyo nombre oculta, por no tener que lamentar después el peso de un disgusto.

»Mi consejo leal es que disimule todo lo posible, y si quiere cerciorarse de la verdad, acuda a la casa que le cito y sorprenda a su Alfredo en los brazos de otra mujer.»

Pasóse Luz una mano por el rostro después de leer lo que antecede, y conteniendo a duras penas la ira y el despecho que de ella se apoderó al suponer fuese verdad lo que aquel aviso le indicaba, rompió la carta en mil trozos y arrojándolos por la ventana a la calle se dejó caer sobre una silla prorrumpiendo a llorar con desconsuelo atroz.

Pasados los primeros momentos, recapacitó sobre lo que debía hacer en caso de ser cierto cuanto se le advertía, formando un plan

de los más descabellados que se le podían ocurrir.

Tomó la pluma y escribió sobre un pliegue-cillo fino y perfumado, lo que sigue:

«Alfredo, estoy algo indispuesta y en dos o tres días no podré pisar la calle; te lo advierto para que no me esperes hasta que te avise nuevamente. Tuya hasta después de muerta, Luz.»

Llamó a la niñera de sus hijos, y diciéndole que estaba algo malucha, le rogó fuere a llevar aquella carta a su amado.

No tuvo que esforzarse nada para que la criada notase que estaba enferma, pues con solo mirarla comprendió que la señora estaba más mala de lo que creía, según se notaba en el rostro palidísimo y en las enormes ojeras que tenía.

Salió la muchacha a cumplir lo ordenado y se dedicó Luz a buscar en el ropero un estuche de terciopelo en el que tenía un lindo destrozador de oro, cuyo cuchillo mostraba magnífica hoja bien afilada.

Tomó el mencionado cuchillo, y ocultándolo en un cajón de la peinadora, terminóse de

arreglar para que al llegar su esposo a almorzar no notase nada de cuanto le acaecía.

Llegó Romero a la hora de costumbre a su casa, y después de colgar el sombrero y el abrigo, se encaminó al comedor, donde ya le aguardaban su mujer y sus hijas sentadas a la mesa.

Las besó a todas con loco entusiasmo, según su costumbre, y acomodóse después en su sitio para dar principio a la comida.

Varias veces preguntó a Luz si estaba enferma, al ver que no comía a pesar de querer aparentar que lo estaba haciendo, pero ella le contestó que sólo estaba algo indispuesta y que al día siguiente pensaba tomar un purgante ligero.

Terminados de comer se retiró Luz a sus habitaciones y Pepe se encaminó al despacho para leer la correspondencia.

Fijóse en una carta que procedía del inte-

rior, y extrañado, se decidió a abrirla primeramente.

Al leer el primer párrafo quedó completamente paralizado como si fuese a ser acometido por un síncope ; mas reponiéndose y haciendo acopio de sus energías, tomó nuevamente la carta, cuyo contenido era el siguiente...

«Romero, voy a darle un mal rato revelándole lo que ignora y que debía de ignorar siempre para no sufrir desengaño tan grande y traicionero, pero sus amigos y Melilla entera están apercibidos de su desgracia, y antes que siga siendo el escarnio de la habladuría más mordaz, voy yo, que soy un verdadero amigo de usted, a pesar de no dar mi nombre, por no verme después envuelto en un asunto enojoso, voy yo, como antes digo, a descorrer el indigno velo que ciega sus ojos y que se entere, aunque sea por medio del abominable anónimo, de lo que hoy le interesa saber.

»La mujer que tanto adora ; la madre de sus idolatrados hijos ; su Luz queridísima, en fin, es... una adúltera maldita que le engaña desde hace tiempo, entregándose sin escrúpulo al-

guno en los brazos de un oficialete de Artillería, indigno de vestir el uniforme que viste.»

Interrumpió Romero la lectura de la carta, levantóse agarrándose de la mesa para no caer al suelo, y llegando casi a rastras hasta la puerta del despacho, la cerró con llave, yendo nuevamente a sentarse a la mesa y proseguir la lectura de la carta, que continuaba así:

«Perdone si esta cruel verdad le produce daño, pero revístase de toda la fuerza que un hombre de corazón necesita para hacer frente a la adversidad, y tomando el consejo que voy a permitirme darle, haga lo que continuaré diciéndole.

»No demuestre a su mujer enojo alguno, disimule lo posible y esta tarde, en que probablemente saldrá ella a la calle, sígala sin que lo advierta y a bastante distancia; haga acopio de gran cantidad de paciencia, y si ve que se dirige al Mantelete, continúe siguiéndola sin dejarse llevar de ningún arrebato, y cuando entre, si es que entra en la casa núm..., aguarde usted diez minutos en el portal, y si tras-

curidos éstos ella no sale, entre usted y obre como su conciencia le dicte.

»Réstame advertirle que no se deje llevar de los consejos que la dignidad ofendida le dicte, manifestando nada a su esposa; procure no verla después de leídas estas líneas y disimulando cuanto le sea posible, espere espiando a que salga a la calle y siga usted mis instrucciones, en la seguridad de que ha de quedarme agradecido y que por sus mismos ojos se desengañará de si cuanto le digo es o no cierto.»

Guardó Romero aquella carta después de leerla, y apoyando la cabeza en las palmas de la mano, dejó correr las lágrimas a raudales por su rostro, mientras decía entre dientes...

—Dios mío, ¿será verdad cuanto esta maldita carta dice? ¿Es posible que Luz, la mujer que tanto amo, me engañe en la forma que me indica el criminal cuyo nombre no ha podido estampar sobre el papel, por temor tal vez a que si es incierto lo que dice le busque y le corte esa mano que debió ser quemada antes de decidirse a darme este mal rato? ¡Acude a mí, Virgencita de los Desampara-

dos y alumbra mi pobre inteligencia! ¡Que nada de eso sea cierto, Madre mía!

En esta forma estuvo el pobre esposo hasta más de una hora, pero trascurrida ésta, procuró serenarse y decidir con calma lo que debía hacer al cerciorarse de la verdad, y obrar como correspondía, siendo un hombre de honor.

Paseó unos momentos de un extremo a otro de la habitación, y algo más firmes sus piernas, decidió salir a la calle para respirar, pues allí se ahogaba, y esperar a la vez si su mujer salía y seguirla para esclarecer aquel misterio que le hería lastimosamente el alma.

Salió sin decir nada, y el portazo que dió al salir, advirtió a Luz que su esposo no estaba en la casa y podía por tanto marchar a la calle a la hora en que Alfredo estaría en la casa que le describía el anónimo de aquella mañana.

Fué al despacho, cerciorándose de que éste se había marchado a sus quehaceres; fijóse en la percha, y aunque el abrigo estaba colgado, el sombrero no estaba, deduciendo se habría marchado sin abrigo y que después le

pediría por teléfono como otras veces solía hacer.

Vistióse apresuradamente, y ocultando el cuchillo que tenía escondido en un cajón de la peinadora, salió con presteza y bastante emocionada a la calle, sin ocuparse de dar un solo beso a sus hijas.

Ya en la vía pública, se encaminó con paso incierto a través de las distintas calles que la separaban del Mantelete.

Su esposo, que desde la esquina próxima a su casa la había visto salir, la siguió loco de celos y rabia, pero guardando siempre respetable distancia.

Llegados al fin al sitio designado, vióla introducirse, después de vacilar unos instantes, en la casa que el aviso indicaba, y no dudó ya de que cuanto en él se le advertía era desgraciadamente cierto.

Cuando Luz llegó a aquélla, estaba casualmente la puerta entreabierta y no tuvo necesidad de llamar.

Entró con desembarazo, y al avanzar por un largo pasillo, sintió risas estrepitosas y ruido de besos que de una habitación procedían,

en tanto que la voz de Alfredo se dejaba oír, pero sin entenderse lo que decía.

Esto decidió a Luz para entrar en aquella habitación, y quedó extática al ver a su amante sentado en un sofá, al lado de una mujer joven, pero bastante morena y ordinaria, que le tenía aprisionado en sus brazos, haciéndole beber de una botella que en la mano tenía, pudiéndose apreciar por la actitud de ambos que estaban borrachos.

Alfredo, al ver a Luz, pretendió incorporarse, pero ella, rauda y cegada por los celos se lanzó a su encuentro, y esgrimiendo con fiereza el cuchillo lo sepultó en el pecho del militar, que avanzó a su encuentro para intentar detenerla; pero la escena fué tan rápida que ni la misma mujer que con él estaba se dió cuenta de aquello hasta que le vió lanzar un grito atroz y caer desvanecido en medio de la habitación.

Luz, a quien los nervios le habían llevado a aquel extremo, quedó petrificada y con los ojos espantosamente abiertos; hasta que, al ver salir la sangre a torrentes del pecho de Alfredo, se inclinó alocada sobre él, tiró con

fuerza del arma que había clavado hasta el puño, y mirándole con ansia lanzó una carcajada estridente que resonó en toda la casa, haciendo acudir a cuantas personas había en ella, quienes al ver el espantoso cuadro que ante ellos se ofreció, dieron enormes gritos demandando auxilio en tanto que sujetaban a Luz.

La mujer morena que con Alfredo estaba cuando llegó la Valdivia, permaneció en un rincón borracha y miedosa, sin estremecerse por nada y contemplando impasible lo que no acertaba a explicarse.

Romero apareció inopinadamente, y abarcando de una mirada cuanto allí había ocurrido, quedó inmóvil y como paralizado, sin poder pronunciar ni una sola frase.

A los gritos que de aquella casa salían, acudió la policía y numeroso público.

Avisaron rápidamente a la Casa de Socorro, y bien pronto una camilla llegó a recoger al herido para trasportarlo con sumo cuidado a la referida casa, donde ya esperaban dos o tres médicos para proceder a la cura de ur-

gencia y después trasladarlo al hospital de la Cruz Roja.

Personado el juez en la casa que acababa de ser teatro sangriento de tan atroz crimen pasional, procedió a tomar declaración a cuantas personas había congregadas en aquel lugar, y sobre todo a la autora del homicidio, que nadie tuvo necesidad de señalar, pues ella misma se delataba esgrimiendo gozosa el arma homicida, cual un glorioso trofeo conquistado en cruenta batalla.

A las primeras frases que el juez la dirigió requiriéndola a declarar los móviles que a realizar el crimen le habían impulsado, miróle intensamente con sus grandes y bellísimos ojos, y sin exhalar una sola frase, lanzó atroz carcajada, que conmovió a los presentes, e incluso al juez, más que si se hubiera postrado de hinojos y con desgarradores sollozos y frases suplicantes demandase clemencia.

Bastóle al juez la actitud de Luz para comprender que tan gentil mujer habíase vuelto loca al perpetrar la acción de arrebatar la vida al hombre que tal vez habríale a ella arrebatado la honra.

Miróla con pena, y compasivo se prometió ser todo lo indulgente que merecía mujer tan encantadora al par que desgraciada.

Ordenó traer un coche, y tomando él mismo a Luz de un brazo, tiró de ella en dirección a la calle.

La desgraciada se dejó llevar, riendo a más y mejor, ajena por completo a cuanto le rodeaba.

Romero, que, como sabemos, llegó después de estar tendido en tierra el maldito oficial que el negro aviso de aquella mañana le describía, abarcó de una sola ojeada cuanto a su vista se ofreció, y comprendiendo lo que había ocurrido, salió a la calle antes de que la autoridad se diese cuenta de quién era y tener que sufrir en público el oprobio de su deshonra.

Marchó como un loco a su casa, abrió frenético la puerta, y penetrando en su despa-

cho, buscó con loco afán un revólver y sin vacilación alguna al encontrarlo, aplicó nervioso el frío cañón sobre la sien derecha, y apretando excitadísimo el gatillo del arma, sonó un tiro y cayó desplomado al suelo.

Al ruido de la explosión acudió la servidumbre, lanzando enormes gritos al ver bañado en sangre el cuerpo del amo, al que todos querían extraordinariamente por el noble trato que les tenía.

Avisaron a la policía, y, mientras tanto, escondieron a los pobrecitos niños para que no presenciaran tan angelicales criaturitas el cuadro tan lúgubre de ver tendido en tierra y sangrando el cuerpo de padre tan amante, al que conceptuaban cadáver, pues pusiéronle una mano sobre el pecho y el corazón había dejado de latir ya.

Llegó la policía acompañada de un médico y del juez; procedióse al reconocimiento del cadáver, y mientras certificaba el médico la defunción, tomó el representante de la autoridad declaración a los sirvientes y se retiró, ordenando antes al jefe de policía el levantamiento del cadáver, para llevarlo al depósito;

que en la casa quedaran tres o cuatro parejas custodiando aquello, mientras se esclarecía la situación o se sellaba, en tanto no apareciese la esposa del muerto.

Cuando la camilla que conducía el cuerpo de Alfredo llegó a la Casa de Socorro, era cadáver el militar.

Enviáronlo al depósito, y una vez allí, ordenó el juez registrara la ropa del difunto para con los datos encontrados aportar pruebas que esclareciesen el sumario que había de abrirse en seguida.

Con las cartas y documentos hallados en las ropas del oficial, mas las declaraciones aportados por testigos presenciales, vínose en conocimiento de quiénes eran los protagonistas de la tragedia.

Registradas las casas del muerto y de la loca, tomada declaración al asistente del primero y a la servidumbre de la última, pronto se

esclareció el asunto y vieron palpables los móviles que promovieron el sangriento suceso que conmovió el ánimo de las personas sensatas.

El coronel, que muy de cerca había seguido el hilo de la trama buscada por sus celos, al ver la crudeza de la realidad, quedó pasmado, y por no delatarse ante las personas que le rodeaban si notaban su intensa emoción, se retiró a casa y como un loco arrojóse en silencio en los brazos de su hermana, con quien se encerró en su despacho sin que nadie les molestara, y llorando con gran desconsuelo, le dijo:

—Despréciame, María; soy el más grande criminal que existe... ¡Soy un bandido, indigno de que ninguna persona honrada estreche mi mano...!

—Manuel—replicóle su hermana—; me asusta tu actitud, y por Dios te ruego me ex-

pliques lo que hay, pues si bien adivino que en todo esto tiene su parte de culpa la maldita mujer que de pasión te ciega, nunca te he visto así y temo grandes males.

—María, no culpes a nadie sin antes juzgar los hechos.

—Habla entonces, por Dios, que la ansiedad me mata y sufro horriblemente.

—Escucha con calma y no me interrumpas.

—Habla sin preocuparte.

—Ya sabes la pasión tan atroz que la hermosura de Luz despertó en mí; nunca esa mujer dió pie para alentar mi amor; sin embargo, seguí sus pasos y descubrí la pasión que existía entre ella y un hombre joven y hermoso, que cegaba los sentidos de la hembra; loco por los celos, intenté matar al afortunado rival, y para ello, preparé una emboscada, en la que le herí en el silencio de la noche, sin lograr matarle; mi acción quedó en el misterio, sin que las leyes aplicaren el castigo a que me había hecho acreedor; cuando vi curado al hombre que era mi pesadilla y que las entrevistas de la mujer que amo se reanudaron con mayor intensidad, traté de

buscar un rompimiento, y la casualidad vino en mi ayuda, al enterarme que aquel hombre por el que Luz arrastraba su honra por el lodo, la engañaba miserablemente con una mujer asquerosa que convivía en una casa de lenocinio; ese descubrimiento fué el rayo de luz que, alumbrando mi inteligencia, vino a poner en mis manos el arma que había de destruír la unión impura de los que yo detestaba; sin recapacitar las consecuencias que habría de acarrear mi acción, escribí dos cartas sin firma ni dato por el que adivinar pudieran su procedencia: una para el esposo burlado, descubriendo a la impura mujer que le deshonraba, y otra a la adúltera, aportándole pruebas de la infidelidad del amado; esas dos infernales cartas han causado males incalcalubles... Cegada Luz por los consejos de la carta e instigada por los celos, ha ido a la casa de mal vivir, y encontrando al amante en los brazos de una mujerzuela, ha sepultado la hoja de un cuchillo en el pecho del infiel; le ha dado muerte... pero al verle caer desvanecido y sangrante, ha perdido la razón la infeliz... se ha vuelto loca... El marido, que

siguiéndola fué a presenciar la tragedia después de consumado el crimen, lleno de dignidad, y antes de soportar el peso de su deshonra, ha cometido la locura de poner fin a sus días, dejando en la mayor orfandad a tres inocentes seres, sobre los que hoy únicamente recae todo el peso de una desgracia sin precedentes.

—Te estoy oyendo—repuso la hermana del coronel—, y casi no acierto a explicarme cómo tanta calamidad ha podido juntarse en tan pocas horas.

—Ya lo ves, hermana mía... y ahora quiero que me digas lo que debo hacer para sufrir el castigo que mi culpa merece, y remediar, si es que remedio cabe, parte del daño que he cometido.

—Algo puedes remediar aún, según creo.

—Habla, por Dios, y dime si esta enorme falta mía lograría tener algún perdón de la Divina Providencia, poniendo en mi mano el alivio que atenuara lo que remedio no tiene.

—Nunca es tarde para arrepentirse del mal que cometemos, y siempre hay medios de reparar parte del daño que se causa.

—Te ruego hables y me digas qué haría para purgar acción tan indigna como ésta.

—En primer lugar, remediar la situación de Luz, poniendo en juego cuantas influencias tengas, y libertarla, a la vez que en un buen sanatorio hagan por devolverle la razón que ha perdido.

—Se hará como dices y más de lo que supongas; viviré de aquí en adelante expiando el delito cometido; mi conciencia es un juez inexorable que no me dejará reposar un solo momento.

—De esos infelices huérfanos también tienes que preocuparte; ellos han de cargar con todas las tristes consecuencias que de esta tragedia maldita se han de originar.

—Tienes razón, y como pueda, seré un padre amante de ellos, haciendo porque jamás noten la falta del que con mis tontunas les he quitado.

—No dejes de hacer lo indecible; verás cómo Dios te lo toma en cuenta y aminorará el castigo a que te has hecho acreedor.

—Pide a la Virgen me perdone el daño que

he cometido, y ayúdame en esta obra tan de justicia.

—Cuenta conmigo, mas prométeme que tu arrepentimiento es verdad.

—No sólo te lo prometo... te lo juro también.

—Siendo así, ten confianza en la Ley Divina, que te juzgará benignamente.

—¡ Dios te oiga... !

Confundiéronse los hermanos en estrecho y prolongado abrazo, secaron las lágrimas que durante el anterior diálogo no habían cesado de deslizarse por ambos rostros, y, separándose, tomó la capa y la gorra el coronel, saliendo presuroso a la calle a ir prontamente al Juzgado, para hablar con el representante de la Ley que entendía en el asunto de Luz.

Molesto y preocupado estaba el juez ante los papeles que con rabia manejaba sobre la mesa junto a la que se hallaba sentado, cuan-

do empujando la mampara que daba acceso al despacho, se presentó un empleado de las oficinas, comunicando respetuosamente al superior que el coronel don Manuel Pérez deseaba ser recibido.

Al oír el juez el nombre del visitante, se apresuró a decir que pasara.

Salió el empleado, y a poco, pidió permiso el militar para entrar, contestando con precipitación el representante de la autoridad:

—Adelante, mi querido don Manuel.

—Dispense si soy inoportuno—repuso el aludido, que se apresuró a entrar.

—Aquí nunca es usted inoportuno; tome asiento y dígame, cuando le parezca, a qué debo el honor de su visita.

—Siento bastante molestarle en esta ocasión que tanto trabajo tiene y que, por añadidura, le veo preocupado y molesto; pero ya le explicaré y comprenderá el móvil que guía mis pasos.

—Soy todo oídos; puede empezar cuando guste.

—Se trata del crimen cometido hoy y del trágico fin de mi íntimo amigo Pepe Romero.

—¡Ah! ¿Es que el muerto era amigo de usted...?

—De lo más entrañable que suponer pueda; nunca tuvo secretos para mí y sus asuntos los conceptué siempre como míos.

—Me alegra infinito saber tales cosas, pues así podré aclarar algunos puntos que me preocupan grandemente.

—Mi edad, la gran amistad que a Pepe me unía, dábame derecho a imponerme y guiarle al propio tiempo, con el mismo interés de un padre, ya que del suyo fuí casi un hermano.

—Admirable, mi coronel; estoy contentísimo al comprender que tal vez podré contar con usted para lo que después le diré.

—Cuente conmigo en cuanto redunde en beneficio de las desgraciadas hijas de Romero y de la doblemente desgraciada esposa.

—De la situación de los que ha nombrado se trata, y me tiene con una preocupación loca, pues figúrese que, tanto por justicia como por humanidad, estoy dispuesto a prestar mi apoyo a esos infelices; me encontraba en un

atolladero al no saber cómo emprender sólo un cometido tan delicado y grave.

—Estoy por completo a sus órdenes, y para que con calma juzgue lo que pretendo, escúcheme.

—Hable con entera confianza, don Manuel.

—Atienda; ya le he expuesto la gran intimidad de mis relaciones con la familia Romero, desde muchos años ha; yo, que tanto amaba a Pepe, juzgue la pena que tendré al pensar en la situación en que quedan sus hijos, quienes no cuentan con pariente cercano de ninguna clase; pues bien, venía a solicitar, del señor juez y del amigo, me conceda el derecho de proteger tanto a los hijos como a la madre, en todo y por todo, en tanto que la segunda recupera la razón o los primeros llegan a su mayoría de edad.

—Haré cuanto de mi parte esté por complacerle, y solicitaré con ahinco lo que de mí no dependa, para que realice usted obra tan humanitaria y urgente, que me afecta cual si de seres míos se tratara.

—Es usted tan noble y tan caballero, que creo cuanto dice y algo más; sus sentimien-

tos caritativos son conocidos por quienes tenemos el honor de estrechar su mano y ser amigos verdaderos ; expuesto el objeto de mi visita, me retiro para que prosiga su interrumpida tarea.

—No me molesta, ni mucho menos ; antes por el contrario, ha proporcionado con su oportuna visita enorme alivio a mi atribulado espíritu. Los niños se han dejado hoy al cuidado de la servidumbre de su casa, la que de cerca está vigilada por la policía para evitar abusos. El cuerpo de Romero se llevó al depósito ; tanto a él como al oficial, se les practicará mañana la autopsia. La pobre loca está, por lo pronto, detenida y puesta en observación en el hospital de la Cruz Roja, en tanto que esto se esclarece y se determina mandarla a la Península para que, en un sanatorio adecuado, reciba la asistencia necesaria, por si pudiera recobrar la razón. Ya está impuesto de todo, y espero venga mañana por aquí, que le diré el resultado de mi gestión en pro de lo que pretende.

—Mil gracias, y cuente con que sabré co-

rresponder siempre al gran favor que hoy me dispensa.

Diéronse la mano, y despidiéronse con grandes muestras de simpatía.

Qué largas se le antojaron al coronel las horas que faltaban para entrevistarse nuevamente con el juez amigo, del que esperaba la ayuda necesaria a la realización del plan propuesto.

Como todo llega en la vida, también llegó el momento en que pudo salir don Manuel para encaminarse al Juzgado.

Anhelante y sin poder contener los latidos de su corazón, llamó a la puerta de la oficina, y al contestarle con el ansiado «adelante» que esperaba, entró presuroso, y saludando con afecto al juez, se sentó a su lado, mientras le decía emocionado:

—Y, bien; ¿qué puedo esperar de lo que le expuse ayer?

—Todo, mi querido amigo; desgraciadamente, nadie tienen en el mundo los angelitos que el desventurado Romero ha dejado a merced de las adversidades que el destino les reserva.

—Me tienen a mí, y creo seré suficiente para que la vida les sea grata. Ya sabe que no tengo en el mundo nada más que a mi hermana; sabe también que mi carrera me sirve sólo de adorno, pues tenemos en Madrid bienes cuyas rentas son más que suficientes a cubrir nuestras necesidades y permitirnos ciertos lujos que detestamos, porque a mi hermana como a mí nos atrae la sencillez únicamente. Pues bien, lo que somos y valemos está a disposición de la loca y de sus hijos; los bienes de que ellos pueden disponer en la actualidad, quedan bajo la custodia del Juzgado, hasta que Luz cure o sus hijos tengan la edad reglamentaria para administrarlos.

—Habla usted como un santo, y Dios le premiará el sacrificio que voluntariamente se impone por esos sin ventura.

—Es deber de amistad, únicamente.

—Sí; pero la amistad nadie la entiende en

la forma que usted. Es tan raro tropezar con amigos tan abnegados, que, la verdad, admiro en lo que vale su noble acción, maravillándome de que existan aún seres del temple de usted.

Puestos de acuerdo en las formalidades que habían de realizarse para conseguir lo que don Manuel anhelaba, se despidieron hasta que el juez le pasara aviso de lo que hacer debía.

Ardua tarea sería para mi pobre pluma seguir paso a paso la serie de mareos y conferencias que el coronel hubo de tener antes de conseguir la tutela de Luz y de sus hijos.

Pero con paciencia, dinero e influencias, consiguió cuanto quiso, y pronto, en unión de su hermana, de Luz y de los niños, tomó el barco que había de conducirles a Málaga, para de allí proseguir el viaje e instalarse definitivamente en Madrid, dejando para siem-

pre Melilla, donde tan malos ratos habían pasado.

Llegados a la Corte, les esperaban en la estación el administrador de don Manuel y el viejo criado que al frente de la casa tenían en aquella localidad, quienes ya habían dispuesto todo, según las instrucciones recibidas del amo y buscado la servidumbre necesaria al aumento de familia que de Melilla traían.

Trasladáronse en un coche a la casa, y dando el brazo a Luz el coronel, la introdujo en la vivienda sin lograr oírla pronunciar una sola frase, lo mismo que durante el viaje había ocurrido, pues la loca no hablaba jamás, y sólo lanzaba de vez en cuando estridentes carcajadas que paralizaban la sangre a quienes la oían. Dejábase llevar cual un autómata, sin oponer resistencia alguna.

Comía bien y dormía poco.

Varias veces intentó don Manuel hablarla, sin conseguir nada.

A nadie conocía, ni se preocupaba de sus hijos, no fijándose siquiera cuando se los ponían ante la vista, ni haciendo caso de la ma-

yorcita, que la llamaba con dulcísimos calificativos que de su almita ingenua y noble salían, heredada del padre amorosísimo que el cruel destino les arrebató en tan tierna edad.

Al día siguiente, celebró el coronel una conferencia con el director de cierta casa de salud de las de mayor fama, recomendando el cuidado de Luz, quien, en el mismo día, fué llevada al sanatorio e instalada con el mayor lujo y esmero.

Tres años han trascurrido desde los sucesos que hemos relatado.

Eran próximamente las diez de una hermosa mañana de verano, cuando el coronel don Manuel Pérez sentábase a la mesa en unión de su cariñosa hermana y de tres preciosas criaturitas rubias y adorables que se disputaban las caricias del militar.

Sirviéronles el desayuno y, mientras lo tomaban, dijo el señor Pérez en tono paternal y mirándoles con dulzura:

—Hoy pienso llevaros a ver a mamá, mas voy a imponeros una condición.

—¿Cuál?—interrumpieron los tres al mismo tiempo y con un gracejo que entusiasmaba al militar atrozmente.

—Voy a llevaros, pero si antes me prometéis no impresionaros como la última vez que fuimos y que tan terrible susto disteis a tiíta y a mí.

—Prometemos ser buenos y no enojaros, tito guapo—exclamaron los tres ángeles—; es que antes nos dió penita ver a mamá, ya no nos extrañará si no nos mira ni nos besa.

—¿No os besa tiíta mucho y os quiere...?

—Sí; tiíta es buena y se porta mejor que mamá.

—Porque la pobrecita está enferma y no os conoce.

—¿Cómo puede una mamá no conocer a los nenes suyos...?

—Porque la enfermedad de vuestra madre es tan rara que no conoce a nadie.

—Pues la mamá de cierta amiguita mía, que está ciega, conoce a su hija con sólo tocar sus vestidos—repuso la mayor de las niñas—, y eso que mamá tiene unos ojos lindísimos y brillantes que nos miran de un modo muy raro.

—Vuestra madre es divina, mas la enfermedad que tiene es mil veces peor que estar ciega... La pobrecita perdió el conocimiento hace años, y aunque mira, no ve; si la llaman, no oye, y si la besáis, no corresponde, porque no sabe cómo tendría que hacer para besar.

—Vuestra madre, hijos míos, está como muerta—repuso la hermana del coronel transida de pena—; sois aún muy chiquitos para poderos explicar la situación de la desgraciada mamaíta; quererla mucho y no preocuparos ni juzguéis mal su actitud; cuando seáis mayores, podréis apreciar lo que hoy no acertaríais a comprender.

—¿Y quién la puso así?—insistieron los niños al mismo tiempo.

—¡Dios!—replicó María mirando a su hermano y comprendiendo la puñalada que aca-

baba de recibir su corazón, que desde hacía tres años sangraba constantemente.

—¿Por qué es tan malo Dios, tiíta...?

—No es malo, hijos míos; es que, a veces, suele enviarnos castigos que nuestras faltas merecen.

—Entonces, ¿lo que tiene mamá es castigo?

—¡Claro!

—¿Pues qué hizo la pobrecita para que Dios le quitase el conocimiento?

—No quereros como debía.

—Eso no—repuso el coronel—; no quiero en modo alguno que a estas criaturitas les hagas ver que su madre no les quería; vuestra madre, hijos míos, no ha hecho nada malo, ni tiene Dios por qué castigarla.

—Entonces, ¿por qué ha perdido el conocimiento?—replicaron los niños.

—Lo mismo que si hubiera perdido la vista o un miembro cualquiera; fué una enfermedad que le dió, y de la que nadie estamos libres... Marcharos, y que os arreglen para cuanto antes ver a mamá.

Besó los niños, e indicándoles la puerta,

les hizo salir para que las criadas les arreglaran.

Cuando hubieron desaparecido del comedor, se encaró don Manuel con su hermana, y en tono triste, le dijo, recalcando bien las palabras:

—¡Válgame Dios, María! No sé cómo te metes en esas conversaciones con las infelices criaturas, sabiendo que no pueden comprenderte y que sus almitas inocentes han de sufrir...

—Bien sabes, Manuel, que nunca les digo nada de esto y que les quiero como nunca creí llegarles a querer; pero te veo sufriendo, aviejándote horriblemente, y algunas veces no puedo contener mi pena y sale al exterior, sin fijarme en que obro mal.

—Sabes mejor que nadie que la causa del mal que aqueja a esta familia procede de mí.

—Sí; pero ella fué mala, y su culpa acarreó la desgracia de todos.

—No puedo oírte culparla; el único criminal soy yo...

—Por la pasión que te inspiró lo hiciste...

—¿Tuvo ella culpa alguna?

—No sé...

—Bien lo sabes, y esto no debes nombrarlo más. Te estoy muy agradecido, porque durante estos tres años has sido una madre amante de esos ángeles, y mi dicha será atroz si prosigues la obra emprendida hasta el fin.

—Cuenta que no he de volver atrás.

—Lo sé, y Dios te lo pague.

—Lo hago por el cariño que te tengo.

—Ese consuelo alivia los pesares que me agobian.

—¿Por qué has de sufrir tanto?

—Para expiar mis pecados.

—Están más que expiados con el cuidado que por la loca y sus hijos tienes; ella está más hermosa que nunca, y como perdió la razón, sufrir no sufre; sus hijos se ven rodeados de atenciones, se educan como príncipes y se les mima tanto como sus padres pudieran hacerlo; debes estar completamente tranquilo, que si bien les quitaste un padre amante, le has sustituído con creces; el porvenir lo tienen asegurado con el testamento que, tanto tú como yo, hemos hecho a favor de la loca y los niños, que si bien no es una

fortuna inmensa, es más que suficiente para que sus necesidades véanse cubiertas, y que tan regular dote les proporcione buenos casamientos el día de mañana. ¿Qué más pudiera haberles hecho su padre?

—Tienes razón; por ese lado, mi conciencia está algo más tranquila; pero...

—¿Qué pero es ese?

—Que Luz no se pone buena, y yo...

—¿Qué?

—Sufro mucho al verla así.

—Procura verla poco.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque si pasara una semana sin verla, moriría de tedio. A pesar de que está loca, y que tal vez la razón no recupere, a pesar de ello... mi pasión no decrece; antes, por el contrario, aumenta más cada día.

—¡Cuánto sufro al pensar que ese trágico amor acelerará tu muerte!

—No lo creas, María; sufro al no verlo satisfecho, pero también ese amor me da cierto consuelo, pues cuando al lado de la loca me hallo y tomo sus manos entre las mías,

cuando su gentil figura contemplo tan próxima a mí y el calor de sus finas manos penetra en las mías, frías y viejas, parece como que una corriente vivificadora se introduce en mis venas y rejuvenece mi ser, sintiendo loco afán por vivir con ella y ser lo feliz que lograría ser, si junto a mi pecho la tuviera hasta la eternidad.

La charla de los hermanos fué interrumpida por la presencia de las tres criaturitas que compuestas y hermosas se arrojaron en brazos de ellos, disputándose las caricias e instándoles a levantarse para marchar pronto a ver la madre.

Tomó el coronel la gorra, y rodeado por sus «ángeles», como les designaba siempre, salieron a la calle en busca de un «auto» que les habría de conducir al sanatorio.

El director de la casa de salud en donde nuestra loca se hallaba recluída, frotábase las manos gozoso, oyendo a Luz contestar con bastante cordura las preguntas que le dirigía aquella hermosa mañana de verano.

Entusiasmado, marchaba a telefonear al coronel tan grata nueva, cuando, antes de llegar a donde se proponía, le anunciaron la visita del mismo y de los niños.

Salió presuroso a recibirlos, y tendiendo las manos al militar, le dijo:

—Deme un abrazo, y prepárese a recibir novedad que no esperaba.

—¿Cómo...? ¿Tal vez, Luz...?

—Prepárese a saber que durante esta semana en que no nos hemos visto, se ha operado un cambio atroz en el cerebro de nuestra enferma. Antes, ni hablaba ni atendía a nada de cuanto hacíamos por verla curada, y ayer, estando sentado a su lado como de costumbre en el jardín, llegó una mujer con un encargo, y traía una niñita de la mano; ésta se aproximó a Luz, y con su manita dióla un

tirón del vestido. En vez de permanecer callada como desde tanto tiempo ha, miró a la nena con fijeza, y volviendo los ojos a mí, me dijo: «Niña guapa». Yo, entonces, mudo de emoción, la miré, y repuse: «¿No ve qué bonita es la pequeña?» «Sí, sí», repuso entonces ella, y tomando la mano de la criaturita la besó, y continuó en conversación conmigo un rato, hasta que creí oportuno no cansarla y enviéla a reposar.

—¿Pero es posible tanta dicha?—repuso el coronel—¿Sueño o estoy despierto?

—Despierto y bien despierto—replicó el médico—; tanto fué ello, que anoche durmió más que de costumbre, y al levantarme esta mañana, mi primer cuidado ha sido ir en su busca y llevármela al jardín, donde hemos estado más de una hora de conversación; allí la he dejado para telefonear a usted llamándole y que trajera los niños; de modo que celebro infinito verle, y debe hacer lo que le indicaré.

—Ordene cuanto quiera, y concédame el permiso de secar estas lágrimas, que sin querer brotan de mis ojos al no poder esperar nunca dicha tan atroz.

Y sacando el coronel un pañuelo, secó sus ojos, que parecían dos manantiales.

Indicó el director permaneciera escondido de Luz hasta que le avisara, y llevando los niños, les advirtió corrieran por el jardín ante su madre, sin pararse hasta que él llamara.

Hicieron como se les indicó ; fuéronse al jardín, cuando el médico se sentó junto a la loca, y al pasar corriendo unos de otros, dijo el buen señor a Luz.

—¿Conoce a alguno de los pequeños?

—No—repuso la loca— ; no les conozco ; no les he visto nunca.

—Fíjese bien si les conoce.

—No, no les conozco—repitió con insistencia.

Y llamando él a la niña mayor, la presentó ante ella, y le dijo :

—Fíjese, fíjese bien, a ver si esta preciosa nena le gusta.

—¡ ¡Hija, hija mía ! !—exclamó la loca, quien abrazando a la criaturita, decía : ¡Si es mi hija ! ¡Si es mi Lucita buena ! ¿Y tus hermanitos, dónde están?

—¡ Mamá, mamaíta mía !—replicó llorando

la nena, abrazando febril a su madre, a quien adoraba atrozmente, a pesar de las pocas caricias que había recibido siendo más pequeña.

Acudieron los niños, y abrazándose a la vez a su madre, la besaban llorando y pronunciando dulcísimos calificativos.

—¡Hijos, hijos de mi alma!—decía Luz—¿Dónde he estado metida que no os he visto desde hace tiempo? ¿Cómo no estabais a mi lado?

Llorando atrozmente, se dejó caer sobre el banco en que estaba sentada con el director, y tomando en brazos a los tres seres suyos, los besaba, mientras con desconsuelo lloraba.

—¿A quién lleváis luto, hijitos míos?

—A papá—repuso la más pequeña antes de que pudieran impedirlo.

—¿Cómo a papá? ¿Cuándo ha muerto Pepe?

—Hace tiempo—atajó el médico, quien ya no podía negar lo innegable.

—¿Dónde he estado entonces?

—Reponiéndose de una larga enfermedad.

—¡Una larga enfermedad! ¿Dónde estoy?

—En un sanatorio.

—¿Qué nombre tiene?

—No tiene nombre alguno; es nuevo, y aún no se le ha bautizado.

Pasándose Luz una mano por la frente, se mesó después los cabellos con cierta rabia, queriendo reconcentrar las ideas y recordar algo de cuanto había acaecido; mas, no pudiendo esclarecer nada, dijo a su hija mayor:

—¿Y quién está con vosotros?

—Un señor muy bueno, que nos quiere mucho y nos colma de atenciones.

—¿Cómo se llama ese señor y dónde está?

—Se llama don Manuel Pérez.

—¡Pérez, Pérez...! No recuerdo bien ese apellido.

—Era un gran amigo de papá, según dice, y nos da cuanto tiene.

—¿Tiene familia ese señor?

—Sí, una hermana; es una señora muy buena, que nos quiere mucho y cuida como a hijitos suyos.

—¡Dios le pague el bien que os hace al veros sin padre y con vuestra madre enferma.

—Has estado loca, mamá—repuso el niño menor, sin que nadie pudiera impedirlo.

—¡¡Loca!! ¿He estado loca dices, hijo mío?

—Sí, y me ha dado un tirón Lucita porque te lo he dicho—insistió el pequeñín.

—¡¡Ah!! Comprendo cuanto ha ocurrido y tengo la cabeza que me arde...

Tomándola el médico de la mano, y separándola de los niños, procuró variar la conversación; mas ella no le hacía caso, y sólo ansiaba conocer lo que ocurrido había, haciendo preguntas que el director cuidaba no contestar.

Entró el coronel, y tendiendo una mano a Luz, le dijo ingenuamente:

—¡Muy buenos días, encantadora Luz! ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, pero, ¿quién le envía por aquí a usted?

—Vengo en busca de tus hijos, sin los que no puedo estar ni un momento; les quiero con locura, y ellos a mí, igual.

—¿Luego usted es ese don Manuel Pérez a quienes deben tantos favores?

—De eso nada hay que hablar; yo soy un amigo de ustedes, y como les quiero, me in-

tereso sencillamente por cuanto de cerca les afecte.

—¿Y desde cuándo es usted amigo nuestro?

—Desde que hubo necesidad de demostrarlo.

—¿Cómo?

—No hablemos ahora de ello, procure serenarse y cuando esté completamente bien, hablaremos de todo; estad tranquila, no se preocupe ni tema.

—Es que tengo derecho a una explicación y saber, si efectivamente he estado loca, a qué obedeció tal enfermedad.

—Usted no ha estado loca, señora mía; lo que ha tenido fué sencillamente unos trastornos nerviosos originados por la enfermedad y muerte de su pobre marido.

—¿Pero yo he visto a Pepe morir?

—Sí, hija mía; usted le vió morir en sus brazos, y al comprender la magnitud de su desgracia, trastornóse su inteligencia, porque unido a la pena que embargaba su ser, tenía una debilidad enorme a causa de las noches que pasó velando.

—No acierto a comprender lo que dice, mas no insistiré, hasta que el tiempo se encargue de aclarar cuantas dudas atormentan mi imaginación.

—Hace bien en no insistir y preocuparse tan sólo en ponerse buena, que es lo que conviene.

—Sí; procuraré vivir, de aquí en adelante, por mis hijos y para mis hijos.

Una nube de tristeza cruzó por su mente, y no pudiendo contener los impulsos de su corazón, apretó nerviosa contra el pecho a su hijo, en tanto que copiosas lágrimas se deslizaron de sus hermosos ojos silenciosamente, haciéndola más atractiva e interesante que nunca.

Juzgando prudente el director poner fin a la escena, advirtió lo conveniente que era separarse para no cansar a la enferma y tener un sensible retroceso, que acarreara disgustos.

Opúsose Luz a separarse de sus hijos, pero en términos amables pudo el director disuadirla, haciéndola ver lo conveniente que sería el descanso de unas horas separada de los

suyos, con los que al siguiente día podría reunirse, sin temor a la separación.

Cedió la infeliz, y abrazando a sus hijos con amoroso anhelo, les dejó ir, después de estrechar fríamente la mano que le tendía el coronel.

En cuanto el militar llegó a su casa y dió la grata nueva a su hermana, que se alegró infinito al saber que Luz estaba curada, o, al menos, en vías de curación, formó el propósito de marchar a Melilla rápidamente, y ver la situación en que Luz quedaría al salir del sanatorio completamente curada.

Telefoneó al director de la casa de salud lo que decidido había, y advirtiendo que ni los niños ni nadie irían por allí hasta su regreso, lo que le advertía para que engañase a Luz con disculpas que evitasen arranques perjudiciales.

Hecho esto, se despidió de su hermana y

los chipilines, saliendo en «auto» rápidamente a Málaga, para de allí tomar el barco que habría de conducirle a la ciudad africana donde solucionar asunto tan delicado.

Ocho días tardó el coronel en regresar a su casa, pero durante ellos solucionó, con la ayuda de su amigo el juez, que tanto se interesaba por Luz y sus seres amados, lo relativo a la causa de Luz, quien, al salir del manicomio, no habría que temer se volviera loca otra vez al verse sumida en la lobreguez de una prisión.

Dos meses lleva la gentilísima esposa del desgraciado Romero habitando la casa del coronel, y tanto se ha familiarizado con éste y

con su hermana, que pocas horas suele estar sin hablar con sus bienhechores, de los que día por día recibe pruebas innegables de un amor profundo.

Don Manuel se preocupa tanto de la educación de las tres criaturas y los rodea de tal lujo, que Luz, en quien su amor materno se ha despertado con tal intensidad que maravillaría a quienes de antaño la conocieran y presenciaran el desvío tan atroz que para con los pedazos de su alma tenía.

Ella admira y agradece cuanto el viejo militar hace, y ya que amor no puede sentir por él, le tiene tal afecto que le considera como a un padre, y el coronel es casi feliz, abrigando la ilusión de que algún día sean realizadas sus ansias amorosas.

María ha simpatizado de tal modo con Luz, tiene tal confianza, que olvidando los antiguos recelos, la quiere como a una hermanita menor, rodeándola de bienestar y mimándola con singular ternura.

Una tarde, habiendo salido María con los niños y la criada al «cine», quedaron solos el coronel y Luz, ya que el resto de la servi-

dumbre estaba en sus quehaceres y no había de interrumpirles.

Este, aprovechó la ocasión para sentarse junto a ella y decirla con la más dulce expresión:

—Hermosa Luz, tengo ansias de comunicarte una cosa, y temo, al par, llegar a ofenderte.

—No puede ofenderme nunca el hombre que como usted lleva su abnegación hasta el extremo de hacer cuanto por nosotros ha hecho y hace; tiene derecho a todo, hable, pues, y no tema me enoje.

—Siento, a pesar de todo, causarte molestia, si tal vez conceptúas que el interés que me inspiráis es interesado.

—No lo crea, y hablè, que tengo mayor ansia en oírle, que usted en expresarse.

—¿Recuerdas lo que en nuestra primera entrevista fuí a tu casa a proponerte?

—Sí, lo recuerdo—contestó Luz con pena.

—El concepto que de mí formarías sería poco favorable... ¿verdad?

—Poco favorable fué, sí señor; pero más

desfavorable era mi conducta para yo juzgar la de usted.

—Siento bastante tocar un tema que tan trágicos recuerdos traerá a tu imaginación; pero lo que tal vez juzgarías un deseo, era una horrible pasión que me consumía y que hoy con mayor intensidad siento.

—¡Cuánto siento causar sinsabores a un hombre tan noble! Pero recapacite que no soy culpable.

—No, hija mía; tú no tienes culpa alguna del mal que me aqueja, pero... ¡sería tan feliz si me pudieras conceder una limosna de amor...!

—Le quiero a usted mucho, le estoy, por añadidura, obligadísima, y tengo, por tanto, el deber de hablarle con claridad.

—Eso deseo, que me hables con franqueza; que no temas enojarme por terrible que la realidad sea; no por ello había de dejar de quererte ni menos de continuar como hasta aquí, viviendo sólo por vosotros y para vosotros.

—Pues bien; puestos en el terreno de la confianza, dígole que le quiero tanto como a

mi padre, si viviese, le querría ; por tanto, no puedo sentir lo que apetece que sienta... un amor que calmara por completo sus ansias... ¡¡al corazón no puede mandársele!! ¡él no se supedita a nuestro capricho, como debe conocer por experiencia... !

—Sí, hija mía ; al corazón no podemos imponernos, es un tirano difícil de doblegar.

—Celebro en el alma me comprenda y disculpe, y ahora, oiga lo que a decir voy.

—Habla sin reparo.

—Ya le he dicho que amor como usted pretende, no siento hoy ni tal vez nunca ; mas, como quererle, le quiero, y tan reconocida le estoy, que poco me importa sacrificarle la vida si necesario fuera ; he pensado que, si le parece bien, se celebre cuanto antes nuestra boda, si a pesar de cuanto le he dicho, le place el que así sea.

—Sí me place, y nunca me quejaré si tu desvío me hiciera sufrir ; una vez casados, nadie verá mal el interés que me inspiráis, y tu situación será menos desairada en sociedad.

—Haga cuanto quiera, en la seguridad de

que jamás daré motivo a que se arrepienta; ante el mundo, seré una esposa modelo, y en la intimidad, una hermana respetuosa y complaciente; creo que más no se me puede exigir.

Besóla en la frente el coronel, y lleno de emoción, no se atrevió a continuar hablando.

Cuando llegó María, fué impuesta por Luz de lo que había pasado, y ésta, por toda contestación, se arrojó en sus brazos y le dió infinidad de besos, al par que, llorando de emoción, le llamaba «hermana adorable» y otros calificativos, que ponían de manifiesto el gran placer que sentía al ver que su hermano lograba al fin el mayor anhelo de su alma.

La boda de Luz y el coronel se celebró a poco, en la mayor intimidad.

Ella, más gentil y más bella que nunca, llevó su sacrificio hasta lo último, para pagar al

militar los desvelos y cuidados que se impuso voluntariamente.

Nadie conocería en la adorable Luz Valdivia a la esposa frívola del infortunado Romero.

El frío hogar de antaño, en nada se parecía al recientemente creado.

Con la locura de Luz, desaparecieron los malos hábitos y perversas inclinaciones de aquella mujer, tan distinta de la que en la actualidad cumplía sus deberes de madre de familia, con un celo amoroso digno de encomio.

No se cansaban todos de dar gracias al Cielo, viendo que la abnegación y arrepentimiento del coronel, había logrado, al fin, el perdón y premio de la Divina Providencia.

FIN

Industrial Gráfica
Reyes, 21 -Madrid
Tel. 10.694

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054537036